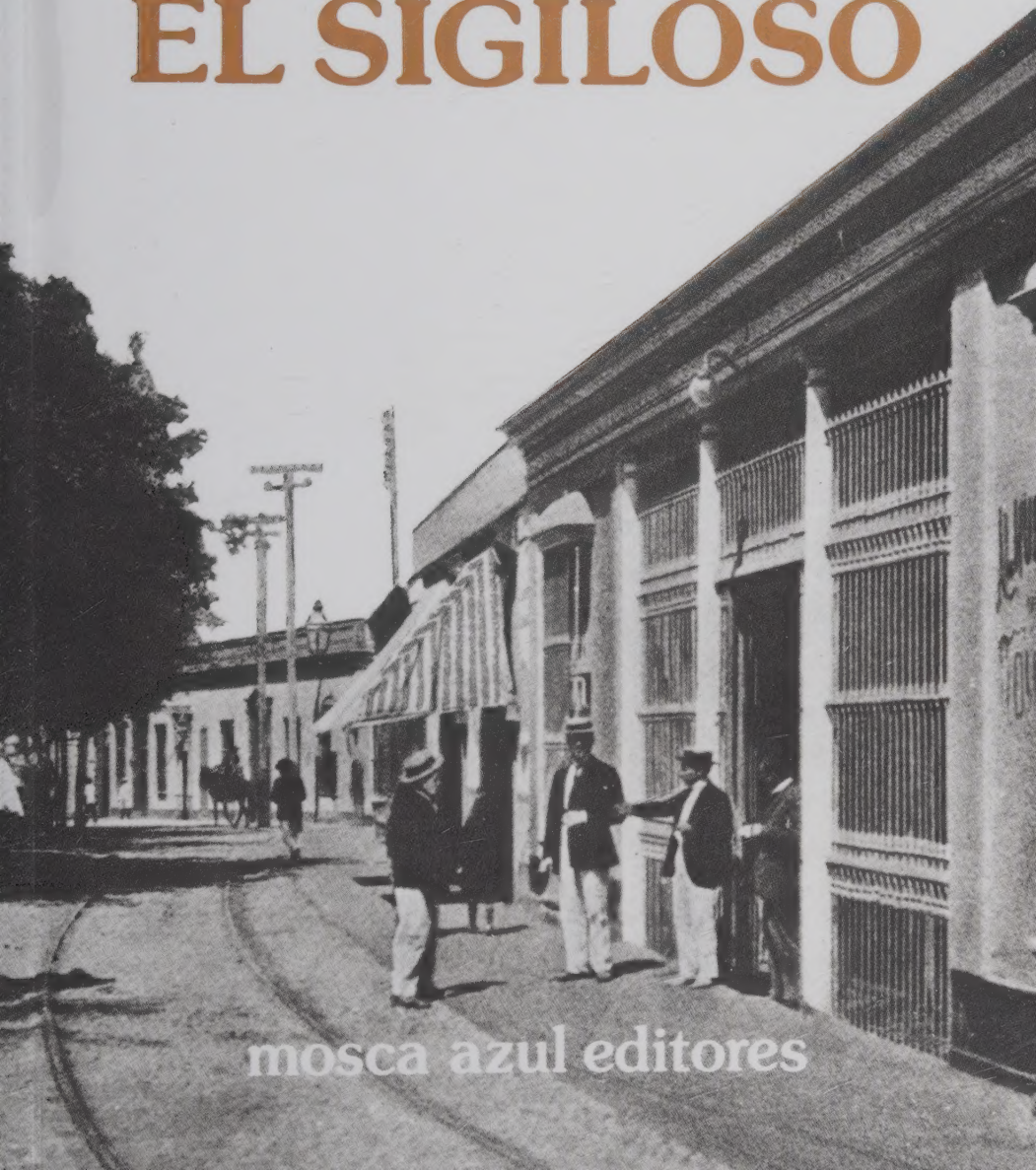
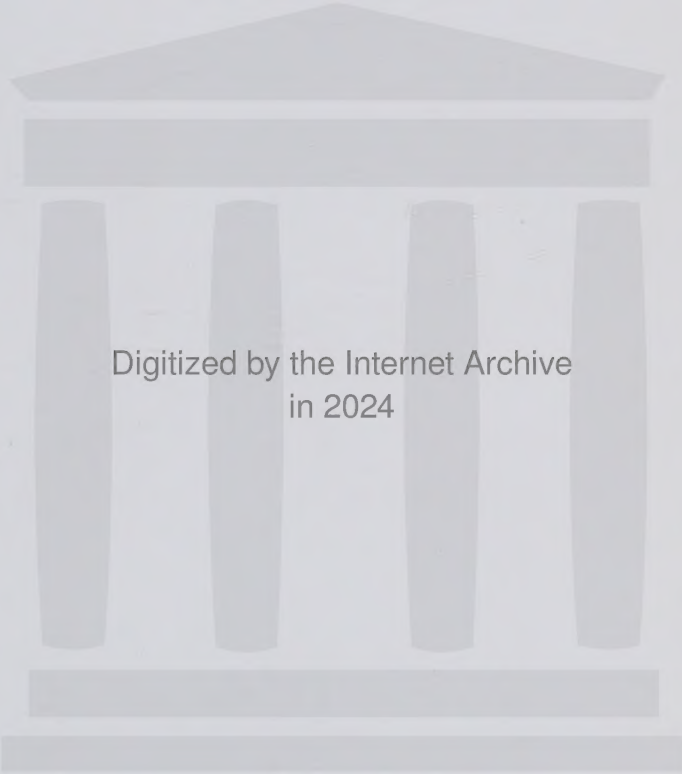


Luis Alberto Sánchez

RIGOLETTO EL SIGILOSO



mosca azul editores



Digitized by the Internet Archive
in 2024

Sánchez / *Rigoletto el sigiloso*

Luis Alberto Sánchez

PC
8497
S245
R5
1987

RIGOLETTO EL SIGILOSO



mosca azul editores

PRIMERA EDICIÓN

LIMA, 1987

Foto de la tapa:
Archivo Courret

Caricatura de la
tapa posterior:
Holguín de Lavalle

(*Hogar*, Ilustración semanal peruana,
Año I, N° 13, Lima 9-4-1920)

©

MOSCA AZUL EDITORES SRL
CONQUISTADORES 1130

SAN ISIDRO, LIMA, PEBÚ

FONO 41-5988

Entre la explanada de la Escuela Militar y el Morro Solar se extendía la calle del Tren. La Escuela Militar era un edificio largo y de sólo dos pisos, salpicado de ventanas, de un plano francés, como que habían sido franceses los que lo planearon. Dos inútiles cañones ornamentaban la puerta principal que daba a la vasta explanada en la que se destacaban un sereno busto del Coronel Francisco Bolognesi, héroe de Arica y, un alto mástil del que pendía el Pabellón Nacional. Paralelas eran las calles: la de Lima, muy aristocrática y bien puesta; la de Santa Teresa; la del Tren y una humilde, llamada Alfonso Ugarte, conjunto de moradas, de propietarios desconocidos, a la que daban los fondos de la Plaza del Mercado ya en la sexta cuadra, en el cruce con la de Zepita.

Las esquinas de la calle del Tren rememoraban los nefastos días de la guerra nacional; esas esquinas eran: Tacna, Arica, Zepita, Bolognesi, Santa Rosa, Enrique Palacios, etc. Al comenzar la calle del Tren, en su acera derecha, la Iglesia del Buen Pastor lucía su rojo muro de ladrillos semichamuscados por el incendio de 1881. Al pie estaba el rancho de Billinghamurst, que había permanecido vacío por más de veinte años. Sus paredes ennegrecidas por el humo del incendio, fueron repintadas; las rejas de la portada del rancho, mohosas y retorcidas, recibieron el rejuvenecimiento de herreros y pintores. El mismo don Guillermo, hombre de estatura mediana y bigote frondoso, estuvo encargado de

la defensa del Morro Solar contra los invasores, y cayó prisionero de ellos. Al regreso del cautiverio, de Chile, se dedicó a conspirar a favor de Piérola y comprometió parte de su capital en financiar las conjuras del Califa. Después de la revolución del 95 se empezaron a entibiar las relaciones entre el caudillo y su generoso colaborador, y Billinghamurst se entregó a sus propios asuntos.

Frente a la casa de los Billinghamurst se hallaba la clausurada puerta de la inservible estación del ferrocarril; en los altos funcionaba un improvisado hotel de modesta monta. Desde las ventanas de la casa de Billinghamurst se divisaban ruinas y campos. Paralelos, siempre a la vista, corrían juntos los brillantes rieles del tranvía eléctrico que surcaban toda la calle, desde el chalet, a la derecha de la Escuela Militar, hasta la esquina de Zepita y Enrique Palacios.

CAPÍTULO I

PAZ ALDEANA

La calle del Tren era como Jano, bifronte. Su ala derecha, poblada de iglesias, ranchos elegantes y diversos comercios, hasta la Estación del Tranvía, en la calle de Enrique Palacios con Zepita; su ala izquierda, tradicional y mercantil.

Al llegar a la última manzana, la que concluía en Zepita, estaba el mercado. Como todos los mercados del mundo, era un edificio más bien chato, amplio, desaseado y desagradable. El mercado olía a pescado, carne cruda, cebolla, culantro, jabón y mugre. Por las mañanas el suelo brillaba bajo el agua del lavado; las placeras gritaban; los chicos de la calle, pata en el suelo, chapoteaban en el agua.

Afuera, rodeando el mercado, un cinturón de tenduchas, generalmente de una sola pieza como las que rodearon el Palacio de Gobierno, allá por 1800. En uno de esos tenduchos decidimos fundar el Chorrillos Fútbol Club hacia 1913, como pretenciosa pieza de competencia frente al Club de Regatas Lima, fundado en 1864.

Esa noche sesionábamos preparando un programa de encuentros cuando hicieron su soberbio ingreso en la covacha, cuatro jóvenes. Uno de ellos era Andrés, remero del Regatas, hijo de un viejo vecino de Chorrillos y antiguo industrial residente en la bajada de Pescadores, junto al aristocrático Malecón; otro era Gonzalo,

apuesto, sereno, desdeñoso y amable, también boga del Regatas; el tercero era Tomás, genovés, más delgado, de mirada socarrona y curiosa; y, finalmente, Pedro, el menos atlético, de ojos brillantes, mirada curiosa y mentón trémulo.

—Somos socios fundadores. ¿En qué equipo nos van a poner? Eran muchachos de unos dieciocho años. Yo tenía trece.

—A mí no me gusta sudar. Detesto el sudor —exclamó Pedro.

Los muchachos del Chorrillos Fútbol Club miraban con admiración y curiosidad a los regios visitantes, casi adultos y remeros del Regatas. Pedro, el menos atlético de ellos, les hizo un guiño a los chicos y les dijo:

—Estén tranquilos. Esta no es una casa de equipistas. Por lo pronto, yo no bogo, ni pateo la pelota, ni hago natación; vivo, como, ando, río y hablo.

Los chicos soltaron la risa.

El llamado Tomás, en tono un poco italiano, dijo:

—No le hagan caso; es un poco loco; y salieron.

* * *

Pasando la calle de Zepita se abría un conjunto de casuchas. Era el Alto Perú. Por allí doblaba el tranvía con rumbo al túnel que desembocaba en la playa de La Herradura. El Alto Perú era el primer peldaño para subir al Morro Solar. En ese barrio habitaban pescadores, obreros y menesterosos. Los más importantes vecinos de allí eran los Balandra, pescadores, parientes del Mártir Olaya y de otros antiguos pescadores, maestros del trago como “Chapeta” y “Traca la Baqueta”; ambos borrachones y bohemios.

“Traca la Baqueta” era un genovés llamado así por error de pronunciación, por decir: “Atraca la barquita”. “Chapeta”, alto aliento a pisco, era un español abandonado en Chorrillos.

Los dos trataban a Andrés, respetaban a Gonzalo, solían beber con Tomás y bromeaban a menudo con Pedro. Los chicos del Chorrillos Fútbol Club recibían de los dos borrachos atrabiliarias lecciones de fútbol.

Paralela a la calle del Tren, pasando la de Santa Teresa, se desparezaba la elegante calle de Lima. En ella habitaban los Mo-
reyra y Paz Soldán, los Riva Agüero y Osma, los Eguiguren Es-
cudero, los Candamo, los Fariña. . .

El Malecón era la siguiente paralela: un barandal sobre el
mar azul, sereno, luminoso; y una hilera de ranchos, de los Vernal
García, los Mujica Alvarez Calderón, los Godoy Riofrío, los Urrea,
los Armero, los Castañón. Todo era espacio, glorieta para los mú-
sicos, bancas para los enamorados, mar azul, brisa, eternidad.

Al final del Malecón empezaba el camino terrestre a La He-
rradura, bordeando el mar; era la parte pobre de Chorrillos; vio-
lento contraste. Los ricos, en las cuatro cuadras del Malecón y en
la calle de Lima; los pobres, en todo lo que no era eso, y en las
faldas del Morro Solar y siempre abajo, telón de fondo insonda-
ble, un mar porfiadamente terso, tercamente verde-azulado, al
que, de cuando en cuando, como las nubes en el cielo, surcaban
leves encajes de espuma que morían blandamente en una playa
pedregosa, de piedras redondas, arsenal de los niños, tormento de
los pies, defensa de las gaviotas, cimiento de la ciudad. †

El mar es una invitación permanente. Sobre él y bajo él cir-
cula muchedumbre de vidas de todo tipo y de toda dimensión, y
detritus y restos de naufragios que son como la presentación de
la muerte: los pescadores suelen ser por eso contemplativos y
cantores. La soledad los arropa y ellos la vencen cantando. Mi-
ran hacia lejos y hacia dentro, y aunque prefieren las radas apa-
cibles, no temen a la ferocidad del mar violento. La de Chorril-
los era una rada apacible; por eso la buscaron con tanto ahínco
los pescadores salidos de la propia tierra o llegados de tierras
lejanas; y por eso también, cuando todo quedó establecido, los
oligarcas y los ricos nacionales y extranjeros se apoderaron de las
partes más acogedoras de la playa y de los segmentos más lumi-
nosos y apacibles del mar.

José Olaya Balandra fue por muchos años el representante
epónimo del pescador chorrillano; digámoslo mejor, del chorrilla-
no. Rindió su vida y sufrió martirio por su patria y por su mar.
Tras él llegaron en pos de cabinzas, lenguados, pintadillas, a ve-

ces corvinas, y naturalmente moluscos de toda especie, los Balandra republicanos, cholos de pata y alma anchas y pelo y temple rígidos; italianos buscadores de horizontes como "Traca la Baqueta"; españoles expertos en mares bravíos como "Chapeta". Según suele disponerlo la justicia humana, los pescadores auténticos se refugiaron en la pequeña playa de "Pescadores" y en la barriada inquieta y sucia del Alto Perú, como se llamaba a los tugurios levantados en las faldas del Morro Solar. En cambio, hacia 1874, un grupo de linajudos limeños encabezados por un señor de apellido Oyague, decidió utilizar el pródigo y manso mar chorrillano para su propio deleite y no para el provecho ajeno; de ello nació el Club Regatas Lima, que desplazó a los pescadores de las cercanías. Junto a las chalanas productivas, sin quilla, de dos remos, aparecieron las "yolas", esbeltas y ligeras de cuatro y ocho remos con las que se hendían las olas en soberbio alarde de fuerza física y destreza atlética.

Un muelle frágil, alzado sobre rieles, fue el refugio de los aristocráticos y forzudos remeros del club; al lado fondeaban las chalanas chatas, las balsas y las falúas de los Balandra y compañía, dispuestos cada noche a meterse mar adentro con redes y aperos que, al día siguiente, significarían una caudalosa cosecha de pescado para calmar la gula de los remeros del club.

El pueblo de pescadores se fue convirtiendo en un lugar de esparcimiento de los ricos. Ya lo era desde el Virreynato, però con la República se alzaron hileras de ranchos amplios y sencillos por fuera, aunque suntuosos por dentro. Todos estaban diseñados de modo semejante. Una reja que cubría total o casi totalmente el frente del rancho y, entre la reja y las habitaciones, un vestíbulo aireado, fresco, en el que nunca faltaban una mesa, un sofá, dos o tres mecedoras y a veces, una hamaca. El resto del rancho se distribuía en sala-comedor, dormitorio, cocina, patio interior y habitación de servicio. De estos ranchos emergió la necesidad de otro deleite: el baile. Para ello se edificó un casino amplio y florido, al otro lado de la calle del Tren, que era y es la espina dorsal de Chorrillos. El casino, en realidad, sólo funcionaba en verano y sobre todo, durante los tres días de carnavales.

Los dueños de los ranchos del Malecón de la calle Lima y de la calle del Tren y sus invitados, acudían al casino a bailar y reír, disfrazados según el antojo de cada cual. Allí estaban don Julio Carrillo de Albornoz, parecido físicamente a Luis XVI, vistiendo un traje versallesco o una levita de 1830; allí, doña María Soria de Barreda, vigorosa y rosada, alternaba el kimono japonés con el disfraz de marquesa del siglo XVIII o de sultana de allende el mar; allí, Miguel Miró Quesada, ágil y cortesano, múltiple como Proteo, cambiaba de disfraces y de gestos en una increíble zaramba de colores y de modas. Allí, la delicadeza de María Barreda y Laos y su disfraz de dama veneciana; el severo Manuel Vicente Villarán, con un sencillo dominó. Allí, todos los apellidos virreynales y republicanos. Al otro lado de la reja, en las calles, pata en el suelo, brazos al aire, los Balandra, los Chipoco, los Quispes, los Tracalabaqueta, los Chapeta, la gleba pescadora.

En 1881 concluyó aquel contradictorio epitalamio: el ejército invasor prendió fuego a los ranchos y saqueó las bodegas y destruyó el Casino. El Club Regatas resistió porque no era sino una estructura de rieles y madera. Después de aquel baño de ceniza y sangre, Chorrillos quedó tiznado de negro, de humo, de hollín, de angustia. Sus ranchos mostraban las cicatrices del embate sin motivo. Al fondo, en la bisagra entre Barranco y Chorrillos, la Escuela de Cabitos, es decir, la Militar, sirvió de alojamiento momentáneo a los depredadores. El mar impasible y neutral sintió el paso de las falúas de desembarco, cargadas de odio y armas. En la playa quedaron varados botes, chalupas, falúas, chalanas, balsas. Y en esas noches de horror y fuego, los lobos marinos, fieles amigos del pescador, acudieron en manadas a la orilla atraídos por la wagneriana orquesta del saqueo y la hecatombe. Chorrillos tuvo que renacer después de 1885; sin embargo, su contenido humano no había variado grandemente.

* * *

A Pedro de Ugarriza no lo llamaban todavía Rigoletto. Era Pedro, aunque a él, a pesar de sus veinte años, le gustaba que le dijeran don Pedro.

Andrés era un mocetón de dieciocho o diecinueve años; alto, fuerte, de ojos inquietos, brillantes; hablaba con un lenguaje a ratos vulgar y no siempre enteramente castizo; se le tenía clasificado como uno de los mejores bogas del Club Regatas Lima y era un buen amigo de los pescadores. Tenía su casa de dos pisos, en el extremo norte del Malecón, en la bajada de Pescadores.

El otro, Gonzalo, evocaba la figura de un efebo griego: alto y fuerte, de rostro sereno, de ancha frente, ojos tranquilos y claros y sonrisa fácil y cortés; también figuraba en el equipo de bogas del Club. Su padre había muerto en la defensa de Miraflores y su padre político, un profesor entusiasta, lo había conducido por el sendero del estudio.

Tomás, más italiano que Andrés, era un muchacho fuerte, sonriente y feo; miope, pero observador; culto, pero silencioso; no era boga sino futbolista.

Pedro, don Pedro, no era atleta, ni tenía padre rico, ni padre héroe y odiaba el deporte. Sus ojos de brujo, miraban con fijeza y de pronto, hurtaban la vista de su interlocutor; de nariz regular y mentón movedizo, mascaba el aire y se movía a menudo como gato herido y en otros ratos, como misionero; vestía siempre traje azul, corbata negra sobre camisa blanca. No se conocía su domicilio; pensaba en voz alta y a veces cuchicheaba. Aquella tarde entraron los cuatro al Club de Fútbol Juvenil Chorrillos y se apoderaron de él; es decir, nos arrinconaron a los más chicos y se hicieron dueños de las pocas sillas de que disponíamos. Nuestra reunión quedó interrumpida. Nos marchamos a tomar aire al Malecón.

La banda de la Escuela Militar desfilaba hacia la calle del Tren tocando una marcha militar. Posesionados de la glorieta del Malecón, los músicos acometían con lentitud el vals de "La casta Susana". De pronto; Pedro desapareció sin dejar huellas, como Mefistófeles en la ópera. Andrés, Tomás y Gonzalo se acodaron en la baranda que separaba al malecón de la playa; iba desde la esquina de Enrique Palacios hasta la Bajada de Pescadores.

Tres cadetes con la boina tumbada sobre la ceja izquierda, flirteaban con otras tantas muchachas muy de vestidos floreados y zapatos de tacón de cinco centímetros y medias de seda. Andrés viró hacia la izquierda, rumbo a su casa, pero antes de llegar pasó frente a la ventana de la casa de la familia Vernal y bajó a pie la pequeña rampa, que daba a la puerta del rancho paterno. Gonzalo se había apoyado de espaldas al mar.

Tomás consultó su reloj y tras un ¡chao! sonoro se encaminó hacia la Plaza Castilla.

Una sarta de muchachas cruzó el Malecón; llevaban sombreros alones y echarpes de seda; una de ellas ondeó la mano y dijo: ¡Qué buen mozo Gonzalo!

Gonzalo sonrió encantado y saludó con un “Adiós” a Rebeca, que era la comentadora.

Rebeca era una muchacha quinceañera, acaudalada, de caderas pronunciadas y ojos pardos. En ese momento, reapareció Pedro; le brillaban los inquietos ojos negros, tenía un leve temblor en la barbilla y se apoyó también en la baranda. La noche estaba brillante, sembrada de estrellas. El farolero municipal, escalera al hombro, empezó a apagar los mecheros de gas para que la Luna, que estaba en plenitud, bañara de suave plata el paisaje. Las parejas y tercetos, sentados en las rústicas bancas del Malecón, se abanicaban lentamente; no corría viento alguno.

La Banda de la Escuela Militar tocaba “La vuelta del aldeano”. Rebeca se apartó de su grupo y se acercó a Gonzalo y avanzaron ellos, también hacia el rancho de los Vernal García.

—A veces eres insoportable —refunfuñó Gonzalo.

Pedro no respondió; hizo un gesto y hundió las manos en los bolsillos del pantalón. Estaban de moda las “saritas” que los europeos llamaban “canotier”, los chilenos “allullas” y los españoles “sombrosos pajizos”.

Sarah Bernhardt, cuando visitó Lima, en la década de 1890, trajo la moda de esos sombreros, que se difundió rápidamente y que originó el nombre de “saritas”.

Del extremo del Malecón surgió la fuerte silueta de Andrés.

—¿Dónde se habían metido?

Gonzalo habitaba a cuatro cuadras de la casa de Andrés, a seis de la de Tomás y a tres de la de los Vernal. Su rancho, es decir el de su familia, quedaba casi exactamente a la espalda de la de Billinghamurst, pero en la calle de Lima. Diariamente, mañana y tarde, veía cruzar ante la reja de su rancho a las dos chicas, de ingente riqueza y de indiscutible resonancia política: Anita y Enma. Enma era ya una señorita y solía pasar las horas en una banca del Malecón frente a su casa, cogida de la mano de Enrique su novio, hermano de Anita; hombre de gesto displicente que sonreía en éxtasis cuando se le acercaba el rostro apasionado de Enma.

Anita, traviesa y fisgona, le comentaba a Rebeca:

—Mi hermano Enrique parece que va a tragarse a tu hermana; tiene cara de hambre.

La calle de Lima, como hemos dicho, corría paralela a la del Tren, desde la Escuela Militar hasta la plaza Matriz, o sea el principio del Malecón. Las casas de la calle de Lima tenían sus partes traseras asomándose al mar, un mar verde, surcado por tumbitos marinos, de crestas blanquecinas como encaje complicado. Todas eran casas de viejos señoríos limeños; los ranchos de los Eguiguren, de los Moreyra, de los Fariña, de los Deustua, de los Riva Agüero, de los Prado, de los Candamo, de la flor y nata del civilismo y de la oligarquía capitalina.

El rancho de Gonzalo era una finca de amplia fachada, defendida por una reja alta y ornamental tras de la que se abría un corredor con macetones de flores y un par de árboles de caucho; luego el vestíbulo con mecedoras de mimbre y una mesita, sobre la cual derramaba sus flores un macizo de rosas. La sala, con puerta de cristales coloreados. El padre de Gonzalo había muerto en la batalla de Miraflores, como Segundo Comandante de un Batallón de la Reserva, que defendió valerosamente a Lima. La viuda de don Gonzalo padre, casó años después con un prestigioso

profesor de francés y de filosofía, que Gonzalo consideró siempre como su segundo padre.

La casa de Gonzalo era un lugar clásicamente limeño, a pesar de que ni el padrastro ni la madre habían nacido en Lima. El retrato de Gonzalo, el héroe, estaba firmado por Luis Astete, un retratista de moda y también descendiente de una familia empingorotada, la de los Marqueses de Casa Concha. Gonzalo había crecido como hijo único de madre viuda y heredero como era de una apóstura varonil, serena y arrogante, atraía las miradas de las muchachas chorrillanas, es decir, de las limeñas que se trasladaban al balneario para amagar el verano con brisa de mar, bailes en el Casino, arrumacos en las retretas del Malecón y miradas durante la misa que, en la Iglesia Matriz, oficiaba el Padre Luyo.

La amistad con Andrés era fruto de su pasión por la boga y la natación así como por la equitación y el tennis. Pero su trato con Pedro, siempre transeúnte y forastero, resultaba inexplicable. Pedro detestaba el esfuerzo físico; no entendía para qué hacerlo. No se le veía leer ni enamorar; tampoco fumar.

Tomás tenía la pasión de los libros y una excelente biblioteca, sobre todo en italiano; su padre era profesor de la Escuela Militar y su hermana estudiaba para maestra. Gonzalo era un universitario de veras, como su padrastro.

Una tarde, Anita, estirando su rojo hociquito en forma de beso, preguntó a Andrés:

—Dime, ¿y qué encuentran de atractivo en ese Pedro?

Andrés no supo qué contestar. Gonzalo, más fresco y frío, le dijo:

—Sabes, Anita, que Pedro es muy inteligente y muy tímido.

—Pero, ¿de dónde ha salido? Mis amigas lo llaman Flor de Té.

—¿Flor de Té?

—Sí, ¿no conoces el cuplé?

“Flor de té es una linda zagala
Que a mis pagos un día llegó
Nadie sabe de dónde ha venido
Ni cuál es su nombre, ni dónde nació”.

—Te equivocas, Anita: su padre se llama Fernando; su madre Elvira; ha estudiado en La Recoleta y su primo Daniel ha sido Comisario de Chorrillos. Creo que nació el año de la Coalición, uno antes que... yo; y el mismo año de Andrés.

CAPÍTULO II

EL GOLFO

La mañana despuntó llena de presagios. Los diarios desplegaban grandes titulares: “La heroica jornada de hoy”, “La gloriosa madrugada de hoy”, etc. Desde la tarde anterior el ambiente de Lima había estado perturbado por un continuo ir y venir de coches de alquiler por las calles del jirón de la Unión. Los ocupantes de esos carruajes eran gente de modesto vivir pero de dedo ágil sobre el gatillo de sus revólveres. Los caballos escuálidos que tiraban de las “victorias” y las “berlinas”, pegaban saltos a cada disparo.

—¡Viva Billinghamurst, carajo!, ¡Abajo el Congreso!, ¡Mueran los cogotudos!, ¡Viva el Perú!

Reinaba un ruidoso cierrapuertas. Así, desde las cuatro de la tarde hasta las doce de la noche. A las tres de la madrugada, varios batallones avanzaron en pie de guerra, desde Santa Catalina, desde Barbones, desde Chorrillos, para converger en Palacio de Gobierno. Pese a la superioridad numérica de los atacantes, la gendarmería, al mando del Coronel Luque, defendió valerosamente el Palacio. Al fin, los atacantes irrumpieron por la Puerta de Honor. El Presidente, obligado a dimitir, fue trasladado por la fuerza a la Penitenciaría. Se había roto el ritmo republicano imperante durante casi treinta años.

La campanilla de la casa de Gonzalo vibró insistentemente. Eran las ocho de la mañana. El mayordomo se negaba a abrir la puerta a un hombre ojeroso y vociferante, de rostro raro y sombrero de paja tumbado sobre una oreja.

—¿Está Gonzalo? Dígale que soy Pedro. Del fondo de la sala fue surgiendo una silueta de corta estatura, aire majestuoso y tez morena. Con voz atiplada, indagó:

—¿Qué le pasa joven, tan temprano?

—Perdone doctor, señor, quiero decir... acaban de derrocar al Presidente.

—Ah, qué bien. ¡Ya era tiempo!

Gonzalo apareció ajustándose la corbata:

—¿Qué ocurre Pedro?

Pedro refirió a Gonzalo cuanto sabía y añadió:

—He ido a buscar a Andrés pero había salido desde ayer y no ha ido a dormir. Estoy inquieto.

El profesor inició un interrogatorio hábil:

—¿Y usted, señor Ugarriza, es chorrillano como Andrés?

—No, doctor; soy de Lima pero he vivido mucho tiempo en Chorrillos y me gusta este ambiente. Mis mejores amigos son chorrillanos. Gonzalo es el mejor.

El profesor escuchaba con una sonrisa gatuna. Poco a poco se deshilaba la madeja de misterios, hasta donde lo permitía la prudencia de Pedro.

Gonzalo salió y dijo:

—Vamos, Pedro. Primero busquemos a Andrés.

No bien traspusieron la reja de la entrada, Pedro dio un grito: ¡Andrés! En efecto, con largo y rápido paso y con los ojos brillantes y el gesto torcido en mueca furiosa, avanzaba Andrés a su encuentro.

—Los estaba buscando. Tenemos que hacer algo por don Guillermo. Yo no sé, ni me importan ni los militares ni la política... *ma questo e una traizione.*

—Ya empezó a hablar en italiano; está furioso, —comentó Gonzalo.

—Calma —se adelantó Pedro sin perder el pie de la conversación.

* * *

Fue un primer semestre lleno de altibajos. Durante cuatro meses los políticos y los militares estuvieron jugando al Gran Bonetón. La casa de la calle del Tren parecía abandonada. Un jardinero la visitaba de cuando en cuando para regar las plantas. Finalmente, el grupo civilista que rodeaba al militar vencedor, había legitimado la mala situación del Gobierno con una ceremonia, ridículamente solemne, en el local del Congreso.

Frente a aquel doloroso abandono de la calle del Tren, solía detenerse apenado Andrés. Gonzalo pasaba más el tiempo en Lima, en la Universidad; llegaba a Chorrillos por la noche. Con Pedro se juntaban en el Club Regatas de cuando en cuando. Falta-ba la risa del gordo Bellido que había viajado al extranjero en aprendizaje diplomático. Se hablaba de conspiraciones sigilosamente.

Regresó al Perú un joven escritor que ya empezaba a hacer mucho ruido por sus excentricidades literarias y por sus originalidades de dandy criollo: Abraham Valdelomar, triunfador en un concurso de *La Nación* de Lima, con el cuento *El Caballero Carmelo*. Había renunciado a su cargo en Roma y vuelto para colaborar con su padre, que prefería la miseria a ser carcelero del Presidente Billinghurst.

Valdelomar había vuelto como secretario del empaquetado, erudito y joven historiador José de la Riva Agüero. La casa de éste, en la calle de Lima, se avivó con la presencia diligente de su propietario, su madre y su tía solterona, y con las asiduas visitas de Valdelomar, *habitué* de la vasta biblioteca de Don Pepe.

Pero nada de eso devolvía a Chorrillos lo que la ausencia de Anita, de los Vernal y de Gonzalo le había arrebatado.

Pasó el 28 de julio: aniversario triste.

El cable trajo la inquietante noticia de un crimen ocurrido en Sarajevo. El socialista Liebknecht y Rosa Luxemburgo, habían sido puestos en prisión en Berlín. El socialista francés Jaurés, había sido asesinado de un tiro por la espalda mientras departía en un café de París. Era el corolario del asesinato del Duque Francisco Fernando de Habsburgo.

—Creo, Gonzalo, que la guerra es indetenible, dijo el profesor a su hijastro. Hay que tomar precauciones. Yo temo por Francia y por la libertad. Acabo de conversar con ese joven Valdelomar, que trabaja con Pepe Riva Agüero y me ha contado mucho sobre el ambiente que ha dejado en Roma y en París.

Gonzalo sonreía:

—He oído decir a Pedro...

—Ese Pedro, ¿es amigo de Valdelomar?

—Así parece y, con Andrés, suelen pasear por el centro de Lima. Pedro es impredecible.

El profesor calló un instante. Luego, lentamente, como quien deshoja una rosa, empezó a decir:

—En estos días, Gonzalo, he recibido varios paquetes de libros. Me los envían el librero Soudier, de París; Fratelli Bocca, de Roma; Giard et Brière, también de París. Los he leído y he visto que ha aparecido un nuevo tema de discusión psicológica. Tú sabes que la psicología es una nueva ciencia. Bergson, el gran filósofo francés, los ha reforzado con su libro *Los datos inmediatos de la consciencia*.

—Gonzalo trató de ocultar un bostezo y fijó los ojos en los de su padastro.

—Lo sé papá, y he leído *La risa* y también *Materia y Memoria*.

—Sí, lo sé. Tú sabes que Bergson sostiene que el hombre tiene dos yoes: el yo superficial, el del mundo de la costumbre, y el yo profundo, que corresponde a la intuición y en el que reina la libertad. Vivimos de la rutina, sometidos a los demás; pero, de cuando en cuando, el yo profundo se libera imponiéndose. Somos personas dadas a la violencia...

Gonzalo trató de interrumpir, había sonado el teléfono.

—... Un médico vienés, un tal Freud, cree que todo eso depende del apetito sexual, como él llama a un conjunto de motivaciones y recuerdos, que son el sustrato de la personalidad. La esquizofrenia es el nombre que se da a este fenómeno. Yo estoy muy convencido de que la sexualidad no es lo único; pero la libido influye en el carácter, y no se puede negar que hay mucho de ello en ciertas personas; por ejemplo, en tu amigo Pedro, a quien conoces hace varios años, y también en Valdelomar, de quien he sido profesor varias veces.

Gonzalo escuchaba en silencio. Hubo una larga pausa.

—¿No has pensado en qué consiste ese algo que hay en tu amigo?

Gonzalo, después de pensar un rato, respondió:

—Es posible que sea así; en todo caso, Pedro es un amigo leal.

—Eso es otra cosa.

* * *

Aquel año no hubo la ritual fiesta en el Casino. Sus animadores más entusiastas estaban en Europa. Se habían puesto a buen recaudo de las supuestas violencias del Presidente Billinghurst. Un señor elegante, buen mozo, alto, de nariz especial y mentón como ballena, decía:

—Cuando fue alcalde arrasó con el callejón de Otayza.

—Yo he decidido vender nuestro palacete. Sin embargo Billinghurst es un aristócrata-anarquista. Riva Agüero dice que es muy peligroso.

Pedro voló con el chisme antibillinghurista donde Andrés. Este, que andaba muy violento por las dificultades con que tropezaba para conversar con Anita, prorrumpió: —Esos cojudos, todo lo quieren para sí y de seguro, yo, mi padre, que en paz descansa, y mis hermanos, sabemos lo que es andar con las manos en los bolsillos. El trabajo es la base de todo, pero no me detendrán.

Pedro, mirando fijamente y de soslayo, torció la sarita a un costado de la testa.

—Andrés, a veces me pareces loco o un niño grande. ¡El trabajo! Si el trabajo es sudar, detesto el trabajar. La vida tiene muchos atractivos. Hay que gozarla y hay que darse descanso. Pensar es también una forma de trabajar.

—Entonces, tú trabajas mucho.

—Yo pienso todo el día, Andrés; pienso por la pandilla, por la tira y por mí.

—¿Y no piensas por tu familia?

Pedro se le quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Mi familia...? Mi familia está muy tranquila en su casa; mi verdadera familia son ustedes, mis amigos. ¿No has oído decir que soy como “Flor de té”, la de la copla?

Andrés recordó que Anita había tarareado aquel cantar muchas veces cuando Pedro pasaba por el rancho de la calle del Tren. Con inusitada crueldad, comentó:

—Ya, ya, pero no se te puede aplicar enteramente; por lo menos, sabemos cuál es tu nombre. El canto dice algo así como “Flor de té”, no se sabe de dónde ha venido ni cuál es su nombre... ni dónde nació.

Pedro, que al parecer no lo había oído, caminó un trecho, se volvió como un resorte y propuso:

—Vayamos a buscar a Gonzalo, aunque ese diplomático ahora no falta a su horario de oficina y prefiere oír a sus jefes y compañeros: al seco Althaus, al gordo Polo y al revoltoso Belaunde.

Andrés, deteniéndose en el paradero de la Botica Remy, propuso:

—Ahí viene el tranvía para Lima; subamos. Si no lo encontramos, al menos nos sentiremos mejor.

CAPÍTULO III

CANTOS DE ESPAÑA

La guerra europea desvió hacia América a muchas de las compañías de teatro, ballet, concertistas, coros, recitadores, solistas del Viejo Mundo, que no encontraban escenarios para desarrollar sus repertorios. Llevaban al pueblo los grandes espectáculos de *variétés*, operetas, zarzuelas y aun óperas.

En esos días se hallaba de moda todo lo concerniente a París: “La casta Susana”, “Eva”, “El conde de Luxemburgo”, “La viuda alegre”, todo ello vals, *champagne*, galantería y can-can.

El Atlántico se había convertido en un riesgo a causa de los submarinos alemanes, y todo convergía al Pacífico. Después de la batalla del Marne y la aparición de los primeros aviones y tanques, sólo quedaban ecos de Europa. A los latinoamericanos nos tocó el tiempo de gozar.

Las carteleras de Lima anunciaban en aquel otoño de 1915 la llegada de una colosal compañía española de revistas, que la costeó el empresario Velasco, y la del célebre director de orquesta y compositor, Quinito Valverde, hijo del coautor de *La Gran Vía*, encanto de los limeños de 1900, y la de Manolo Casas, que tenía como su mayor atracción la presencia de la tiple cómica Amparo Ferrer, hija, según decían, de Francisco Ferrer, el maestro anarquista fusilado en 1909, en los pozos de Montjuich.

Al mismo tiempo, numerosas cocotes francesas y polacas y oleadas de tahúres cosmopolitas y pecadoras de la Vieja Europa, buscaban mercado para sus mercancías absolutamente tradicionales.

El tumultuoso éxito de la compañía Velasco y enseguida el también ruidoso de la compañía Casas, tenían un origen muy claro: desde 1910 se había desatado una terca campaña contra la sicalipsis teatral que permitía a las coristas mostrar la pierna hasta la pantorrilla. Esto trajo como consecuencia un Decreto Municipal del entonces alcalde de Lima, Guillermo Billinghamurst, prohibiendo esa clase de espectáculos por "inmorales y sicalípticos" y suspendiendo las funciones de la carpa del Pathé, situada en la plazuela de San Juan de Dios, donde hoy se eleva el Hotel Bolívar. Dos cupletistas españolas, Enriqueta Nicasi y la "Tarifeña", habían puesto de moda una traviesa machicha brasileña titulada "La pulga". El tema se desenvolvía sobre el supuesto de que una hambrienta y picante pulga atormentaba a cada una de las cupletistas. La Nicasi era una mujer pequeñita, rubia y de finas facciones; la "Tarifeña", como lo indica su apodo, era una morena turbulenta, opulenta y nada lenta para sacudirse la pulga que se le metía por debajo de la ropa interior. Las dos atormentadas se desvestían musicalmente a los acordes de la machicha, entre los alaridos de los concurrentes ávidos de saber en qué rincón del cuerpo se les había metido el bichito. La verdad, es que al fin de mucho menearse, se quedaban en corpiño y pantaletas y botines hasta cerca de la rodilla: terrible desnudo para la pacata Lima de esos años.

La guerra europea había devuelto al Perú a muchos de sus hijos acostumbrados a los desnudos auténticos del Follie Bergere y del Moulin Rouge, y añorando esa sicalipsis estética acudían a las funciones de las compañías de Velasco y de Manolo Casas.

Era como en un humilde renacimiento, el triunfo de la desnudez sobre la castidad.

En Lima, por las tardes, las lentas y abiertas "victorias", haladas por míseros jamelgos con sus aurigas zambos, exhibían por

el centro las robustas piernas semicalatas, los cabellos oxigenados, los labios temiblemente rojos y los ojazos agrandados por el kohl y el rimmel de las "cocottes" extranjeras.

Eran los días en que el periodista Albert Londres publicaba su escandaloso libro *El camino de Buenos Aires*. Además, el jirón de la Unión, el "centro", tenía desde hacía poco más de dos años un nuevo e inmenso atractivo: el *Palais Concert*, que se había levantado en plena calle Baquijano, esquina con la calle de Minería; un lujoso edificio, todo en concreto, color crema. En el primer piso, por ambos frentes, se hallaban las instalaciones del Palais. Era una confitería como el *Café de la Paix* de París y "El Aguila" de Buenos Aires. El Palais tenía cuatro anchas puertas sobre Baquijano y una de escape sobre Minería. En el primer compartimiento funcionaba el bar; en el segundo, la confitería y en el tercero y el cuarto, el salón de té; en una mezzanine colgante, tocaba una orquestina de "damas vienesas" que amenizaba la sala de once a una y de cinco a siete.

Las damas vienesas (un piano, dos violines, un cello, una flauta y un contrabajo), atacaban sentidamente piezas de Mendelssohn, Mozart, Strauss, Grieg, Schubert, Verdi, Puccini, piezas quechuas y criollas: toda la gama. De once a una y de seis a ocho, las puertas del *Palais*, con sus gradas de mármol, servían de trinchera a los "niños góticos" o sea, "los entalladitos"; también se les conocía con el mote irónico de "los ñatos" del Palais, la mayor parte de ellos narigones.

Valdelomar, presumido y solemne y con gesto alegre, pasaba acompañado por un joven pálido, cojo, de andar lento, con sombrero de paño. No se sabe cómo, allí de pronto, apareció Pedro, a quien apodaban "Rigoletto". A Pedro no le gustó el mote. Sin embargo, lo aceptó aunque contraponía un solemne:

—Yo soy Pedro de Ugarriza y nadie debe llamarme por otro nombre.

Valdelomar reía mostrando sus dientes pequeños y perfectos y repetía:

—Sí, don Pedro... Rigoletto.

Les gustaba el nombre de Rigoletto. Con ese título publicaron entonces una revista festiva; la ilustraban los magníficos dibujantes Reynaldo Luza y Darío Eguren Larrea. Pedro no se mostraba muy satisfecho de tal publicación ni del apodo que le daban:

—Mariconadas, cosas de niñas fifí, alcahueterías.

Pese a todas aquellas andanzas, Rigoletto no abandonaba la compañía de Andrés, ni de Gonzalo, aunque ya había dejado la de Tomás. En esos días se comentaba la prematura muerte del Presidente Billinghurst en Arica; su familia regresó a Lima, enlutada y dolida, al rancho de la calle del Tren, que abría sus rejas a la nueva generación. Andrés frecuentó más su vieja casa de Chorrillos, pero algo más lo acercaba a Lima y a Pedro.

La casa de la calle del Tren refloreció pese al luto de sus habitantes; no así la del Malecón, la de los Vernal, cuyas ventanas continuaron tercamente cerradas.

Por otro lado, los peruanos “metecos” de Francia, no podían evitar su nuevo éxodo al propio Perú donde invertirían sus francos y sus libras esterlinas traducidas a soles peruanos: el dólar no tenía importancia todavía.

Los colegios privados se llenaban de muchachos europeizados, que a menudo apenas mascaban el castellano. Eran como cierto general limeño que, después de dos meses en París, al ver un gallinazo en la bahía del Callao, preguntó con sabrosa inocencia: ¿Cómo se llaman esos pájaros que hacen tus tus? Y se quedó con el apodo de “General tus tus”.

La guerra aventaba a los “metecos” peruanos de Biarritz, de París, de Londres, de Roma, de Saint Tropez, de Niza, de San Sebastián, de Madrid, a Lima, a Trujillo, a Arequipa.

Pedro informó a Gonzalo, a quien había ido a esperar a la salida del Ministerio de Relaciones Exteriores, en donde éste había empezado a trabajar.

—Chorrillos se va a repoblar con “futres”. Ya están aquí los Pardo Heeren, hijos del Presidente Pardo; los Pardo Althaus, hijos del hermano; los Rey y Lama, los Ayulo, los Barreda y Laos;

los Canaval; los Barreda y Bolívar; los Swayne; los Madalengoitia; y todos han olvidado el castellano y se sienten “supercivilizados”. Vamos a tener que superarlos.

—¿Civilizados? ¿Por qué?

—Bueno, yo no la he leído pero me han contado que hay una novela titulada *Los Civilizados*, de un tal Claude Farrere, y que allí se pinta a los fumadores de opio como representantes de la civilización.

—¿Y por qué?

—Vamos a conversar con Herbert Trou para que nos lo explique.

—¿Y por qué no se lo propones a Andrés, que tiene ahora más tiempo que yo?

—Porque Andrés está enamorado y, porque tú lo conoces; es un salvajote.

Gonzalo sonrió equívocamente.

Pedro no insistió, aunque entre dientes se le oyó repetir:

—Civilizados, civilizados; buena sarta de pendejos. ¿Y es que somos una sarta de monos, que imitamos todo?

CAPÍTULO IV

LOS CIVILIZADOS

Pedro trataba de orientarse en su ambiente. La llegada de los "europeos" alteraba la atmósfera del *Palais Concert*. Los recién llegados respiraban y pisaban fuerte; eran "los civilizados". Sentíanse superiores al ambiente. Pedro observaba y observaba. A las once seguían reuniéndose en la confitería estudiantes y jóvenes intelectuales.

Gonzalo, al salir del Ministerio, llegaba coincidiendo con la violenta agresividad olorífera. Era la hora de los pasteles de hojaldre y de crema. Primero, aparecían los azafates con los *vol-a-vents* que, rociados con limón, a cinco centavos cada uno, se disputaban los parroquianos.

Don Pepe Gamarra, rengueando levemente, atendía a la clientela. Luego, salían los "relámpagos" llenos de crema; "las orejas de chancho" crepitantes; los pasteles de chocolate. En el otro sector del *Palais* inventaban piropos los "niños góticos", los "ñatos". Uno de los "civilizados" había traído consigo a una esbelta, blanca, rubia, nariguda y graciosa *amie du coeur*, llamada Nelly Brown. Nelly se detenía a conversar con los amigos de su amante: el aristocrático garrochista Olavegoya Kruger, cejijunto y de barba fuerte que se regodeaba al paso de su amiga.

—*Un petit verre, mon ami.*

—*Cherie, ici c'est très difficile avoir un bon Pernod.*

Nelly hizo un mohín de desagrado. Pedro la miraba intensamente. Luego observó a Andrés que también tenía los ojos puestos en Nelly Brown.

Una voz medio difusa y al par arrogante, vibró desde la sala de té:

—Rigoletto, Rigoletto, ¡quiero hablar con usted!

Pedro frunció el ceño y se hizo el desentendido.

Andrés preguntó:

—¿Es contigo?

—No lo creo. Yo soy Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición, un señor, y él es sólo Abraham Valdelomar, aunque firme como el Conde de Lemos.

—Entiendo, Pedro, que es un hombre muy inteligente y un gran escritor.

—Sí, secretario de Riva Agüero y amigo del “negro” Falcón.

Andrés soltó la risa y como si los hubiera oído, Valdelomar apareció en la puerta del *Palais*, limpiándose los quevedos que sujetaba al cuello con una cinta negra y plata.

—Ugarriza, Ugarriza, quiero hablar con usted un instante.

Pedro se acercó. Se separaron a los pocos minutos. Herbert Trou, esbelto, desdeñoso y con monóculo, le dijo:

—Me marcho con Andrés; voy a ver a un amigo. Si quieres nos acompañas y te invito a comer a un chifa en la calle Capón.

Desde dos cuadas a la redonda, el barrio chino olía a algo raro; era un tufo tibio, aromoso, oliente a opio y melaza. Unos chinos escuálidos, vestidos con sacones de color azul, pantalones del mismo color, con caras de pergamino, agresivos y renuentes a hablar, miraban pasar a los visitantes.

—Espérate, ¿no hueles algo raro?

—Claro, no huele a queso ni a vino tinto como tus paisanos, los bachiches.

Andrés le dio un pescozón a Pedro:

—Te invito a almorzar una tallarinada.

Habían llegado a la calle de Hoyos, paralela al Mercado Central. Herbert Trou llamó a una puerta pequeña. Insistió. Se abrió una ventanica y en ella apareció la cara de un chino. Herbert y el chino cambiaron unas palabras. El chino señaló a Andrés y a Pedro; volvió a insistir Herbert. La puerta se abrió. Un cuarto oscuro y traspasado por un acre y punzante aroma a algo raro azotó la nariz de Andrés.

En la otra pieza, varias tarimas con sendos lamparines a los costados. Sobre las tarimas, al parecer, dormían varios hombres y una mujer. Esta, chupaba despaciosamente un tubo largo en uno de cuyos lados había una cavidad a la que adhería, con una especie de larga aguja, una materia negra y quemante, después de haberla pasado por la llama del lamparín.

—¿Fumando opio?

Pedro, con los ojos dilatados, se acercó a uno de los yacentes:

—Abelardo, Abraham te necesita hoy a las cinco en su casa, frente a la Penitenciaría.

—Andrés, ¿no te animas a probar una fumadita? Aquí estuvo no hace mucho el gran maestro mexicano Vasconcelos que vivía en la casa de Riva Agüero; Valdelomar lo invitó a probar una “castellana”; casi se muere. Después ya no le disgustó.

El chino Aurelio, con una sonrisa maliciosa, estereotipada, se dirigió a Andrea y le dijo;

—Usted no ha oído que la necesitaban a las dos de la tarde.

Andrea, la francesa, era una mujer atractiva e inteligente que ejercía su sagrado y profano sacerdocio venusino en una casita de la calle del Huevo. Tenía facciones finas y unos ojos azules inteligentes.

—*Merci, Aurelio, je dois partir; c'est dommage.*

Andrés asistía a aquel espectáculo con los ojos muy abiertos y sorprendidos. Aunque sospechaba que Pedro era una persona misteriosa, nunca imaginó la índole de su misterio.

El chino Aurelio miraba a los recién llegados con desagrado y volvió a soltar una risa de desconfianza.

Evidentemente conocía a Pedro. Hasta se le salió una expresión al punto corregida: "Señor Rigo...". Se detuvo, agregando: "Señor Pedro". Pedro trataba de convencer a Andrés:

—Una fumadita para que pruebes.

Para acabar de persuadirlo, Pedro se tendió en una tarima y ordenó:

—Chinito, a ver, prepárame una fumadita.

El chino Aurelio arregló la colchoneta, la pipa, la lámpara y la aguja; mientras que Pedro invitaba a Andrés:

—Tiéndete en la otra tarima y espérame una media hora. Conversaremos.

Andrés miraba con curiosidad las maniobras del chino Aurelio y de Pedro. Este, insistió una vez más:

—Nada pierdes con probar.

Andrés recordó con qué insistencia Pedro le había hablado de los libros de un tal de Quincey y de un tal Lorrain; de aquel Farrère y de un poeta Baudelaire, todos adictos a las drogas. Entonces comprendió.

Pedro empezó a decir entre chupeteo y chupeteo:

—¿Por qué no te acomodas? Yo fumo aquí sólo de cuando en cuando, si me trae alguien; yo soy amigo de muchos escritores.

—¿Sabes lo que es esto?

—No lo sé.

—Es mejor. A mí me llaman Rigoletto y este chino de mierda me lo dice. No se lo aguento. Yo soy un señor, mis apellidos son Ugarriza y Suárez de la Inquisición; soy de una vieja familia vasca.

Pedro seguía balbuceando comentarios y confesiones largamente guardadas:

—Tú y Gonzalo han sido mis únicos amigos. Tú y él son los

únicos que conocen mis intimidades; son fuertes y buenos amigos; yo soy una piltrafa humana, físicamente horrible, pero tengo más talento que ustedes dos juntos. Soy de una antigua estirpe vasca, terco: trabajar es un estigma, no trabajo. Eso, no.

Andrés recordó una conversación de Gonzalo en Chorrillos. Había éste conocido a dos Ugarriza, alumnos de La Recoleta. Sixto, el mayor, era callado y circunspecto; Miguel, el menor, vigoroso, corpulento y agresivo; tenía el apodo de “churrasco”, por lo grueso y sólido. El padre de ambos trabajaba como comerciante próspero.

Ser alumnos de La Recoleta significaba un “status” social apreciable. Desde su babeante sorna limeña, Pedro siguió diciendo:

—Detesto a los brutos; por eso Valdelomar no aprecia a ninguno de esos blanquitos cagaleche, sin talento; los tiene pisados. Yo también callo y les llevo la cuenta.

El chino Aurelio golpeó el hombro de Andrés.

—Vamos, vamos señor; hay clientes. Hasta otro día.

Rigoletto ya estaba despierto.

Pedro, con los ojos enrojecidos, se peinaba con un peine de bolsillo:

—Debo haber hablado cojudeces, ¿no? Olvídalas Andrés, y nunca fumes.

CAPÍTULO V

CANTOS DE ESPAÑA Y AROMAS DE PARIS

La Compañía Velasco y la aparición de la revista *Rigoletto*, acaparaban el interés y hasta la pasión del público limeño de cierto rango.

Andrés se había convertido en uno de los más codiciados “partidos” de la ciudad. Potro brioso y de buena alzada, atraía las miradas y la codicia de muchas bulliciosas chorrillanas.

En tanto, en el tinglado del pequeño Teatro Municipal de entonces, poco antes reconstruido por el arquitecto Latini, se proyectaban tentaciones y elegías sobre la colonial juventud limeña. Las primeras figuras de la Compañía Velasco actuaban como reinas ante un auditorio de vasallos acaudalados y entusiastas. La tiple, Gloria Star, era una mujer alta, flexible, rubia, de ojos verdes, felinos y voz opaca pero insinuante. Era la amante de Quinto Valverde, el faunescos compositor hispano y director de la orquesta de la Compañía. Gloria Star se hizo famosa por un cuplé que, meciéndose sobre sus largas piernas y con su voz *canaille*, empezaba diciendo:

“De España vine a Nueva York
guiada por un buen señor
que dice que
debo aprender
las danzas de la *crème*”.

Para terminar con una copla que decía así:

“Cuando yo bailo esta dancita
me pongo tan bonita
que ya no cabe más”.

Pedro, en su butaca, en segunda fila, entre Andrés y Gonzalo, espía los gestos de Gloria y se dio cuenta que mientras Andrés miraba a otra actriz, Cipri Martín, Gonzalo sonreía a Gloria. El plan estaba hecho. Sólo que, un diplomático brasileño, pálido cliente de los paraísos artificiales, desapareció una noche con Gloria, dejando viudo y con batuta a Quinito Valverde.

Pedro propuso un festejo para las tiples en el Hotel Francia, situado en las afueras de Lima, muy cerca de La Magdalena. Era entonces un refugio nocturno medio pecaminoso. Desgraciadamente para los galanes juveniles, las tiples concurren con sus maridos. Pedro, a quien ya todos llamaban Rigoletto por sus afinidades con el personaje de Verdi, no sabía si ponerse trágico o reír: le temblaba la barbilla y le brillaban los ojos con maliciosos destellos. En eso, se oyó una voz estentórea y medio ronca:

—Rigoletto no era alcahuete; era un payaso o un señor. . .

Pedro, sin inmutarse y siempre temblándole la barbilla, barbotó:

—¡Cállate y muérdete la lengua y te podrás ir a la mierda!

Gonzalo preguntó:

—¿Quién es ese gritón y a quién se dirige?

—Es el cholo Meza, un talentoso periodista medio borrachín, que trabaja en *El Comercio*. No sé a quién se refiere, pero le contesto por si acaso.

El borrachín, de buena estatura, tez pálida, bigote espeso y corto, de sombrero alón de mosquetero, replicó:

—No te hagas el loco, Rigoletto. Provienes de buena familia pero te has olvidado de tu nombre.

El ruido de la sala impidió escuchar el resto. Sin embargo,

se alcanzó a oír la última réplica de Pedro o Rigoletto, según el gusto.

—Eres un borracho de mierda y por eso no hago que te rompan el alma.

Y la última voz del cholo Meza:

—Calla, maricón.

Así eran las fiestas bohemias en la Lima de 1915.

Gonzalo no podía permanecer mucho rato; al día siguiente debía estar en la universidad; tenía “paso” de Derecho Internacional con el doctor Rufino García; tomaría unas copas y se marcharía.

En ese momento, entró la bailarina La Violeta con su respectiva pareja. Pedro, que se había indignado por su inesperado encuentro con el “cholo” Meza, abandonó su asiento y al poco rato volvió completamente sereno. Gonzalo notó algo en la cara de Pedro y le dijo:

—Saca tu pañuelo y límpiate; en el labio superior tienes un polvillo blanco.

Pedro, vacilante, se limpió el rostro y pidió otra ronda. Uno de los presentes murmuró:

—Bebe sin cuidado; si te pasas, yo tengo un remedio que te quitará la borrachera en un momento.

—¿Cuál es el remedio?

—Yo te lo diré a su tiempo, si no lo sabes.

Habían juntado las mesas; Gonzalo aprovechó para despedirse. El último tranvía salía a la una de la madrugada.

—Son las doce y cuarentiuno; lo siento, hasta mañana.

Pedro dijo:

—Nos vamos a Lima, al Jardín Estrasburgo; allí hay buena comida, música y baile, y autos a la salida.

El concesionario del Estrasburgo era un hombre de rostro raro. Parecía tener una nariz postiza, pegada al azar. Lo llamaban don Pepe. El recorría las mesas prodigando elogios y chistes.

Andrés estaba a punto de dormirse a pesar de su deseo de impresionar bien a Cipri. Pedro lo sacó a un lado del bar y le dio a absorber algo por la nariz. Andrés estornudó. Con lentitud reaccionó y dijo:

—“Yo sí que ahora estoy al día; volvamos a la mesa”.

El reloj de la Catedral tocó tres veces: su llamado empezó con el big ben de la cercana estación de Los Desamparados. Las artistas se marcharon a sus alojamientos en el Hotel Francia e Inglaterra, al costado de la Catedral. Las palmeras de la Plaza de Armas recibían la humedad de la garúa y el anémico esplendor de la luna.

—Don Andresito, don Pedrito, ¿quieren un auto?

“Cajón de muerto” era el apodo con que se conocía al chofer Felipe; negro, flaco, alto y jetón, con ojos bobalicones y voz de esclavo africano.

Pedro empujó a Andrés hacia el enorme Hudson de siete asientos que conducía “cajón de muerto”.

—Felipe, hasta Chorrillos. ¿Cuánto vale la carrera?

—Para usted, diez soles.

—Encienda y arranque.

La noche estaba fresca. “Cajón de muerto” enfiló por el jirón de la Unión, vacío, silencioso y sibarita, hacia el Paseo Colón. Allí viró hacia la polvorienta carretera que atraviesa Balconcillo y los llevaría a Miraflores, Barranco y Chorrillos.

—El camino está muy malo. Páguenme veinte soles si no les parece mucho.

Andrés sacó dos billetes colorados y se los tiró a Felipe; Pedro apuntó:

—Agrega un “lorito” más; se lo merece.

“Cajón de muerto” agradecía con la abierta boca, mostrando sus blancos dientes.

CAPÍTULO VI

ADIOS, LIMA

Los años de la Primera Guerra Mundial significaron, como se ha visto, el arribo de *ballets* europeos, los mejores toreros de España, las mejores orquestas de Italia, los vicios de Europa y las intrigas del viejo mundo. Empezó con el ballet clásico. Una ballerina belga, Felyne Verbist, llegó a Lima en 1915: esbelta, claros ojos, rubia, piernas atléticas, deslumbró a los espectadores limeños con sus interpretaciones aladas de *La muerte del cisne*, de Saint Saens; *La primavera*, de Grieg; *el Momento musical*, de Schubert; *El minuet*, de Paderewsky; *El lago de los cisnes*, de Tchaikovsky; *La danza fúnebre*, de Chopín, y tantas y tantas otras bellezas.

Pedro, estático, asistió dos o tres veces, en primera fila, y luego acompañando a Gonzalo; Andrés estaba muy entretenido en tórridos amores con Anita.

—Eso va a acabar en matrimonio —comentó Gonzalo.

—Así parece, Andrés ha cambiado mucho —gruñó Pedro.

En primera fila también, atento, embelesado por los rítmicos movimientos de Felyne, concurría Alfredo González Prada. Alfredo saludó a Pedro; acababa de graduarse en Derecho, con una tesis original.

Pedro salió del Teatro antes que terminara la función. En el Palais se encontraría con Andrés que acababa de llegar de un corto viaje.

—¿Es cierto que te vas a casar con Anita?

—Sí, así es, Pedro.

—Qué poca imaginación.

—No hables de lo que no sabes.

El ambiente limeño se fue haciendo más y más y más espiritual. Llegó Ana Pavlova, la famosa bailarina clásica, desborde de armonía, música y colorido; leve, grácil como una paloma, la ballerina rusa, partner del ágil Volinine, discípulo de Nijinski, encantó noche a noche durante un mes, al público de Lima.

La noche del estreno de Ana Pavlova fue un acontecimiento social y artístico sin precedentes. La platea, repleta de un público de etiqueta, pechera blanca, smokings negros, corbatas también negras; peinados increíbles en las damas, escotes generosos y tentadores; joyas magníficas, trajes de las más espléndidas telas, echarpes suntuosos, pieles opulentas y, en los palcos, los serios fracs de los hombres y las resplandecientes gemas de las damas. Desde la galería y desde la cazuela, repleta de estudiantes, de funcionarios, de bohemios, todas las miradas convergían sobre el podio del director de orquesta, todavía desierto.

Flotaba la leyenda mágica de la Kayserina y de Nijinsky, los dos genios del ballet ruso, conquistadores de París; es decir, la capital del mundo.

Ana Pavlova era la pareja indiscutible de Kaysanín y Alejandro Volinine, su partner, el más destacado discípulo de Nijinsky, entonces en su asilo de Francia.

En uno de los palcos, acuchillando con su binóculo a la concurrencia, estaba doña Julia Sotomarino, dama trujillana, devota de las artes, viuda de Madalengoitia y que acababa de casarse con Baldomero Aspíllaga Barrera, uno de los solterones más codiciados, antes de aquella inesperada clasificación conyugal.

En los palcos, había dos jóvenes. Desde la galería, Pedro, azorado y observador, dio un codazo a Gonzalo:

—Gonzalo, dirige tu largavista; allí están el “chivo” Madalengoitia y un desconocido.

—Sí, sí; es un joven trujillano, paisano de doña Julia: ha venido a terminar sus estudios en San Marcos. Creo que son parientes por parte de la madre; descende de De la Torre. El otro es Alfonso (el “chivo”) Madalengoitia.

Doña Julia era una mujer madura, bella, inteligente; Baldomero Aspíllaga, el menor de los tres propietarios de la Hacienda Cayaltí, tenía fama de bohemio. Dos de sus sobrinos, Ramón e Ismael, solían frecuentar el grupo de Rigoletto. Ramón, muy europeo, ex recoletano, era un buen dibujante; Ismael, ingeniero agrónomo, también ex recoletano, pasaba casi todo su tiempo en la hacienda, pero cuando llegaba a Lima formaba parte del grupo, más por amistad con Pedro que con el grupo.

Se apagaron las luces y sólo quedó alumbrado el escenario. La orquesta inició una obertura. En el fondo del proscenio surgió una figura alada, piernas elásticas envueltas en mallas, con una breve faldilla. Volaba más que saltaba, a los acordes de la partitura. Otra figura, más recia, de vigorosos muslos ceñidos también por una malla, pegó un salto inverosímil, recibió a la otra figura, la rodeó con un brazo y se proyectó con su pareja de un lado a otro, en brincos asombrosos.

—Ese es el mejor; ese es Volinine —murmuró Pedro con los ojos encendidos.

—¿Cómo vas a compararlo con ese monumento de gracia y de agilidad que es la Pavlova?

—Allí está la Pavlova; ¿es o no es una figura humana, de gran agilidad? Ambos han nacido para el baile —insistió Pedro.

—Es una paloma, un cisne —opinó Gonzalo.

Todo Lima, noche a noche, asistía a las funciones del ballet. Andrés había hecho amistad con una de las “ballerinas”, una francesita de dieciocho años.

—Oye, Pedro, tú que hablas un poco de francés, ayúdame con esta beldad. Yo te presento un bailarín.

—Vete a la mierda, alcahuete de maricones.

Gonzalo y Andrés, sofocaron la risa.

La noche siguiente era la última del ballet. Entusiasmados los admiradores de la Pavlova, la esperaban a la salida del teatro; desengancharon los caballos de la "victoria" en que ella se trasladaba a su hotel y tiraron de ésta por las calles de Minería, Espaderos y Plateros de San Pedro, hasta llegar al Maury. La Pavlova, sorprendida, pronunció unas palabras en francés y desapareció en el hall del Hotel. Era como un sueño desvanecido, como un cuento de hadas, como un perfume fugaz, como acordes inolvidables de bosques duraderos y con vida entera.

Andrés había sido uno de los entusiastas que reemplazaron los caballos del carruaje de Ana Pavlova. Pedro y Gonzalo lo esperaban en la esquina de Bodegones. Una voz alegre y vibrante clamó:

—¿También tú jalaste el coche de la Pavlova?

Gonzalo se volvió hacia la voz:

—No, Víctor Raúl, yo sólo he venido de acá.

Un joven alto, delgado, de nariz oriental y mentón borbónico, soltó la risa.

Gonzalo presentó a sus amigos: Andrés, Pedro de Ugarriza, Alfonso de Madalengoitia: Víctor Raúl Haya de la Torre. Se estrecharon las manos.

Víctor Raúl irrumpió:

—¿Usted es aquél a quien Valdelomar y Mariátegui llaman Rigoletto?

Pedro miró a Víctor Raúl a los ojos, con disgusto.

—Sí, yo soy, ¿y a usted cómo le dicen?

Víctor contestó:

—Yo soy un buen amigo suyo, llámeme así: amigo.

Los cuatro se echaron a reír.

Los amigos se despidieron en la puerta del hotel.

—Tenía razón Valdelomar cuando en Trujillo me dijo: "Vaya usted a Lima, acuda a la universidad y no deje de ver a la Pavlo-

va ni de visitar el *Palais Concert*, ni de divertirse con Ri... con Pedro de Ugarriza”.

Pedro, mirando fijamente a Haya, respondió displicente:

—Muchas gracias. A veces el zambo se pone inteligente.

—Sigue tan loco como siempre.

—Yo creo que ha recuperado la cordura —contradijo Ismael, que también se había agregado al grupo.

—Es hora de marcharnos.

Ismael ofreció su auto.

Víctor, tendiendo la mano a Pedro dijo:

—Yo no necesito carro; estoy alojado a cuadra y media de aquí, en Plateros de San Agustín.

Rigoletto subió al auto de “cajón de muerto”. Partieron a la carrera para así evitar la lluvia. Ya no había más Pavlova.

* * *

—La temporada de toros va a ser sensacional. Vienen Gaona, después Belmonte y quizá Joselito —dijo Pedro.

Sabía que Andrés era un fanático de los toros. Además, se había llegado a inquietar con las actividades literarias del grupo de Valdelomar, escritor muy conocido por su elegancia y sus desplantes estéticos. Gaona le había contado que después de la primera corrida, Valdelomar lo había visitado; algo insólito. Pedro se hizo tres cruces en la frente.

Coincidió la presencia de Gaona con la de la compañía de drama español de María Guerrero y su esposo don Fernando Díaz de Mendoza, Marqués de Balazote. Una de sus actrices, Carmen Ruiz Moragas, estampa viviente de un cuadro de Romero Torres, figuraba en el elenco. Pedro trató de rescatar la intimidad de Andrés. El otro amigo, Tomás, se había dedicado al periodismo y Gonzalo, en trance de culminar sus estudios de Derecho, estaba resuelto a ser quien debía ser, sin subterfugio alguno.

Andrés y los miembros del grupo Colónida, constituido por los nuevos escritores capitaneados por Valdelomar, solían dedicarse a los paraísos artificiales y a conversar en el *Palais Concert*. Sin saber cómo, la reaparición de Pedro en el *Palais*, después de las doce del día, levantó una ola de suspenso entre ellos.

Pedro se lucía en travesuras peligrosas, queriendo llamar la atención. Por ejemplo, en esa época en que en Lima no habían más de cien automóviles, esperaba que se acercara uno y cuando lo tenía al pie, cruzaba la calle irguiendo el pecho como hacen los toreros cuando dejan pasar el toro, después de un recorte de capota.

—Olé, Rigoletto, olé.

Todo el grupo de “ñatos” y sus satélites aplaudían las solitarias “verónicas” de Rigoletto. Juan Croniquer, caminando a saltitos a causa de su precoz cojera, comentaba:

—Este Rigoletto es un fantoche o un genio; tiene dominados a unos cuantos jóvenes acaudalados, buenos para nada, pero con todo para todos. Nadie sabe dónde duerme, dónde come, ni dónde vive.

Pedro sonreía despectivamente y volvía a sus andadas murmurando:

—Rigoletto, ¿eh?; qué tal cojudo.

Poco después, llegó a Lima Juan Belmonte, uno de los cuatro ases del toreo. Belmonte era un torero desgarbado; arrastraba algo el pie derecho a consecuencia de una cornada que recibiera en la planta, pero su rostro estaba iluminado por unos ojos muy negros, tristes e inteligentes. Pedro empezó a caminar con Belmonte, a veces con Bobito, el mozo de estoques del torero. Belmonte era un genio, el mejor torero del mundo. Gonzalo apareció esa mañana en la confitería del Palais. Pedro se le acercó títubeante y, mirándolo profundamente a los ojos:

—¿Dónde has estado metido? No se te ve casi nunca.

—Me han ascendido en el Ministerio; pronto saldré al extranjero; sólo espero graduarme.

—¿También se graduará Andrés?

—No sé, creo que dejó los estudios.

—Bueno, eso no importa; él se va a graduar de marido.

Rigoletto se precipitó de un salto a la calle:

—Don Alfredo, don Alfredo, espéreme, tengo que hablarle.

Gonzalo alcanzó a identificar a Alfredo Piedra, factor decisivo en la conspiración militar en contra del Presidente Billinghamurst.

Mientras devoraba su tercer pastel de crema, Gonzalo vio que Pedro y don Alfredo conversaban animadamente. Pagó su cuenta y se dirigió al Ministerio. Pedro lo alcanzó a la carrera.

—Gonzalo, si ves a Andrés, dile que queremos ir a la ópera. Hoy dan "Rigoletto". ¿Sabes qué? A mí me llaman Rigoletto y parece que es por el personaje de esa ópera, que nunca he visto en mi vida. Quisiera, Gonzalo, conocer el origen de mi sobrenombre.

Gonzalo sonrió complacido.

—Te recuperas, Pedro. Voy a tratar de ver a Andrés y ojalá consiga llevarlo.

Rigoletto cruzó la calle y casi lo atropella un automóvil.

—Chofer idiota, ¿no ve que está pasando Don Pedro de Ugarriza?

El chofer le respondió con una trompetilla. Pedro, enfurecido, llamó al guardia de la esquina.

—Guardia, exijo que se detenga a ese asesino con automóvil. Yo voy a la Prefectura a denunciarlo. Hágalo, se lo dice don Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición.

El guardia escribió una nota e hizo pasar al automóvil.

—Guardia, queda usted destituido.

CAPÍTULO VII

¡QUAL PIUMA AL VENTO...!

El final de la Gran Guerra repercutió vigorosamente en todo el mundo. Muchos de los que escaparon de Europa, en agosto de 1914, trataron de acomodar sus hábitos parisinos. Los miembros de los colegios extranjeros, pertenecientes a los países vencedores, inundaron de entusiasmo las calles, las plazas, las ciudades enteras en América. Entre los que aprovechaban del optimismo, no por volver sino para captar Europa, estaba Andrés.

—Quiero conocer la tierra de donde vinieron mis padres —dijo— y se embarcó en un confortable paquebote inglés de la línea de los "O".

Génova era el primer lugar de desembarco; el siguiente sería El Havre, puerto de París.

—Si no se conoce París, no se conoce Europa —había comentado Gonzalo.

Lo cierto es que la noche en que Pedro decidió enterarse personalmente de cómo era Rigoletto y quién era Rigoletto, Gonzalo aceptó gustosamente acompañarlo.

—De Génova salió Cristóbal Colón —arguyó patrióticamente Andrés.

Y, así fue como el grupo de Chorrillos se dispersó más a fines de 1918, en momentos en que el Perú sufría el embate de un nuevo cambio político.

Esto no perturbaba en nada el ritmo de la vida europeizante que había sobrevenido en toda América Latina. Las compañías de Europa, la visitaban periódicamente, peinandola dos veces por año. Su repertorio continuó ofreciendo, como de uso, más óperas italianas que francesas y alemanas. Las más favorecidas por el público eran, naturalmente, las más melodiosas y de fácil repetición, tales como *Cavallería rusticana*, de Mascagni; y *Pagliacci*, de Leoncavallo; todo Puccini y todo Verdi. Entre éstas, el sonoro *Rigoletto* que había empezado a intrigar a Pedro, anheloso de descubrir el secreto de su apodo.

Personificaba a *Rigoletto* un joven cantante catalán, apellidado Palet, tenor de la ópera; el barítono se llamaba Taurino Parvis; la contralto era Gabriela Bezanoni; y el maestro de orquesta, el melenudo Padovani. Como los concurrentes a platea y palco vestían de smoking, Gonzalo prefirió tomar asiento en la primera fila de la galería. Pedro giraba los ojos azorado. Parecía una reproducción de aquel poema argentino de Estanislao del Campo, en que pinta a un gaucho que asistió a la representación del *Fausto* de Gounod, en el Teatro Colón de Buenos Aires.

Pedro, con la boca entreabierta, los ojos atentos, miraba de un punto a otro de la sala mientras Gonzalo contestaba saludos de aquí y de allá. En el foso de la orquesta, se afinaban los violines. Los porteros conducían a sus butacas a los concurrentes retrasados. Las mujeres lucían generosos escotes, complicados peinados y largas colas.

—Tenemos un buen puesto; vamos a ver y a oír bien. Felizmente me libré de ponerme smoking.

Pedro escuchaba. Había cerrado la boca y aquietado la mirada.

Padovani, desde el foso, impartió la señal de comenzar. Levantó la batuta y la ondeó. Atacaron flautas, clarinetes, violines y cellos. La sala quedó a oscuras, proyectada la luz sobre el escenario. Empezaron a reinar los acordes de Giuseppe Verdi. Tres horas después, sonaba el último acorde. Gonzalo debía tomar el último tranvía a Chorrillos. En el foyer del Teatro los intercep-

tó el "cholo" Meza. Se hallaba extrañamente lúcido. Con su sombrero de mosquetero o de personaje de *La Boheme* de Puccini, vestido con traje azul, bien atusado el bigotillo semicastaño. Les salió al encuentro.

—¡Qué bueno! Te estás civilizando; has venido a ver tu espejo.

Pedro lo miró sin pestañear, con aire severo.

—No te enojés Pedro; a ver si tú y Gonzalo, tu amigo, me aceptan tomar una cena; aquí al ladito, donde Salardi en "Los Balkanes".

Pedro aceptó, pero Gonzalo se excusó muy serio.

—Gonzalo, saluda a tu padre político. Me jaló una vez en Psicología pero pasé después y ahora estoy por titularme.

—Se lo diré. Sí, sé que usted fue un alumno brillante, pero faltón.

—Soy periodista.

—Se ve, se ve. ¿En qué periódico está usted?

—Hoy en *El Tiempo*. Estuve en *El Comercio*; colaboré en *La Prensa* y en *Lulú*. Soy un poco golondrina.

—Mejor un poco gallinazo —gruñó Pedro.

Rieron los tres.

El restaurante quedaba a treinta pasos del Teatro Municipal que luego cambiaría su nombre por el de Teatro Segura; estaba casi en la esquina de la plazuela y su entrada lateral se abría sobre la calle de la puerta falsa del teatro, frente a la casa en donde vivió y murió el gran escritor Manuel González Prada. "Los Balkanes", era uno de los tres restaurantes que no cerraban sus puertas durante las veinticuatro horas de la jornada. Los otros dos eran el de "Panchón", en el Mercado de la Aurora, sobre la prostibularia calle de Los Patos; y el tercero estaba en la Plaza Grande, que es como se conocía al Mercado Mayor, cerca del barrio chino. Las especialidades de los restaurantes nocturnos eran, el caldo de cabeza de bonito, las criadillas asadas, el churrasco

montado, o sea con un huevo frito y papas también fritas, el cebiche, el hígado frito y las mollejas.

Al entrar a "Los Balkanes" tropezaron con dos parroquianos del Palais y del fumadero chino. Los dos, de aspecto sajón. El uno usaba un monóculo bajo la ceja izquierda; el otro, rubio y además delgado, parecía exorcizado.

—Adiós, cholo Meza.

—¿Qué haces aquí Rigoletto?

—Están chupando hasta las babas. ¡Adiós, Sir Herbert!

—Métete al culo eso de Sir, cholo desgraciado.

Meza soltó la risa. Ya sentados, comenzó la charla. Meza estaba en seca y no había bebido.

—¿Has visto, Pedro, a esos dos niños bien? Son hijos de ingleses pero no tienen plata; no están en el rango de los Watson, los Thorndike, los Gallagher, los Baily, los Crosby, los Sturrock, que vinieron con Enrique Meiggs y se hicieron ricos y, claro, socios del Club Nacional. Tus amigos no son socios del Club Nacional.

El Club Nacional estaba entonces en la calle de Núñez, siguiente a la de La Rifa, donde se levantaba el edificio de *El Comercio*.

—El segundo piso de la calle de Núñez está reservado para "la crema", para la gente de abolengo, con historia y con plata y para los extranjeros que hicieron plata aquí. Es el Club de los Pardo, los Riva Agüero, los Lavalle, los Barreda, los Orbegozo, los Goyoneche, los Ganoza, los Morkill, los Dubois, los Thorndike, los Gallagher, los Baily, los Prado. Valdelomar viene al Club como invitado de Riva Agüero o de Varela y Orbegozo. Los Miró Quesada, que llegaron poco antes de la guerra con Chile, y los Prado, que alcanzaron notoriedad con la dictadura de su padre, son ahora parte de la "tradicción" que evocan los Orbegozo, los Riva Agüero, los Osma, los Aliaga, de vieja cepa colonial. En cambio, el *Palais Concert* es un invento de esta época. Da a la calle y se roza demasiado con los *snoobs*, con los nuevos ricos del dinero y de la inteligencia.

—¿Qué cosa es un “snob”? —interrumpió Pedro.

—Un snob es... alguien como tú, Pedro; tú vives de los snobs y creas a nuevos snobs. Un snob es alguien que cree que lo ven distinguido, que es lo más novedoso. Como decía Valdelomar: un snob es alguien que es capaz de salir vestido de amarillo y con botas blancas, con tal de llamar la atención. ¿No has leído *El libro de los snobs* de Thackeray?

—Ladislao, yo casi no he leído nada; me leo casi todas las revistas y ando con gente que ha leído mucho y me cuentan sus lecturas; y no me avergüenza, porque un libro no reemplaza a la vida, y yo sé vivir.

—¿Pero, nada, Pedro?

—Bueno; últimamente he leído *Los civilizados*, un libro de un francés Farrer; y otro de un tal Lorrain; sé que trataba de un corrompido Monsieur de Phocas; y uno de un viejo con barbilla blanca titulado *Al revés*; y otro de un inglés que creo apellidaba Quincey. Como ves, una bibliografía del vicio. Yo no la escogí. Dejé de hablar de hábitos raros y traté de orientarme. Lo demás es lo de menos.

Meza escuchaba con pasión la insólita confianza de Rigoletto.

—Pedro, a ti te hace falta salir de tus fantasmas.

—¿Fantasmas? ¿Qué vaina es esa?

—Tú y yo llevamos dentro fantasmas que quieren dóminarnos. Todos —decía un ñato— los llevamos dentro; todos llevamos “un cisne degollado”.

—¿No será un gallo?

—Lo era y no necesitas esforzarte para probar que lo sigue siendo: cínico. ¿No te gustan las mujeres, Pedro?

Rigoletto tragó un trozo de carne. El cholo Meza hizo una pausa y siguió:

—Te he observado: eres inteligente y no eres malo. Puedes llegar lejos. Para andar de cómico es fácil el comienzo. Después te puede pasar lo que a Chaplín, que ahora no puede liberarse

de su estampa. Ten cuidado. ¿Tú has fumado opio? ¿Usas polvos de cocaína? ¿Te inyectas morfina? Es natural que lo hagas porque tu clientela, comenzando en lo peor de Europa, en la decadencia de Europa, quiere sobresalir exhibiendo sus vicios como virtudes y contagiando a los más altos para conectarse y someterlos, y a los más bajos para utilizarlos. ¿Cuál es tu método?

Una mujer treintañera, algo corpulenta, de cabellos negros y curvas generosas, se acercó:

—¡Cholo, qué bueno verte después de tanto tiempo!

—Qué gusto María; estás tan guapa como siempre.

—Pero no me haces caso.

—No quiero meterme en líos.

Rigoletto se mordía nerviosamente el labio superior en un gesto de felino acosado; el cholo Meza insistió:

—¿No tienes novia, ni mujer, Pedro?

—No las necesito.

—Pues yo tampoco, pero son necesarias. Yo estoy enamorado de una pianista rubia que no me hace caso. La adoro pero no me lleva el apunte. Conversa conmigo y me usa. Y yo lo sé, pero la quiero. Por eso busco a mis viejas amigas, sin esperanza; a Petita Carrión, Rosa Bozio, a Consuelo Torres, “la Platanito”. Me liberan y quedo seco.

Rigoletto se mordía los labios. En eso entró un hombre al apartado de ellos:

—Amigos, les ofrezco una copa; tráiganme un buen whisky Caballo Blanco, una guinda de Huaura y un pisco de Ward.

—Rigoletto, ese whisky es bebida de médicos; tráiganme un pisco de Ward.

Pedro, urgido por Meza:

—Camarero, para mí una guinda, pero chica.

—Si estuvieras, en el Club Nacional habrías pedido champán; y en el *Palais*, un Pernod.

Rigoletto hizo un gesto despectivo.

—Por el Perú, por la amistad y por la Ley.

Meza pagó la cuenta. Salió del brazo de Pedro dando traspiés. En la puerta aguardaba “Cajón de muerto”:

—Supe que ustedes, don Pedro, estaban aquí. ¿Lo llevo?

Súbitamente, Pedro estrechó las manos de su compañero y se metió en el Hudson dando un portazo.

CAPÍTULO VIII

EL CALOR DE LA HOGUERA

El insolente sol de enero brillaba e inundaba de luz el coso y uno de los tendidos. El otro permanecía en una naturalmente bien calculada penumbra: luz y sombra.

En la Plaza de Acho esperaban que dieran las tres y treinta. Los "cuartos" estaban repletos, es decir esas localidades, las más caras y menos visibles, cuyos ocupantes podían ver sin ser vistos y, algo muy importante, comer las viandas criollas de las vivanderas sin que nadie los molestara. Toreaba Juan Belmonte; se anunciaba que ese día se iba a cortar la coleta, una de las tantas veces que lo hizo. Belmonte venía precedido de una fama impar. Belmonte amaba la literatura, sin caer en la debilidad de Ignacio Sánchez Mejía: escribir discutibles comedias. Entre los escritores más célebres de la España de entonces, por lo menos dos eran entusiastas de Belmonte: Don Rafael del Valle Inclán, "el de las barbas de chivo" y Ramón Pérez de Ayala, el autor de *La pata de la raposa*.

Los espectadores llegaban desde la una de la tarde para almorzar en la Plaza, ojear los toros y esperar el arribo de los matadores. Las vivanderas hacían su agosto. En sus improvisados puestos ofrecían butifarras de jamón del país, fritangas, chicha morada, chicha de jora y "claro", anticuchos de corazón, platillos de causa a la limeña y de papa a la huancaína y choclos de diente grueso.

Un grupo de periodistas taurinos acometía a un cabrito a la norteña. Todo era regocijo y algarabía. De pronto, de uno de los "cuartos" surgió, vestido de blanco con corbata negra, la inconfundible figura de Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición.

—Rigoletto, ¿qué haces aquí?

Pedro miró de arriba abajo al interlocutor, un gordo de cabellos castaños y que hablaba como sevillano.

—¿No sabes que Pedro de Ugarriza fue siempre un aficionado a los toros? Vengo a la Plaza de Acho desde los siete años. He visto a "Bonerillo", a Faico, a "Cocherito de Bilbao", a Saleri, a Bienvenida, el grande, al "Alcalareño", chiquitito y cojonudo, a Gaona... y ustedes ¿a quiénes han visto?

Lo inusitado de aquella locuacidad paralizó al periodista. Pedro gritó:

—¿Dónde está Apapucio Corrales; dónde está? "¡Que se vaya!". Hacen falta aquí como hacen falta Ismael Portal, el Duque de Veragua. Ustedes son muy nuevos... son cachorros.

—¿Se acuerdan ustedes del cuento sobre el ratón que aprendió a tomar gin en una trinchera inglesa?

Todos soltaron la risa.

—Rigoletto es como ese ratón: ahora pide que salga el gato.

Los amigos del "cuarto" salieron al escuchar la voz de Rigoletto. Estaban bastante saturados de picantes y pisco. Discutían entre sí sobre toros y toreros. Uno proclamó que nadie había sido mejor matador que el negro Angel Valdez, ni mejor capeador de a caballo que el negro Gayoso y que el zambito Céspedes.

A veces, Pedro asistía a ver peleas de gallos en el Coliseo de Sandía. Pero, en general, el toreo lo trastornaba. No sólo se libraba de su escapismo congénito sino que hasta dejaba de vestirse de azul, aunque jamás de usar su consabida sarita. Mientras seguía en el "cuarto" vio con asombro que venía un amigo suyo, de figura alta, recia, que se tocaba con un "Panamá hat" de ancha ala:

—Don Alfredo, qué sorpresa verlo aquí. No sabíamos que fuera aficionado a los toros.

Don Alfredo, bien rasurado, de ojos quietos y penetrantes, esbozó una esquiva sonrisa en sus labios finos y pálidos.

—De vez en cuando vengo a los toros —arguyó— ¿No estarán ustedes conspirando con don Pedro?

El gordo Monterroso, crítico taurino, se entrometió para decir:

—La faena es buena.

—Para ti, todo lo que no sea una verónica o un pase natural, resulta conspirativo.

Don Alfredo saludó a los periodistas y pidió una botella de jerez. Resonaron aplausos.

—Mire, Pedro, aprenda: el vino desata lenguas y ata voluntades. Todos son ahora amigos. Sigamos conversando.

—Señor, tenemos amistad; buen provecho, hasta la vista.

Dentro del “cuarto” de toros estaban, además de don Alfredo, Pedro y Manongo, tres conocidos vestidos de paisanos. Tres botellas vacías atestiguaban el fervor de la conciencia. Don Alfredo, alto y ecuánime, advirtió:

—Perdonen ustedes, hay que tranquilizar a la gente de prensa. Hay que tranquilizarlos.

Pedro hizo como que bebía; no bebió. Don Alfredo, dueño de la situación, prosiguió:

—Tenemos media hora para que empiece la corrida.

Se dedicaron a comentar: es un hecho que ha aumentado el prestigio de Leguía en Londres; hay gran actividad en la City; y, el asesinato de Rafael Grau, en Palcaro, ha indignado a todos; es un hecho que *El Tiempo* está destruyendo al Poder Ejecutivo y a don José Pardo; es también otro hecho que, gobiernan sin presupuesto y tienen soliviantados a todos los partidos; un hecho que el término de la guerra ha cambiado muchas situaciones; es tam-

bién un hecho que el lema de una Patria Nueva entusiasma a la gente popular y a los mandos medios del Ejército y la Marina.

—¿Estamos de acuerdo?

Pedro examinaba intensamente los rostros de los tres comensales. Los ojos eran los de un ofidio. Manongo rompió el silencio:

—Todos estamos de acuerdo, Alfredo. Todos levantaron sus copas y las vaciaron de un trago, excepto Rigoletto que simuló un súbito malestar.

Don Alfredo lo llamó aparte:

—Aprenda usted, don Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición: cuando se hace política hay que saber beber.

Vibró el clarín cuando eran las tres y treinta en punto. El sol hacía destellar las lentejuelas de los trajes de los toreros tras la apertura de los portones por donde saldría la cuadrilla. Los tres matadores de turno encabezaban el ritual "paseílo". Seguían seis banderilleros; cerraban el cortejo cuatro picadores con sus correspondientes monosabios. El público aplaudía el desfile precedido por dos alguaciles montados, vestidos de negro, uniforme de los alguaciles del siglo XVI.

Un toque a la puerta del "cuarto" sobresaltó a los ocupantes. Pedro salió al encuentro. Era Bobito, el mozo de estoques de Belmonte: traía un recado de su amo.

Bobito era un zambo cuarentón, de expresión cínica, pómulos altos y hablar como arrastrado. Manejaba la vanidad y la concupiscencia de la gente con astucia de zorro. Durante el año trabajaba en docenas de comisiones, no siempre claras; cuando empezaba la temporada taurina, se adhería a la figura central y se convertía en administrador de su paseo. Así había ocurrido con Manuel Mejías Bienvenida y con Joselito.

—¿Qué quieres, Bobito?

—Don Gonzalito quería saber si podría venir. El está en el "ochavo" tercero, como siempre.

Y Bobito, naturalmente, mostró la cara por la abertura a fin de ver quiénes eran los contertulios de Rigoletto.

Pedro, sujetando la puerta con el pie y empujando con la mano hasta casi guillotinar al curioso mozo de estoques, le dijo:

—Díle a Gonzalo que después del tercer toro subiré a verlo, y tú retírate zambo, que aquí estamos jaraneando y conspirando.

—¿Jaraneando usted, don Pedro?

—Sí, y con unas parientes tuyas. ¡Vale!

Don Alfredo habíase acercado sigilosamente a la puerta.

—Ese no es recado de Gonzalo, que es un perfecto caballero. Bobito está al servicio de alguien que hace política. A lo mejor él no lo sabe: el zambo es servil.

CAPÍTULO IX

¡LA POLITIQUE, MON DIEU, OH LA LA!

Había dejado de garuar. La atmósfera permanecía envuelta en humo neblinoso. Pese a ello y a las inalterables costumbres limeñas de retirarse temprano en casa antes de las diez de la noche, seguía el bullicio. Esa noche, la del tres de julio, estaba animada en los alrededores del Palais y de *La Prensa*. Pedro, pese a que las manecillas del reloj se acercaban a las once, vio algo muy raro, un grupo de “niños góticos” con otro de estudiantes, bajaron de un automóvil de alquiler que se detuvo en la esquina de Baquíjano con Pileta de la Merced. Se adelantó a mirar, pero surgió un brazo largo y tras él una cara cuyos rasgos desmayados, bajo un sombrerito de paño, especie de borsalino, no dejaba ver sino la punta de la nariz, el cuello de camisa blanca y un nudo de corbata negra.

—Ugarriza, Ugarriza.

Este, reconociendo la voz, fue hacia el automóvil, ya que no era otro que el de don Alfredo.

—Don Alfredo, espere, espere. Subió al auto, tiró la portezuela y partió con la intención de un raptor en plan de conspiración o de jarana.

Germán, un estudiante largo y locuaz, que siempre usaba bastón con puño en forma de gancho, atinó a gritar: ¡Sean discretos, no olviden que hay que serlo!

Pepe, el primo dilecto de Germán —otro estudiante— preguntó:

—¿Qué te pasa, Germán?. ¿Te has vuelto alcahuete de maricones?

—No hables de lo que no conoces, Pepe.

—Estoy hablando en serio. Más tarde sabrás por qué lo digo.

En la mañana del cuatro, se oyeron disparos en la Plaza de Armas, frente al Palacio de Gobierno. A las ocho, un automóvil de siete asientos, con la capota baja, entraba a la Plaza de Armas por la calle de Bodegones en el jirón Carabaya, viniendo de la calle de Pando. Desde el largo balcón del Club de la Unión, que se hallaba en la esquina de Bodegones con el Portal de Botoneros, Alfredo, con el sombrero calado hasta las orejas y pálido grisáceo, atisbaba el automóvil. El adormilado Rigoletto dijo:

—Vea, señor, el que va al centro es el general Cáceres y a su izquierda, el general Gerardo Alvarado y, a la derecha, va Leguía. El automóvil de Leguía pasó frente a la Catedral, viró a la izquierda y entró por la ancha puerta del Palacio, que se cerró de golpe.

—Su primo, don Alfredo, es ahora Presidente y prepara una revolución.

—Yo no entiendo, Alfredo, por qué han hecho esto ustedes. Si usted, como otros, por ser amigos y condiscípulos de varios de los capitanes de la guardia habrían podido entrar. Además, Leguía ha resuelto la elección de una Constituyente; no había más que esperar.

—¿Y por qué entonces me estuvo usted mandando con esos capitanes, si no tiene confianza en mí?

—Bah, bah, bah. Tampoco tenía confianza con ellos pero, viéndome en intimidad con un amigo del otro candidato, dudarían, y dudamos de que tuviese algo que ver con la conspiración de los Mayores y de los Capitanes.

—Quiere decir que usted nos ha usado como a una muchacha, Rigoletto.

—No es para tanto; vea usted, gran parte de sus amigos son amigos de Valdelomar, de Lora Cater, Pocho González, Abelardo Hernández; todos son amigos.

—Bueno, vamos a la cantina y pidamos un trago al mozo.

A las nueve de la mañana, el “centro” era un hervidero. La policía no dejaba pasar a nadie por la Plaza de Armas. En la calle de Espaderos, frente a la fotografía de don Luis S. Ugarte, Pedro vio dos rostros conocidos en medio de un pequeño grupo vociferante.

—Rigoletto. ¿Qué hace usted a estas horas? ¿No se ha acostado? —gritó el joven Carlos Moreyra, chorrillano y estudiante de Agricultura.

—Pedro, ¿se va usted?

—Ahora sí puedo ir a dormir. A ver ¿quién me acompaña hasta la estación del tranvía a Chorrillos?

El joven de la nariz curva y el mentón agresivo, saltó;

—Yo lo llevo, Pedro.

—Aprovecharé para ver si Andrés ha regresado de Nueva York. Ya debería estar aquí.

—Andrés regresó hace tres días. ¿No se lo ha dicho Gonzalo?

Durante el viaje a Chorrillos, mecido por el vaivén del tranvía, Pedro empezó a roncar sin mucha compostura. Víctor Raúl le cubrió el rostro con su sombrero y lo recostó sobre el espaldar del asiento.

* * *

Empezaba a garuar nuevamente. Detenido el tranvía en la estación del Buen Pastor, ambos bajaron y después, por el Malecón, fueron en busca de Andrés. Las gaviotas pasaban rozando los postes del alumbrado y graznando.

Pedro, en tono confidencial, dijo:

—No crea usted que no me di cuenta: cuando pasamos por el rancho de Anita, usted se sobreparó. ¿Conoce a Anita o a alguien de la familia?

Víctor Raúl se sonrojó hasta la raíz de sus cabellos:

—Sí, conozco a Anita desde que estuvo en Trujillo. Desgraciadamente no la encontré en Lima. ¿Hay algo malo en conocer a Anita? ¿Por qué me hace esa pregunta? No entiendo. ¿Quiere explicármelo, Pedro?

Pedro, casi sin aliento, dijo:

—Ahora ya sé que usted está enamorado de Anita, muchacha muy linda, muy alegre, muy conocida y muy rica.

—Lo último me tiene sin cuidado y lo demás también. Le repitió: Anita ha sido muy buena amiga cuando estuvo en Trujillo. Nos hemos escrito unas tres veces. Me ha contado que tenía un enamorado. Si es Andrés, sería algo excelente. Lo felicitaré en cuanto lo vea.

En la esquina del Malecón con Enrique Palacios, Pedro se despidió bruscamente de Víctor Raúl. Este le indicó que iría a dormir al Hotel de la calle del Tren y después bajaría al Club Regatas a hacer ejercicios.

—Otro loco de la gimnasia —sentenció Pedro.

Víctor Raúl le dio una palmada en el hombro y se alejó a paso rápido por el Malecón, rumbo a su alojamiento provisional. Tenía la sensación de que Rigoletto había dejado caer uno de sus disfraces y que había dado comienzo a una especie de segunda reencarnación. Miró hacia arriba. Entre la neblina se filtraban ya los rayos de un sol de invierno, pálido como los ojos de un dispéptico.

A lo lejos se veía un borrachín dando sorbos a su licor: “Tra-ca la baqueta” haciendo eses. —¡Viva Pardo, carajo!, ¡Muera Leguía!— Y empezó a cantar con tartajosa voz, el “Somos libres”.

CAPÍTULO X

EL CESAR O NADA

Arreciando el invierno, las calles amanecían mojadas y resbalosas. Las tiendas del "centro" abrían más tarde, a las once. Don Pepe Gamarra avanzaba entre las mesas del *Palais Concert*, llenas de azafates. Ya en la puerta quedó como petrificado: ¡qué veol, exclamó para sí. Frente al Palais, lustrándose los zapatos en un puesto de lustrabotas y repasando un diario, con el sombrero ladeado sobre los ojos, nada menos que don Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición.

Rigoletto volteaba las hojas de *La Prensa*; no leía, sólo les daba una hojeada. Mirando al frente gritó:

—¡Buenos días don Pepe!, nos levantamos temprano, ¿eh?

Gamarrita sonrió, alzó la mano y balbuceó como exorcizado:

—¡Usted también!

Rigoletto bajó del asiento, pagó un sol al lustrador, le devolvió el periódico y, a voz en cuello, gritó:

—Présteme su teléfono, Gamarrita.

Don Pepe le dio pase:

—Ya sabe don Pedro que aquí estamos para servirlo.

Llamó la atención el cambio operado en Rigoletto: se había vuelto locuaz, dinámico y un poco insolente. Se escuchaba su conversación, porque hablaba a gritos:

—Aló, aló. ¿Es la Secretaría Presidencial? ¿No llegó todavía don Abel Ulloa? ¿Y don Jorge Guillermo Leguía? ¿Y, Chiriboga? Ya, ya. Bueno, ahí debe estar una señora un poco vejarana, con un lunar en la barbilla; viste de negro, usa manta fina de vapor, es muy blanca, se llama doña Manonga de Osambela. Búsquela y dígale que don Pedro de Ugarriza estaba en la Biblioteca y que la esperaba en el *Palais Concert*. Ah... ¿no está? Imposible. El Presidente preguntó por doña Manonga y deseaba verla. Búsquela nuevamente y dígale que la veré en la tarde. —Y colgó el fono con violencia. Gamarrita comentó:

—No se enfade con el aparato; él no tiene la culpa.

Rigoletto, desde el sitio del cajero del *Palais*, el gordo Valenzuela de nacionalidad colombiana, le dijo:

—He usurpado su asiento para hablar por teléfono.

Valenzuela, muy cortés, le respondió:

—El asiento y el teléfono son suyos, don Pedro, pero no los destruya; tenga paciencia.

Rigoletto no contestó y marcó otro número:

—¡Tampoco contestan! ¡Qué tal suerte!

Valenzuela, a espaldas de Pedro, señalando su sien con el índice derecho, fingió un torniquete significativo de que Ugarriza estaba loco.

¡Las once! la hora de los pasteles.

Pedro engulló dos vol-au-vent y pagó diez centavos; se limpió la boca con una servilleta de papel y salió de la pastelería. Buscó en vano. Ya no acude Valdelomar al *Palais*: se hallaba en campaña electoral por las provincias. Tampoco acudía Cater: andaba entretenido en una oficina pública; Arróspide es gerente de la Recaudadora; Prado se encontraba en Buenos Aires; Bellido no había regresado de Cuba; sólo se erguía la silueta un tanto

sofisticada y soñolienta de Herbert Trou, con su monóculo. “Los niños góticos” habían emigrado. Pedro se pasó la mano por el mentón y miró hacia la izquierda. En la puerta del Bar vio extrañado a un hombre flaco, de mediana estatura, tocado con un sombrero de fieltro color gris, ribeteado con seda del mismo color; sus ojos eran negros y profundos; la nariz afilada, los pómulos salientes, el mentón agudo; la sonrisa misteriosa y cordial. A su vera, un joven cojo, de sombrero alón y gesto festivo, y otro, como enlutado, trajeado de negro y un gordo papujo, de risa estrepitosa y sombrero tirado hacia la nuca.

Pedro se volvió hacia don Pepe y preguntó:

—¿Quiénes son éstos? Son desconocidos.

Gamarrita informó:

—Por lo pronto, ese grupito no consume pasteles sino pisco con Fernet. Son poetas.

—¿Poetas?

—Eso dicen; el mayor y más feo se apellida Vallejo y es de Trujillo; el cojito es un tal Marqués de Lurigancho y se apellida Zuleta; el otro es Conde de no sé dónde y se apellida Castilla; el gordo es un tal Mejía y le llaman “El Corregidor”; es el que más gasta.

Pedro chasqueó la lengua con desprecio:

—Deben ser conocidos sólo en sus respectivas casas.

—Pues mire, don Pedro, el otro día se paró a conversar con ellos don Abraham Valdelomar. Le oí decir que el señor Vallejo había publicado un gran libro; yo no sé de eso.

—¿Valdelomar dijo eso?

—Yo lo oí de casualidad.

Rigoletto miró hacia la derecha como para reflexionar y después tornó a observar al grupo. Los sorprendió cuchicheando; evidentemente hablaban de él. Rigoletto de pronto cruzó a la otra acera. Había aparecido, caminando con sus acostumbradas zancadas, el misterioso don Alfredo. Siempre con sombre-

ro de paño, hundido hasta las cejas, luciendo así un tanto solemne, definitivamente conspirativo.

Don Alfredo palmeó la espalda de Rigoletto y se sumergieron en la calle de Pileta de La Merced que desembocaba en el jirón de la Unión, frente al Palais. A pocos pasos de una puerta siguiente a la barbería del peluquero servio, Carlos Barbich, don Alfredo se despidió:

—Venga a conversar con la gente de *La Razón*.

Pedro respondió:

—¿El diario de Mariátegui y del “charapa” del Aguila? Son de la oposición.

—Por eso mismo hay que conversar con todos y, además, yo soy muy amigo de ellos.

Rigoletto se despidió; llamó un taxi y se dirigió a Palacio. El oficial de guardia le cerró el paso.

—Vengo a ver al Secretario del Presidente; anúnciame, soy don Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición, periodista, financista y estudiante.

El oficial consultó por teléfono:

—Pase usted, señor; lo esperan en la Secretaría del señor Presidente.

Pedro subió lentamente las dieciocho gradas que conducían a la Sala de Edecanes. El mayor Price lo recibió con los brazos abiertos. En la sala de espera tropezó con Gonzalo.

—¿Qué haces aquí, Gonzalo?

—¿Qué diablos te trae por aquí, Pedro?

—Yo vengo porque me ha llamado el Presidente.

—Hombre, te felicito; es una grata sorpresa. Yo vengo a despedirme del señor Presidente.

—¿A dónde te vas?

—Me han nombrado a la Legación de Washington que se va a convertir en Embajada.

—Caray, no sabía nada.

—Es natural, Pedro; desde que andas por Palacio y con gente del gobierno, has olvidado a tus amigos.

Pedro vaciló como herido por el recuerdo:

—La verdad, Gonzalo, es que estoy como si hubiera nacido de nuevo. Pero no quiero mirar atrás. ¿Sabes algo de Andrés?

—Sí, ha vuelto con Anita, que regresó del sur. Parece que se casarán. Ella es linda, pero tiene un carácter fuerte y Andrés es peor que ella. Más que un noviazgo es un choque permanente de voluntades.

Pedro bajó los ojos:

—Y, Andrés, ¿sigue con sus locuras?

—No te puedo contestar. Nos vemos poco. La vida no perdona: espera.

Del fondo de la sala sonó la voz del mayor Price:

—Señor Ugarriza, el señor secretario lo aguarda en su oficina.

Gonzalo volvió a sentarse en espera, mientras Pedro se internaba por el pasillo. Lo siguió con la mirada. Estaba más grueso y más encorvado que antes pero vestía bien y sus ojos brillaban de inteligencia, vanidad y, acaso, con un incentivo artificial.

Un hombre delgado, de cabellos negros y tiesos, lentes volanderos y bigotillo hirsuto, se acercó a Gonzalo:

—Doctor, lo espera el Presidente; es su turno; sea breve, se lo ruego. El señor Presidente tiene muchas citas esta mañana.

Una voz femenina, pero ronca, resonó desde el fondo del salón:

—Gonzalito, qué gusto verte; soy doña Manonga de Osambela, amiga de tu madre. Antes de viajar, visítame; tengo que hacerte algunos encargos. —Y levantando la voz aún más: —Si hablas con el Presidente le dices que la señora de Osambela está aquí.

Apareció el mayor Price y doña Manonga dijo;

—Ha venido Ugarriza, que no se vaya sin hablar conmigo.

El mayor hizo un gesto de acatamiento y se hundió de nuevo en el pasillo.

Doña Manonga refunfuñaba sola:

—Esta gente de nuevo cuño no sabe lo que les corresponde. Hay que enseñarles a comportarse en el gobierno. Hay mucho conspirador y criminales. No sé...

CAPÍTULO XI

DOÑA MANONGA

Sonó el timbre y desapareció el Secretario llamado por el Presidente. Sonó otro timbre y voló el subsecretario llamado por el secretario. Un tercer timbrado convocaba a una linda secretaria. Doña Manonga de Osambela, arrellanada en el sofá, se bajó la manta dejando la blanca cabeza al descubierto; se frotó las uñas con un *polissoir*, se caló unas finas gafas de marco dorado y miró largamente a Rigoletto, sentado en una esquina del mismo sofá.

—Estos han querido dejarnos solos, como se hacía en mis tiempos con los enamorados para que se animasen a novios —dijo ella.

Pedro sonrió forzosamente y le respondió la mirada sin abrir la boca.

Doña Manonga prosiguió:

—Usted me cae simpático, Rigoletto.

—Me llamo Pedro de Ugarriza, señora de Osambela.

—Perdone, perdone usted. Eres un hombre muy serio o, ¿te molesta que te tutee? Yo soy una mujer vieja que ha sufrido mucho en la vida; tengo setenta y cinco años.

—Puede hacerlo; sería un gran honor para mí.

—Déjate de cumplidos. Trabajamos para una misma persona. Yo he averiguado y sé quién y cómo eres, para entendernos me-

yor. Disculpa la franqueza: ahorremos tiempo. Yo soy Manonga de Osambela; mi familia tiene doscientos años en el Perú. Hay obispos, generales y ministros, por poco tiempo. Conozco las altas y las bajas.

La señora Manonga se quedó mirando a Pedro de pies a cabeza. Con una sonrisa un tanto burlona, se detuvo en sus zapatos relucientes aunque ajados y, en sus manos nerviosas; y le buscó los ojos:

—No eres mal parecido, pero te falta algo, no sé qué; pero te falta algo y en nuestro trabajo, es eso lo que no debe faltar jamás: atractivo.

Pedro dio un respingo y abrió la boca como queriendo hablar. Un mozo se acercaba con un azafate en el que había una tetera de plata, un azucarero, dos tazas de porcelana con sus cucharillas, un pote de mermelada, otro de mantequilla y una torre de galletas.

—¿Te provoca limón, leche, o sólo?

La señora Manonga señaló el limón y comentó;

—Me parece estar en Londres, cuando era joven. Se ve que Leguía es un *gentleman*. ¿No se sirve, Rigo. . . Pedro?

Pedro agregó unas gotas de leche a su té, cogió una galleta, la untó con mantequilla y se dispuso a servirse.

—Señora, yo no he estado en Londres pero me gusta tomar té. En cuanto a lo que ha dicho usted sobre “nuestro trabajo”, ¿a qué se refiere?; porque yo no tengo ninguno, ni oficio ni beneficio.

—No se haga el distraído Ugarriza; usted sabe tan bien como yo, por qué estamos aquí. Todo gobierno necesita informadores, eso que los franceses llaman *deuxième bureau*. Si no le cae. . . No se trata de delatar; yo no soy una delatora, se trata de información; usted entiende, una especie de encuestas, como dicen los franceses: *enquête*; tú tienes tu espacio, tu ambiente. Yo tengo el mío. El gobierno junta tus informes, los míos y los de otras perso-

nas y convierte eso en un promedio de la opinión pública. Yo no soy... soplona, ni tú.

Pedro, seriamente molesto, había bebido de un trago su taza y con tono algo violento, comentó:

—Señora Manonga, yo no he sido citado con usted. Nos hemos encontrado por casualidad. Yo soy amigo, sí, amigo del secretario y del subsecretario; y también conozco al Presidente y a sus tres hijos... Yo no sabía que iba a tener el honor de conocerla a usted, señora marquesa.

—Deja eso de marquesa en paz; no se usa. Yo sí sabía que debía encontrarte un día u otro aquí y que teníamos que cambiar ideas.

La señora Manonga se arregló el peinado y se frotó suavemente las cejas y, mirando un hermoso camafeo del Renacimiento, que lucía en su dedo índice, continuó: —Para que nos conozcamos te diré que yo he pasado por varias crisis políticas y financieras. He visto a Piérola, a Cáceres, a Candamo, a Pardo, a Leguía, a Billingham y, luego, la revolución de Piérola. Hubo tiempos duros pero había que vivir y eso significaba convivir, a veces, con enemigos. Fue muy duro, Pedro, muy duro. Sonreíamos con los labios y maldecíamos con el alma. Había que usar dos personalidades, según los casos: sufrí y gocé. Después, cuando quedé viuda, había que mantener el rango de la casa. Felizmente conservaba muchas relaciones: obispos, delegados apostólicos, ministros, vocales de la Suprema, generales, diputados, bosques enteros; era un capital increíble. Lo usé, y aquí estoy, vieja pero feliz.

Pedro la escuchaba embobado. Ella rompió el encanto del silencio con una acometida a fondo:

—Ya sabes, pues, quién y cómo soy; ahora dime: de dónde vienes, dónde vives; con quién vives; si tienes querida, porque casado no eres... no tienes traza. Tengo la impresión de que no te gustan o no le gustan a las mujeres. Eso, lo he oído decir. ¿Prefieres los amigos guapos, no? Y fumas esa pipa de los chinos de la calle Capón y Hoyos. ¿Te gusta disfrutar entre "civilizados"? Yo he leído lo que dicen los amigos de las cultas costumbres del

famoso Abraham Valdelomar sobre el opio, la morfina y la cocaína. Mi amiguito, el doctor Badham, los ayuda con sus datos: ¡buenas piezas! Dime, ¿más importante es para ti una pipa de opio o una porción de morfina que una “cocotte”?

Rigoletto se desperezó largamente y cortó:

—Señora Manonga, le agradezco su información. Yo no me siento obligado a confesarme con usted. Yo sabía que la sociedad confraternizaba con los chilenos. Lo oí contar a mi tía Zoraida, que tendría la edad de usted, y a mi tía Carmen que aún vive.

—¿Dónde?

—En su modesta casa; la visito casi a diario. Yo, señora marquesa, he venido porque me ha invitado un amigo común del Presidente y mío, que me citó para esta hora. No sé de lo que se trata. Yo no soy un informador o quizá algo peor: un chismoso. Mis amigos son guapos y jaraneros y, si tuviera amigas, preferiría que no fueran... viejas ni feas.

Doña Manonga de Osambela rió:

—No me insultes; soy vieja pero no fea. Por mí se volvían locos el Presidente Cáceres y el hermano mayor del Presidente Pardo; yo prefería al general Prado, un buen mozo, aunque un poco nervioso. ¿Y, dónde vive usted?

—En donde me coge la noche; yo soy como Cromwell, nunca duermo dos noches seguidas en la misma cama.

—Eres demasiado goloso, según veo.

—No señora, simplemente un poco precavido.

Apareció en la puerta del pasillo, frotándose las manos tras la espalda, Jorge Guillermo Leguía.

—Mi señora doña Manonga; qué gusto. Habrá usted conocido a don Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición, nuestro gran amigo.

—He tenido ese gusto y es hora de marcharme, interrumpió Rigoletto poniéndose de pie. Desgraciadamente va a ser la una y tengo un compromiso.

—No se vaya, don Pedro, Alfredo y mi primo Juan, salen enseguida y quieren hablar con usted.

La señora Manonga fingía arreglarse, mirándose en el espejillo de su cartera.

Alfredo, como siempre, serio, salió y tendió la mano a doña Manonga. Tras él surgió, sonrosado, cachetón, achinado y excitante, Juan Leguía, aviador de la RAF.

—Hola Rigoletto; precisamente quería hablar contigo. Vamos al *Palais*. Allí encontraremos a Albertito Ayulo y a “Cau-cau” Mendivil; tomaremos algo mientras conversamos.

Pedro tendió la mano a la señora Manonga. Esta se dispuso a levantarse del sofá, ayudada por Jorge Guillermo. Alfredo se había calado su sombrero de contrabandista. Por la puerta abierta, entró un tenue rayo de luz: había terminado el aguacero.

CAPÍTULO XII

EL PRIMER DESERTOR

El cajero Valenzuela, aguardaba a Rigoletto con una noticia:

—Lo han llamado por teléfono. Me dejaron un nombre... me parece que es Andrés. Si... dejaron un número... aquí está. Valenzuela entregó un billetito a Pedro. Este lo leyó y se precipitó al teléfono.

—Sí, ¿Andrés? No... ¿quién? Sí, yo soy Pedro. Ah, qué bueno Anita... muchos cariños. Pedro hablaba por teléfono agitadamente. Se escuchaban sus palabras entrecortadas y se veían sus gesticulaciones. Sí... no he recibido ningún cable: Gonzalo me escribió una postal desde Washington. ¿Cuándo fue? La felicito. Diga a Andrés que lo llamaré a las siete.

Pedro regresó a su mesa, donde lo esperaban los amigos con quienes había salido de Palacio. Juan, "el volador", hinchando los encarnados carrillos, exultó:

—Estás nervioso Rigoletto, ¿algo malo?

Alberto, irónicamente, comentó:

—Se le ha casado su mejor amigo. Rigoletto ha pasado a ser viudo.

Pedro, mirándolo a los ojos con inesperada ira, exclamó:

—Siempre tratando de joder; has tomado demasiado martini. Pancho me señala que son ocho: cálmate Albertito, el hígado tiene sus límites.

Juan, "el volador", pedía a gritos un whisky doble.

Pedro se limitó a indicar al mozo:

—Para mí, una Pilsen Callao, y helada.

Juan se dirigió a Pedro:

—Te he visto esta mañana en Palacio con doña Manonga. Ten cuidado. Ella es muy astuta, sabe mucho, te va a enredar.

* * *

Pedro acudió remisamente a la convocatoria de Anita. No en vano habían transcurrido tantos meses y meses repletos de acontecimientos importantes. Los esposos, de vuelta de su luna de miel, habían decidido definitivamente quedarse en el Perú. Habían optado por tomar cualquier alojamiento. La casa de Chorri llos estaba en reparaciones y sin amoblarse; la de la esquina de Fano con Gallinazos, en Lima, estaba demasiado deteriorada; podrían optar por la casona de los Vernal, en la calle Baquíjano. Esta casa la ocupaba Enma Vernal, casada con Enrique, hermano de Anita, pero quedaba demasiado central, casi junto al Palais Concert y frente a *La Prensa*; y eso, de ningún modo.

Decidieron alojarse en el hotel Leuro, que acababa de ser inaugurado y era muy privado; quedaba en Miraflores y tenía un excelente bar, requisito muy apreciado por los esposos.

Pedro alquiló un taxi y, por la avenida Leguía aún bastante despoblada, enrumbó a la avenida Benavides, en una zona por construir. Pasando un recodo y el cine Leuro, se abrió el Hotel del mismo nombre. No bien bajado y entrado, escucho un grito:

—Pedro, viejo amigo, y lo estrechó en un fuerte abrazo; era Anita.

Mórbida, envuelta de perfumes exóticos, una mano grande y fuerte lo cogió del cuello y lo extrajo del abrazo.

—Andrés, Anita.

—Qué bien se te ve, aunque un poco gordo.

—Tú sigues igual, pero tienes la cara más ancha. estás linda mujer, y qué lindo traje.

Rigoletto se retrajo en sí mismo, súbitamente silencioso. Luego, se reanudó el diálogo. Los esposos habían quedado también en silencio.

—¿Perdiste la lengua Pedro? No lo creo. Nos vimos con Gonzalo en Nueva York. Este esperaba al nuevo embajador y estaba preocupado por un caso de arbitraje. En Nueva York hay de todo; Anita y yo nos entretuvimos mucho. . . no tan fino como en Europa, pero más barato. Anita se entretuvo mucho en la calle 34 y en Times Square, que es el centro de Manhattan. Estuvimos en el Hotel Mc Alpine que está en la esquina de Broadway. ¡Qué movimiento! Yo no sabía de la casa de modas de Saks. ¡Qué exceso de maravilla! En cambio, Gonzalo sigue siendo sereno.

—Andrés se me perdió más de dos días con Gonzalo. Llegó tarde y muy oloroso.

Andrés sonreía un tanto confuso. Había madurado y envejecido. Tenía los ojos rojos, las mejillas trémulas, enfermizas; sobre él habían caído cinco años en pocos meses. Cargado de hombros, musculoso, alto, con el cabello crespo y oscuro; sus gruesos labios dibujaban una sonrisa mordaz.

Este Andrés, se ha envejecido demasiado pronto, pensó Pedro.

—Háblame de París, Anita, estás voluble e inquietante —anotó.

—Estuvimos mucho en Montmartre; Andrés se pasaba las horas frente a un café de la Plaza Pigalle, en cuyos altos había un "Hotel de Passe", es decir, un hotel "ilícito". Y este sinvergüenza se entretenía tomando el tiempo que cada pareja de ocasión gastaba desde que subía hasta que volvía a bajar.

—Veinte minutos, promedio mínimo —murmuró Andrés.

—Le encantaban esos cabarets de Pigalle y de la avenida Rochechouart, el Bal Tabarin y el Moulin Rouge.

—No me mires, lo voy a contar. . . Pedro es de confianza. Una noche estaba muy entusiasmado coqueteando con una cabarete-

ra realmente linda, que le sonreía desde sus pestañas como cortinas. Le tuve que dar dos pellizcos para que se diera cuenta de que yo estaba allí. Lo chistoso fue el desenlace. La muchacha se acercó a la mesa y pidió fuego para su cigarrillo: me parecía que tenía algo de hombruno; las manos, a pesar de estar cuidadas, eran hombrunas. La linda cabaretera era un maricón en tafetanes. Lo peor es que Andrés mordió el anzuelo; no me imagino cuántos habrán caído igual.

—He jurado que, en adelante, beberé sólo con amigos conocidos, —dijo inmutable Andrés.

Pedro sintió una invencible necesidad de autoconfesarse. Doña Manonga había intentado inútilmente sorprender su secreto —si lo tuviera. No se lo puedo negar a Anita y a Andrés —se dijo Pedro— y, bajo el influjo de un gin con gin y, luego de una Pilsen Callao, se le fue soltando la lengua.

Anita fumaba un cigarrillo egipcio, sujeto a una larga boquilla de marfil. A través de las volutas azulosas del humo, Pedro sentía la mirada embrujadora de los grandes y ardientes ojos de Anita. No, él no tenía otro secreto que no tener ninguno. No, no había caído en las redes de ninguna mujer. Es cierto que admiraba a Otilia, redonda, fragante y traviesa, pero lo entretenía más su hermano Fausto, con su larga cabellera de vikingo y su hablar disforzado y lento. Cierto que una hermosa y sólida chorrillana de la calle Lima se había decidido a formar parte del grupo de su hermano Roberto. Estoicamente, prefería conversar en la Plaza Castilla, observar los ejercicios de los socios del Club Regatas y hasta escuchar los sermones y pláticas del acholado Cura Luyo.

Tampoco entendía por qué Andrés daba tanto estímulo al pesado bachiche y borracho; al flaco “chapeta”, más borracho que el licor y a veces tan bueno para ayudar. Tendía las redes en la confitería y tiraba sus reales en beber pisco, mientras se doraban las hueveras del bonito en la improvisada sartén de “Traca la baqueta”.

—Tú me llevaste una vez al fumadero del chino Aurelio. ¿Sigues yendo? —preguntó Andrés.

—No, eso fue cuando no sé si me descubrieron los literatos del *Palais*, o yo los descubrí a ellos. Dejé eso ya.

—¿Con qué lo has reemplazado? Porque tú necesitas estímulos extraños para vivir: ¿Morfina... cocaína?

—Ambas, pero sólo de vez en cuando.

—Ahora comprendo.

—Comprendes, ¿qué?

—Tu vida, Rigoletto. Eres el peor amigo de escritores y políticos porque ellos satisfacen tus deseos y tú los complaces.

Por la ancha acera de la recién abierta avenida Benavides, transitaban dos parejas de enamorados.

Andrés llamó al cantinero:

—Peña, sírvenme ahora una ginebra doble con hielo y limón.

Anita agregó:

—Para mí, un whisky doble con soda.

—¿Y tú, Pedro?

Este se abanicó con una servilleta y se limitó a decir:

—Para mí, una limonada con mucho hielo.

—¿Nada más, Pedro?

—Ha empezado a hacer uso de la voluntad.

—¿Comemos juntos?

—Lo siento, tengo un compromiso a comer en el zoológico; debo trabajar.

—¿Es que tú trabajas cenando?

—Sí, y en algo complicado: vivir y ayudar a vivir a los demás, sin oficina ni obligaciones fijas.

—Primera vez que oigo algo semejante.

Pedro se recogió: ¿habría dicho demasiado?

Anita, que lo había oído todo, se quedó como en suspenso, con el vaso en el aire.

—Pedro —dijo bajando la voz con profunda ansiedad —¿Qué quieres decir con eso. . . eres un confidente?

Puesto de pie y con la sarita en la mano, apuró de un trago lo que restaba de su limonada; Rigoletto hizo un gesto amplio con el brazo y con la voz entrecortada y los ojos tristes, murmuró más que dijo:

—Hasta otra vez amigos míos. Cuenten siempre conmigo. Siempre ceno a las ocho en el Palais; si me necesitan, búsquenme. Buena suerte.

El auto de “cajón de muerto” oscurecía al aire con su humedad y partió entre un estrépito de fierros viejos y gemidos de motor, oscureciendo el firmamento.

CAPÍTULO XIII

EL SABLE Y EL VIOLIN

El restaurante del Jardín Zoológico era un enorme espacio con piso de madera pulida, paredes de vidrio, altos ventilados, luminosos. A la entrada se hallaba el vestuario, al fondo, un pequeño escenario precedido de un podio y una docena de asientos y atriles para los músicos. Cuatro grandes arañas de cristal sostenían las lámparas que iluminaban el salón; sembradas al desgai-re, unas treinta mesas ocupaban el espacio. Cuando Rigoletto llegó, había un grupo de hombres cerca de unas mesas dispuestas en forma de U, sobre cuyos manteles se hallaban escuetos ramilletes de claveles y rosas: se trataba de un banquete a un diputado que podría ser ministro de Guerra.

Naturalmente, tratándose de posiciones castrenses, don Alfredo no podía faltar. De pie, elegante, daba una sensación de juvenil apariencia; llegó con el sombrero hasta la ojos.

Pedro había dejado el sombrero de paja.

—¿Qué fue de la sarita?, indagó bromeando don Alfredo.

—Se me quedó en una visita; no me di cuenta sino al llegar al guardarropa.

—Estamos con la cabeza perdida.

Pedro sonrió mientras paseaba una mirada a la concurrencia. Por las preguntas se dio cuenta de que algo se cocinaba en aquél inocente banquete de cumpleaños. La mayor parte de los

comensales eran militares vestidos de paisano. De pronto, se produjo un silencio. Llegaba bullicioso, colorado como un tomate, con los carrillos soplados, el tono torvo y el gesto displicente, don Juan Leguía, uno de los hijos del Presidente.

Entonces, se dio cuenta Pedro de que, entre los asistentes, habían dos generales y un almirante, a los que se les abrió el apetito. También reconoció a varios periodistas que se le acercaron para comentar la reciente muerte de Valdelomar. El original escritor pereció en forma insólita la noche en que se inauguraba el Congreso Regional del Centro. Murió como un dandy, como lo que era; vestido de frac, dijo uno.

Pedro sintió una punzada en el costado. Realmente no había tenido ocasión, ni le habían buscado, para comentar aquella desventura. Le pareció ser reo de un delito grave: la ingratitud. Valdelomar le había enseñado muchas cosas, buenas y malas. La insolencia; el estarse solo; la curiosidad por los paraísos artificiales; el prurito de ser diferente a los demás; todo eso lo aprendió del "Conde de Lemos", a quien la señora Manonga odiaba porque usurpaba un título nobiliario que, según ella, no le pertenecía.

Llegó el agasajado y se sirvió una rueda de aperitivos; enseñada pasaron a la mesa. Pedro tenía como vecinos a un comandante de artillería y a un diputado regional. Trató de conversar y de comer. Atacó bien el antipasto a la italiana (queso, salame, jamón, carne fría); se le atragantó el vino blanco y no prosperó con la corvina a la meunier; estaba satisfecho. No anduvo con el pollo. Le interesaba más la conversación con sus vecinos. Era evidente que algo andaba cociéndose en las marmitas políticas. Tal vez la reelección. Porque Leguía tenía confianza en su primo y ministro, don Germán. Pedro se dio cuenta de que el comandante trataba de sonsacarlo, juego que Pedro devolvía con mayor éxito. Volvió a recordar a la señora Manonga y a Anita. "Tú eres un confidente". Sin duda lo era. ¿Por qué si no, les gustaba hacerle preguntas políticas? No pudo menos que apurar una copa de vino tinto para tranquilizarse. Sin duda, la presencia del comandante Juan, el vástago presidencial, significaba oficializar el banquete. Todos hablaban a gritos. Era difícil adivinar de qué se

trataba. A punto de iniciarse los discursos, la orquesta acometió los acordes de un *fox trot* de moda: *My darling*. Y, al instante, saltó de la mesa en que se hallaba, un hombre moreno vestido a la moda neoyorquina, de nariz muy pronunciada, labios gruesos, mirada displicente, pelo lustroso de pomada. Sacó a bailar a una damita de falda muy a la parisiense, sonrosada químicamente; la falda más corta de lo usual, lo que le permitía lucir unas redondas y ágiles pantorrillas.

Don Alfredo le hizo una seña: el comandante Juan rugió desde su puesto:

—Caray, qué bien baila el canciller. Se lo voy a contar a mi viejo, para que no me regañe tanto.

En efecto, era el canciller recién importado de Estados Unidos y su pareja, una damita de larga residencia en París. Al pasar cerca de la mesa del banquete, el canciller sonrió con suficiencia; sus ojos rehuyeron los del comandante Juan pero, al cruzarse con los azorados de Rigoletto, tuvo un gesto amistoso. Pedro permaneció inalterable, pero don Alfredo, desde lejos, le hizo un brindis con su copa: equivalía a una consagración.

Terminada la cena, Pedro se dirigió a la parte trasera del escenario, donde se hallaban los servicios higiénicos. Al salir del lavatorio, Pedro tropezó con dos amigos de Chorrillos. Ambos vacilaron un poco, lucían los ojos desorbitados y las narices blanquecinas.

—Rigoletto ¿ya te diste tu alce?

Rigoletto no se detuvo. Uno de ellos, animoso, agregó:

—Miren, bien trajeado y con el cabello duro y negro; —le dio una palmada en el hombro.

—Don Pedro, somos buenos discípulos. ¿Quiere usted el “polvillo”?

Pedro no pudo responder: había aparecido el “cholo” Meza como un Savonarola nocturno. Pedro se refugió en el cuarto de servicios higiénicos.

—Debes estar feliz, Rigoletto. Estos no son tus discípulos, son

tus súbditos —y exclamó: ¡Qué idiotas! más cocaína para quitarse la borrachera. ¿Entonces, para qué beben?

—Están borrachos, alcoholizados. Por lo menos, el borracho casi nunca es maricón.

Pedro lo miraba de hito en hito, un poco anhelante.

—Dicen que son civilizados porque ingieren cocaína y se inyectan morfina y heroína. ¿Has leído el libro del judío Max Nordau, *Sobre la degeneración*? Tú no lees ni el letrero del teatro. Y eres inteligente. A ti te han perdido tus amigos “supercivilizados” y los buenmocitos. Despierta ya, Pedro.

Del fondo salía un trío de gente moderna. Venían de la ruleta y del *chemin de fer* que funcionaba allí.

Detrás apareció un hombretón, hermosote y atlético.

—Rigoletto, consígueme cien mil soles ahora mismo. Me han desplumado. Quiero resarcirme.

Pedro recibió en sus brazos a Andrés, convertido en guiñapo. Metió la mano al bolsillo interior y, empujando a Andrés hacia la derecha, le entregó cincuenta mil soles diciendo:

—Es todo lo que tengo; no te dejes ganar.

Pedro regresó al gran comedor. En ese momento se movían en el escenario las hermanas Peirano, dos bailarinas argentinas de carnosos muslos y senos saltarines. Una de ellas cantaba con entusiasmo: “*Celebero che a morto/ E Garibaldi, pun. . .*”.

De una de las primeras mesas, la más adelantada, salió un grito:

—Rigoletto, qué milagro verte por acá. Ven a nuestra mesa.

Distinguió a la famosa “tira” del Palais. Allí estaba el cabezón Villacorta; “cau cau” Mendivil; el chico Bentín y Abel Ballén, gente emprendedora que en las noches se recuperaba del esfuerzo y del sueño concurriendo al café danzant del Zoológico. Rigoletto se acercó sonriendo hacia quienes lo habían llamado y vació de un solo trago el “high ball” que le habían ofrecido.

CAPÍTULO XIV

RIGOLETTO, EL REY

Positivamente, Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición se había convertido en el amo del Jirón de la Unión, sobre todo en el tramo entre la Plaza de La Merced y la Plazuela de San Juan de Dios, donde andaba por entre los mármoles de la futura Plaza San Martín. La ciudad y el ambiente habían cambiado. Los estudiantes, que fueron sustento de la candidatura de Leguía, lo agredían verbalmente dentro y fuera de San Marcos.

—¡Reeleccionista! ¡Tú eres fascista!

Rigoletto tenía mucho que observar y sugerir. La señora Manonga, que pretendía dar lecciones, trataba de escuchar, inquieta. El discípulo de ayer la aventajaba: tenía maña.

De la noche a la mañana, aquel estudiante provinciano que compartiera las invernales tardes de Chorrillos y que, desde el balcón del hostel de la calle del Tren, saludaba galantemente a Anita, asomada a la ventana del dormitorio; aquél enjuto y locuaz Víctor Raúl, figuraba como adalid de los revoltosos sanmarquinos y acababa de regresar de un viaje por el sur del Continente. Pedro se topó con él una mañana en Palacio. El llegaba a buscar sugerencias, datos y chismes y Víctor Raúl salía de las habitaciones presidenciales.

Se saludaron. Víctor Raúl preguntó por Anita luego por Andrés.

—Me han dicho que Andrés bebe mucho. ¿Por qué no le aconseja usted que no lo haga? Me han dicho que a veces se pone violento. ¿No lo ve usted?

Pedro ensayó una explicación. Víctor Raúl le informó que mantenía correspondencia con Gonzalo quien había sido trasladado a Europa. Se despidieron enseguida. De pronto, la señora Mangona brotó de una cortina e interrogó a Ugarriza.

—Oiga, Pedro, ¿usted sabe que ese joven es el peor enemigo del Gobierno? Domina a los estudiantes, a los textiles y aun a los médicos. Es profesor de un colegio extranjero. Cúidese de él.

Pedro escuchaba a la señora Osambela con visible desagrado. Le dio las gracias por la información y entró a la Secretaría Presidencial. Ya no eran sus miembros los mismos. En la oficina aparecía otro secretario, otros subsecretarios; sólo el mismo portero. Jorge Guillermo estaba deportado en Panamá con su padre don Germán. Don Julio Chiriboga, estaba en París con el doctor Cornejo. Pedro venteaba algo nuevo en la atmósfera. El nuevo secretario era distinto al anterior, de genio fuerte y gritaba mucho. El encuentro con Víctor Raúl renovó viejos recuerdos y complicados sentimientos. Pensó que Andrés se dejaba arrastrar por sus temores internos; bebía demasiado e iba interdiario a su casa. No se dejaba aconsejar. Pedro se sintió triste, lleno de sentimientos que le afectaban el corazón. ¿Tendría el corazón normal? De pronto, dejó salir un suspiro.

—Ah, ah, no sé, —dijo. Vamos a trabajar, vamos al nido de la rebelión y, paso a paso, metiéndose la sarita hasta doblar el pabellón de la oreja izquierda, cruzó la Plaza de Armas, enfiló por el jirón Lampa hasta la Colmena, torció hasta la Plaza de la Micheo.

Años atrás él solía frecuentar el recinto de San Marcos por la puerta de la calle del Noviciado de San Carlos. Conoció muy bien al antiguo portero, Marianito Velásquez; éste ya sabía que “don Pedrito” se entretenía en hacerle cosquillas y, mientras Marianito pegaba gritos y saltos de delfín en el mar, atosigado de risa, Pedro indagó:

—¿Han venido don Mariano y sus hermanos? Parece que hay calma en las aulas.

—No hay calma don Pedro. Están preparando jaleo, porque sí. Así es la Universidad.

Rigoletto saludó a unos amigos que conversaban en derredor de la pila del Patio de Derecho. Alguien gritó desde los altos: —Ojo, hay un soplón. ¡A la pila, a la pila, a la pila! Pedro se dirigió rápidamente a la puerta de salida, subió los tres peldaños de piedra y se puso a salvo de cualquier acuático antojo estudiantil. Se dirigió a una librería en la esquina de la avenida Abancay, a revisar libros y a escuchar comentarios. No cabía duda; algo gordo se tramaba contra el Gobierno. Todos mencionaban a Víctor. ¿Sería ese joven provinciano capaz de oponerse al Gobierno?

Rigoletto se dirigió al centro. En el Palais lo esperaba una llamada telefónica. La señora Manonga tenía urgencia de hablar con él. Rigoletto hizo un mohín de fastidio. Llamó un auto de alquiler y se dirigió a la Plaza de Santa Ana, donde ya funcionaba el Ministerio de Gobierno.

Desde su pedestal al centro de la Plaza, el sabio Antonio Raimondi, lupa en mano, ojeó el ingreso de don Pedro al edificio cuyas puertas mostraban un enjambre de soplones rudos y fuertes, que montaban permanente guardia.

CAPÍTULO XV

EL MAUSOLEO

¡Cierra puertas!, ¡Cierra puertas!, gritaba la gente precipitándose al jirón de la Unión por las calles afluentes al Pasaje de la Encarnación y a Mantequería de Boza.

—¡Revolución!, ¡Cierra puertas! Hombres y mujeres despavoridos se refugiaban en las casas de Pileta de la Merced y por las calles del Centro corrían los atemorizados transeúntes.

Las rejas del Palais Concert fueron corridas precautoriamente. Cerró sus puertas la confitería Broggi. Monsieur Sántex, propietario del Bazar Patté, se limitó a clausurar sus vitrinas.

Pedro se hallaba en el sillón del lustrador de zapatos de la peluquería Lugo. Los peluqueros: el gordo López, el chino Flores, el grave Butrón, el locuaz Linares, tejían chismes. Uno de ellos dijo:

—Hay un tiroteo en el Pasaje de Los Huérfanos; el cabecilla es un estudiante llamado Víctor. . .

No terminó la frase. Pedro bajó del asiento y corrió a la esquina de Boza. Por las calles de Mantequería de Boza, Bejarano y Gallinazos, bajaba un tropel humano. Pedro, remontando la corriente, se acercó a la calle de Gallinazos. La casa de los familiares de Anita estaba cerrada a piedra y lodo. No había luz a través de las persianas; Pedro llamó, sin embargo, a la puerta.

No obtuvo respuesta. Pedro pensó que sus amigos estarían en Chorrillos; optó por regresar.

El dueño de la peluquería Lugo era un viejo criollo dado a tañer la guitarra y a arreglar peinados femeninos. Su empleado, Linares, era peluquero de Víctor Raúl. López, dirigiéndose a un cliente, dijo:

—Don Pedro, está con una cara furiosa; tomemos un pisco.

Pedro no entendió. El chino Flores prefería la “naranjita”. Rigoletto no se hizo rogar. De un trago se engulló una copa de pisco con Fernet: †

—Me voy; tengo amigos en este berenjenal.

Butrón murmuró, estirando la jeta:

—Sí, sí; amigos en la Prefectura y en Palacio.

* * *

En el Patio de Derecho de San Marcos se velaron los cadáveres de un obrero y un estudiante, caídos durante el mitin de la víspera.

Al realizarse el sepelio de los caídos, se vio a un Víctor Raúl transfigurado, sudoroso y contundente; mantenía el ansia de los estudiantes. El sepelio estuvo rodeado por cordones de tropa y de la flamante Guardia Civil, que bordeaban el cortejo a la espera de apresar al joven líder. Anochecía. Los soldados se mantenían en acecho con fusiles y carabinas, cerrando las bocacalles. Se vació el cementerio pero Víctor Raúl no apareció.

Rigoletto llegó al *Palais* en busca de un leve refrigerio. El cajero le salió al encuentro:

—Don Pedro, una voz femenina lo ha estado llamando unas veinte veces. Espere, volverá a llamar.

Sonó el timbre insistentemente. Pedro descolgó el auricular y pegando el oído, dijo; —¿Eres tú Anita?... ¿Qué sucede?... ¿Qué puedo hacer? Ah, sí, escucho. Voy a... Dame un número para llamarte; entendido. ¿Dónde está Andrés?

Rápidamente, comiendo el último trozo de una butifarra, salió en busca de un taxi. Le salió al encuentro Felipe, "cajón de muerto".

—Yo sabía que me iba a necesitar, don Pedrito. . .

Partieron hacia la Plaza de Santa Ana, Rigoletto subió las escaleras de mármol como una saeta.

Anita y Andrés le refirieron más tarde lo ocurrido. Víctor les había pedido, la noche anterior, las llaves del mausoleo familiar en el Cementerio General:

—Sé que piensan matarme después del entierro. . . Yo tengo un grupo de compañeros que me ayudará a desaparecer en el mausoleo; a media noche vendré por las llaves.

Hacia las dos de la madrugada, el zambo Vásquez, el obrero textil Sabroso, el carpintero Posada y ocho matones de Vitarte, sacaron del mausoleo de la familia Billingham a Víctor Raúl, mientras otro grupo hacía disparos por el lado de La Atarjea. La fuga había sido riesgosa porque Víctor Raúl padecía de una súbita y grave dolencia bronquial. Lo metieron en un coche y lo llevaron a un escondite. Víctor Raúl estaba hacia el otro extremo de la ciudad, muy delicado, con fiebre, tos y violentos escalofríos.

Anita le pidió a Andrés que la acompañara para cuidarlo. Pedro escuchaba, con los ojos enrojecidos de ira y exceso de una larga narizada de cocaína. Andrés lo imitó en lo último. Anita, recuperada de pronto, imploró:

—Pedro, yo espero que usted se nos una también.

—Anita, aunque no lo parezca, Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición es un caballero. Confíe en mí. Le voy a prestar un chofer seguro.

—Todos iremos en tu carro como de parranda, por las calles de los Patos, de Huevo y Bravo; me dejan en la calle de San Carlos.

—Señor, donde usted diga.

—Después vuelves por mí.

Anita le tendió los brazos a Andrés y le dio un beso en la frente. Andrés le estrechó la mano.

—Eres un hombre, Rigoletto.

Pedro los miró largamente, torciendo convulsivamente el mantón; bajó del auto y ordenó:

—Vuelve lo más pronto que puedas. Y se metió en los servicios higiénicos de la Estación de La Colmena, en la que se hacían los preparativos para el primer tranvía de la mañana.

CAPÍTULO XVI

LA PIEDRA DEL ESCANDALO

El centinela le dio el alto. Rigoletto se lo quedó mirando como quien ve a un aparecido. Acudió el Cabo de Guardia y le franqueó la entrada:

—Pase usted, don Ugarriza.

Pedro se tiró materialmente sobre un sofá de cuero, cerró los ojos y permaneció largo rato en silencio. Cuando miró a su alrededor, vio que una señora cincuentona, con mantilla y hábito carmelita, lo observaba sonriendo.

—El señor ministro está en una conferencia. De usted me han hablado mucho. Usted es el señor Ugarriza, don Pedro, ¿no? La señora Manonga es mi madrina.

Pedro hizo una mueca queriendo sonreír, pero no le salió la sonrisa.

El ayudante del ministro, un capitán de la Guardia Republicana, se le acercó para decirle:

—El señor ministro le ruega que lo espere un cuarto de hora. Está despachando con el Director de la Policía Política. ¿No le han molestado los escándalos de anoche?

Pedro negó con la cabeza. La ahijada de la señora Manonga lo miraba insistentemente como para conversar. Consultando su reloj, preguntó a Pedro:

—¿Tiene usted también las once?

—No uso reloj, señora, —gruñó Pedro.

En ese momento se abrió la puerta del gabinete y de ella emergió un zambito de cabello como engominado, ojos de ardi-lla, afeitada la frente para darle amplitud, ancha nariz, color oli-vado. Se detuvo ante Pedro que se había incorporado:

—Don Pedro, muy buenos días. Quisiera hablar con usted. Es a propósito de unos amigos suyos a quien se pretende compli-car en los líos del cementerio.

Pedro no movió un músculo de la cara; se limitó a contestar:

—Si usted tiene esas informaciones, doctor Fernández, cumpla con su deber; para mí no hay otro amigo que el señor Presidente.

En la puerta del despacho surgió la rarísima figura del “Se-ñor Ministro”. Había que acostumbrarse a verlo para no exhalar un grito de asombro: la cabeza totalmente calva; las pestañas y las cejas blanquecinas y ralas; un bigotillo esparcido, tieso y blan-quecino disimulaba la largura del labio inferior; los ojos achina-dos, uno separado largamente del otro. ¡Qué horroroso! De las mangas anchas asomaban las manos amarillentas y de uñas ne-gruzcas. Vestía con singular desgaire. El chaqué le llegaba a las corvas; los pantalones se amoldaban al tamaño de las piernas cor-tas, como las de un bosquimano. Por algo le apodaban “chaqué con ruedas”. Caminaba sin levantar los pies, sobre unos zapatos largos como skies.

Tendió la mano a Pedro; éste sintió que era algo fofo. Ape-nas hubo rozado su diestra, sacó un pedazo de trapo.

—¿Cómo estás, mi querido amigo de Ugarriza? El señor Pre-sidente me ha ordenado conversar y consagrar todos mis efectivos a buscar al cabecilla de los estudiantes norteños; a ese Víctor Raúl que... y gritó a los soldados: No matar. Es un hombre peligroso. Estamos llamando a sus amigos, que son amigos del Gobierno, para que nos ayuden a apresarlo. El señor Presidente ha sido informado por un señor de muy alto copete, que le da datos, que usted anda con esos amigos, entiendo que comunistas y anarquistas. Es asunto delicado y confidencial.

Pedro sintió que iba a palidecer y a delatarse. Movi6 la cabeza y dijo:

—Esa sefiora, debe ser dofia Manonga de Osambela; nadie sabe m6s que ella. En su casa se celebraban comidas los d6as viernes. Y all6 encontr6, dos o tres veces, al tal V6ctor Ra6l. ¿No ser6n amigos de la sefiora Manonga primero, y luego m6os? Deber6a investigar a la investigadora.

De la pared del fondo colgaba un retrato en color del sefior Presidente. Sobre la mesa del centro se ergu6a una estatua del sefior Presidente. M6s all6, un grueso volumen rotulado: “El siglo de Legu6a”. El sefior ministro luc6a en el ojal del chaqu6, una escarapela peruana con un retrato de Legu6a.

Pedro empez6 a bisquear. El sefior ministro le habl6 largamente de sus hallazgos pero, ning6n indicio del mausoleo de la familia de Anita, la fr6gil enfermera de V6ctor Ra6l.

—El fascineroso ha desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra.

Pedro aprovech6 de una pausa y expres6:

—Despu6s de lo que usted, sefior ministro, ha tenido a bien contarme con referencia a los chismes de dofia Manonga, ser6a altamente peligroso y absurdo que yo interviniera en lo que concierne a mi ex amigo V6ctor Ra6l, muy cercano a dofia Manonga; ahora me explico cierto retraimiento, doctor Fern6ndez. Mejor es que tome mis vacaciones. Adem6s, estoy sometido a estricto tratamiento y el m6dico me ha recetado descanso.

—¿Qui6n es su m6dico, don Pedro?, —pregunt6 suavemente el ministro.

Sin titubear, Pedro respondi6:

—El doctor Monge. Se asombr6 de su audacia y de su impulso. Record6 que Anita le hab6a revelado que ese doctor estaba cuidando de la salud de V6ctor Ra6l, desde que lo sacaron del mausoleo.

—Es un excelente facultativo —dijo el ministro.

—Por eso lo he escogido. Se lo recomiendo, sefior.

Ya en la calle, Rigoletto llamó un taxi. No estaba feliz. Se le acercó un zambo, de cara ancha, labios muy gruesos, prominente el cuerpo, aunque no fuese gordo.

—Juan, ¿tienes un taxi vacío?

—Lo llevo en el que ocupo. Es hora de almorzar. Lo invito a mi casa; no es lejos, queda en la tercera cuadra del jirón Huancavelica; la siguiente a la calle Ortiz.

Rigoletto aceptó sin titubear. El centro estaba poco animado. No se veía a las habituales elegantes de Lima; había patrullas de gendarmes a caballo en todas partes.

El *Palais* estaba a medio cerrar. Llegaron a la casa de la calle Ortiz. Juanito Huerta lo invitó a tomar asiento en una silla de Viena y le abrió el apetito con trocitos de cebolla y ají.

—El ají y el limón abren el apetito. Sírvase encima un pisco de Ica que me han regalado los Picasso. Después, el sancochado; el caldo le hará bien. Está usted muy pálido, don Pedrito. Si en algo lo puedo ayudar, mándeme.

Juanito volvió con la fuente del sancochado y también, frejoles batidos.

—Sírvase, don Pedrito.

La mente de Pedro volaba muy lejos. Era la primera vez que se le presentaba un caso de conciencia. Al menos, no recordaba ningún otro en los últimos diez años. Andrés y Anita eran sus amigos y le habían confiado un secreto importante. Víctor Raúl no era sino un conocido, pero siempre lo trató con deferencia.

El Presidente no podía ser su amigo, aunque sí su jefe.

El ministro y el doctor Fernández, no le inspiraban aprecio. Se dijo a sí mismo: Claro, claro, tú puedes ganar a todos; pero yo no soy un soplón. Yo no delato a mis amigos.

Juanito se le acercó suavemente:

—Don Pedrito, no mueva tanto la cabeza; le va a doler. Si está cansado, aquí tiene mi cama; duerma usted, después se refresca y, si quiere, lo llevo a su casa.

Pedro sintió que lo envolvía una tibia aura de amistad, de ternura hogareña. Juanito de pie, frente a él, ofreciéndole el brazo para conducirlo al dormitorio; sintió que se cerraban sus ojos. Pensó: hace treintaiséis horas que no duermo. Cerró los ojos.

Juan y Guadalupe lo desvistieron a medias. Lo cubrieron con una frazada, cerraron las contrapuertas y, de puntillas, salieron del cuarto cerrando la puerta tras ellos. El reloj de la pared marcaba las tres de la tarde.

—Tengo la idea de que Rigoletto está pasando por un mal momento. Como él es amigo del Gobierno y no es hombre de acción, a veces estos blanquitos son más torcidos que un cangrejo. Y a propósito de mariscos: ¿preparaste el chupe de camarones?

—Ya comiste hartó. Te lo serviré a la noche, si Dios quiere. Despertemos a Rigoletto a la hora de cenar y le quitaremos la palidez.

Juanito levantó la mano derecha, dándole su aprobación.

CAPÍTULO XVII

ASI EMPEZO ODYSSEUS

Como si hubiese formulado un voto de soledad, durante los meses siguientes, Rigoletto, de vuelta a su antiguo y propicio aislamiento, dejó de concurrir a mediodía al *Palais*. Sólo concurría allí después de las cinco de la tarde con sombrero, fresco, el rostro empolvado y zahorí, la mirada de sus grandes ojos un tanto bovinos, siempre vestido de azul pajizo. Recibía sus llamadas telefónicas, bromeaba con el cajero Valenzuela y con Pepe Gamarra y salía a la calle a cosechar y a repartir dinero.

Una de esas tardes, en busca de un número de la revista española *Actualidad*, ingresó a la librería "La Aurora Literaria", mentidero de los poetas bohemios y provincianos. Los dueños de la librería conversaban con los clientes mientras el zambito Pezzutti, el más docto, Rego, y el peludo castellano Lorenzo, mostraban novedades literarias. Pedro, mascando aire según su costumbre, revisó y compró los números de *La Lidia* y de *Sol y Sombra*. Del grupo de parroquianos que platicaban en el fondo de la tienda, se destacaba una figura conocida; bronceado, frente ancha, ojos profundos, pómulos marcados, mandíbula pronunciada.

—Don Pedro, ¿qué busca usted? Aproveche la oportunidad para poder ordenar mi último libro; una novelita serrana; *Fabla Salvaje*. Ojalá le guste, don Pedro. Le presento a mi amigo Julio Gálvez; con él me voy a París.

Pedro preguntó como al descuido;

—¿Pasará usted por México? Si lo hace, y como secreto entre usted y yo, mándeme algunas postales.

—No, vamos por Nueva York.

El poeta Vallejo extendió su mano delgada y muelle, y se hundió en un escaparate de novedades bibliográficas.

Terminaba junio y el gárrulo invierno empezaba.

* * *

En la Legislatura de ese año quedaría concluida la reforma constitucional para reelegir a Leguía. Aún se realizaban peleas de boxeo en el ring "Aire Libre". El poeta y empresario Zapata López, aparecía como el Jack Kearns del boxeo nacional. Rigolletto se convirtió en un devoto del boxeo. Con ojos apasionados, seguía desde una silla del ring los movimientos de los pugilistas. Había sentado una estrecha amistad con el grupo de boxeadores panameños que, desde hacía un año, campeaban en los estadios, los bebederos, las peluquerías y las esquinas del centro. Pedro discutía con Foción Mariátegui, nuevo líder de los diputados leguístas, las excelencias de José Ramos "Caballito", un mulato alto, ágil y cínico; los arrebatos del "mosca" Pedro Troncoso y las jaranas de Ramón Arosemena, campeón de los "ligeros". El gótico Foción prefería el modo de pelear, primitivo y contundente, del negro chinchano Alex Rely, mientras que Pedro se entusiasmaba con "Caballito" y con Arosemena.

—No se vaya usted a creer, Alfredo, que me he cambiado la chaqueta. Estoy con Foción porque es un buen deportista, experto en hípica y en boxeo, y porque, se lo digo con franqueza, eso me alivia de los chismes de Palacio y de la Plaza de Santa Ana. Después de todo, estando bien con usted, don Alfredo, y con Foción, se me da un ardite la lengua malévola de "chaqué con ruedas".

—Lo comprendo, Pedro; que la pase usted bien.

Don Alfredo, a quien también gustaba el boxeo y los boxeadores panameños, golpeó familiarmente el hombro de su amigo Pedro.

El box era en 1923, como el toreo de antes, de entonces y de después, una fiesta de alto copete, ya no popular. Merced a ello, Rigoletto había logrado entretener a sus enemigos del Ministerio de Gobierno, distraer a sus amigos del *Palais* y conservar solo la amistad con los peluqueros de don Manuel Lugo. Sin embargo, algo parecía indicar que su estrella no brillaba tan alto.

Una tarde, el vivaracho Linares, mientras le recortaba el pelo, le lanzó de sopetón una frase:

—Don Pedro, ya usted no es el mandamás de antes; ahora lo tienen media corrido. ¿Pasa algo?

Pedro esperó que el figaro concluyera su tarea y, cogiendo el teléfono, dispuso:

—Sí, aquí don Pedro, dile a Carlos que venga inmediatamente; lo espero donde Lugo, pero enseguida.

Minutos después descendía de un auto Carlos, el guapo, diplomático llegado de París. Pedro le salió al encuentro y, sin atenuar el tono de la voz, dijo:

—Carlos, te he llamado porque necesito plata de urgencia y a ti te sobra. Dame dos mil soles.

Carlos se puso rojo:

—Con gusto Pedro, pero no cargo tanta plata conmigo.

Los figaros se miraron; uno de ellos comentó:

—¡Eso es como mil dólares!

—No seas coñete del puño; gírame un cheque; lo necesito ahora —arguyó Pedro.

Carlos, el guapo y elegante Carlos, capituló:

—Vamos al *Palais* para escribir en una buena mesa.

Poco después volvía Rigoletto abanicándose con un cheque.

—Don Pedro, usted tiene mucha “muñeca”, comentó Linares.

—No es para tanto, —exclamó Pedro y se marchó.

En uno de esos atardeceres grises, Rigoletto prácticamente tropezó con Andrés en la puerta de la Casa Welsch, bajo el clásico reloj público que regulaba la vida de los limeños. Rigoletto salía del Establecimiento Leonard, donde había tomado un agua gaseosa. El establecimiento lo dirigía el señor Castillo, hombre bajito, de bigote de foca y aire juvenil. Habían estado recordando al Califa Piérola. Los platicantes eran todos pierolistas conocidos y confesos: Castillo, Clemente Palma, director de *La Crónica*; el poeta José Gálvez y Rigoletto. Comentaban el décimo aniversario de la muerte de Piérola. Pedro se despidió con el ánimo de comprarse un par de camisas "Anchor", en la camisería de los hermanos García cuando, ¡zas! se dio con Andrés. Estaba demacrado, rojiza la tez, aletargado y hasta gordo.

Andrés lo tomó con un fuerte abrazo y dijo:

—Vengo caminando desde el Café Péndola.

El Café Péndola era una cafetería a la española, de diez o doce mesitas rectangulares, con cuatro sillas cada una y un mostrador; se servía una ración completa de café con leche, pan con chicharrón y chancay con mantequilla; todo por veinticinco centavos. El café estaba en la calle de Plateros de San Agustín, a treinta metros de Welsch.

Andrés estaba visiblemente excitado:

—Aquí tomábamos lonche todos los días con Víctor Raúl, que vivía en los altos. Entonces, no tenía sino un terno negro y lustroso. Se quejaba del monto de la renta; no lo dejaba ahorrar. ¿Dónde estará el líder? Anita ha tratado de ubicarlo y sólo ha conseguido una llamada de teléfono con él.

Entró al café don Alfredo. Pedro salió a su encuentro. Don Alfredo era un arquetipo de conspirador. Fue cortés con el marido de Anita. A Pedro le dijo:

—Está usted misterioso y corrido, ¿qué pasa? Me han dicho que se ha pasado usted a los diputados y que se ha hecho muy amigo de Foción; lo felicito por el progreso.

Rigoletto hizo un gesto de fastidio. Nadie mejor que don Alfredo sabía que las relaciones con el ejército se habían puesto al-

go tensas con motivo de la reelección. Foción tenía un estilo abierto, en contraste con el cerrado de don Alfredo. Ambos se disputaban el Poder. Ambos eran solteros, prósperos y amigos y parientes de Leguía.

Pedro contó que Tomás, su antiguo amigo que había vuelto de París, le había informado que había conocido a un grupo de militares peruanos becados que rodeaban entusiastamente al general Benavides.

—Están muy animados; parece que tuvieran estrechas relaciones.

—Has metido la pata bachiche, dijo Pedro. Esto me va a causar algo feo.

Conversaron de cosas de ayer y hoy; de Gonzalo, de “Chapeta”, del mártir Olaya, de Cipri Martín, de todos.

* * *

Los días pasaban lentamente; el ayer estaba tanto lejos como cerca de Pedro. Este alternaba sus visitas al Palais Concert con sus entradas a la confitería de Pedro Broggi y Nicolás Dora en la calle de Espaderos. Ambos, ciudadanos suizos, habían levantado un sabroso y perfumado emporio europeo. Broggi examinaba a Rigoletto como quien trata de clasificar un coleóptero fantástico. A su confitería no iban bohemios elegantes y bien planteados; ni literatos.

La noche del dos de octubre, Pedro había acompañado al poeta Gálvez hasta su casa en el Pasaje de los Huérfanos. Gálvez deslizó entre sus barbas, ya encanecidas, sus finos dedos y empezó a criticar la reelección de Leguía, a los soplones y al servilismo criollo. Rigoletto lo escuchaba como avergonzado. Ambos compartían la admiración por Piérola, romántico eslabón con un pasado irrecuperable.

Se habían despedido respuntando la madrugada cuando “cajón de muerto” que seguía los pasos de Rigoletto, precisamente cuando deseaba avisarle algo, lo encontró:

—Don Pedrito, malas noticias para usted y el niño Andrés. El comisario de Chorrillos le echó el guante a Víctor Raúl; lo encontró cerca al Palacio de la Exposición, disfrazado. Alguien lo delató. ¿No quiere don Pedrito que lo lleve a alguna parte?

Rigoletto se hizo repetir la historia; oía con la boca entreabierta y los ojos cerrados.

—Felipe, llévame al Ministerio de Gobierno.

—Es muy tarde, don Pedrito.

—Vamos; todos deben estar allí despiertos.

“Cajón de muerto” hundió el pie en el acelerador, manipuló rápidamente la palanca de cambios y partió hacia la Plaza de Santa Ana.

Efectivamente, el Ministerio estaba iluminado. Una hilera de automóviles acaparaba todo el filo de la acera.

Pedro alcanzó a hablar con el Ministro.

—Ya ve usted, jovencito, que soy pelado pero no zonzo, dijo muy ufano.

El doctor Fernández, envuelto en un paletó que parecía mortaja, fisgoneó a Pedro a través de sus anteojos encuadrados de carey.

Rigoletto hizo como que no lo veía. Se sintió tranquilo cuando desde su limousine, “chaqué con ruedas” le gritó:

—Venga, sígame a Palacio, Pedrito.

Don Pedro dio orden a “cajón de muerto” que siguiese a la comitiva.

CAPÍTULO XVIII

“Y LA CARNE QUE TIENTA CON SUS FRESCOS RACIMOS”

La ciudad se había aquietado después de la feérica celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho. Los provincianos regresaban a sus nidos. El *Palais Concert* se había asentado como “centro” de Lima. No eran, sin embargo, los tiempos de Valdelomar. Predominaba, para ampararse del sol, el uso de la clásica “sarita” de Rigoletto. Ahora sí, ahora, el Perú era Lima. Lima era el jirón de la Unión; el jirón de la Unión era el *Palais Concert*: paloma del sorites. Luego, el *Palais Concert* era el Perú y el virrey del *Palais Concert* era don Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición, alias Rigoletto.

Rigoletto apoyaba las palabras contenidas en tal frase, que proyectaba implícitamente su imagen sobre el Perú. Podría agregarse al nombre del *Palais Concert*, el del restaurante del Parque Zoológico. Don Pedro pasaba la noche en aquel local hirviente de sensualidad, alcohol, polvo de cocaína, algarabía y la ruleta. Le encantaba el movimiento pecaminoso de aquel supuesto Luna Park limeño.

Aquella noche, el ambiente estaba caldeado y el baile no le iba a la zaga, cuando emergió la poderosa figura de Andrés. De una mesa vecina a la que ocupaba Rigoletto, resonó un vozarrón conocido. Era Andrés, congestionado y tartamudeante.

—Pedro, Pedro, ven a tomar una copa conmigo.

Pedro comprendió que se avecinaba un escándalo público si no sacaba a su amigo de allí.

Rápidamente dijo:

—Vámonos de este lugar.

Alcanzaron la puerta de salida. Subieron a un automóvil y se dirigieron a Chorrillos. El aire fresco de la noche ayudaría a disipar los vapores alcohólicos y algunos otros de la cabeza de Andrés. Llegaron a la calle del Tren. El antiguo rancho de los Valle parecía deshabitado. Bajaron al Club Regatas.

Andrés jadeaba como burro cansado. Resoplaba y se encendía como impelido por extraña fuerza; como en trance. Pedro nunca lo había visto de esa guisa. Tratando de calmarlo, le habló en son de broma: —Lo que yo creo Andresito, es que necesitas una ayudadita de la “blanca” para que te tranquilices.

Andrés se lo quedó mirando de hito en hito:

—Yo quisiera saber si tú no estás abusando de lo que recomiendo, Pedro, don Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición. Me han dicho que andas jugando con fuego y que te van a quemar como una mariposa.

—¿Jugando yo, con quién?

—¿No te das cuenta? Dicen que “chaqué con ruedas” sabe que le pones cuernos con don Alfredo, tu sigiloso amigo nocturno; y que éste sabe que visitas al flaco Foción a mediodía; y don Augusto, el Presidente, ha sido informado por tu amiga-abuela, doña Manonga, de tu ayuda a conspirar con el alemán Fauppel contra su hijo Juanito y que...

—Para el coche, Andresito; ni que te hubieras tragado un fonógrafo.

Andrés se soltó bruscamente.

—¿Por qué no vamos a tu casa? Yo te acompaño y aprovecho para saludar a Anita.

—Ni lo pienses; ella está fuera. Además, le ha dado por sentirse salvadora de oprimidos.

—Está así conmigo, igual que con los amigos de Víctor Raúl. . . ¿en secreteos?

Acabaron subiendo al Studebaker de Andrés, quien lo conducía con velocidad de recordman y zigzags de borrachín. Se detuvieron en la casa de la “Boca de chapa”, un burdel conocido en la calle de Los Patos, en el que Andrés preguntó inútilmente por Eva. Pasaron a la nueva casa de ésta, en la calle de Los Siete Pecados, cerca de la Plaza de Toros. Pedro lo seguía como un faldero. Andrés entró donde Eva; y Pedro se entretuvo conversando en la calle con el guitarrista a quien llamaban “Chino” Gamarra y con el mandolinista Villalobos.

* * *

Si no se hubiera producido el laudo arbitral del Presidente Coolidge, en el asunto de Tacna y Arica, y la opinión pública se orientase hacia una aparente, pero generalizada campaña de unidad nacional, la suerte del régimen habría tenido otro desenlace.

Rigoletto, totalmente alelado, sintió que el momento era distinto a todos los demás ocurridos el año anterior. Además, el suceso le cogió en una hora patética para él: el “Cholo” Meza había muerto ejemplarmente, tal como había vivido. Una mañana del incipiente invierno, llegó a su casa, cerca de la Plazuela de Santa Catalina, donde había una pileta de vertida incansable. El “Cholo” trataba de imponer en esos días la moda de usar un zapato amarillo y otro negro y de ornamentar el ojal de su chaqueta no con una flor sino con una hoja de lechuga. Con los calores alcohólicos que llevaba adentro, no pudo resistir la fresca tentación de la pileta. Y ¡zas! se sumergió en ella. Siete días después falleció delirando, víctima de implacable neumonía.

Rigoletto asistió al sepelio y, contradicción encarnada, estuvo a punto de llorar en público. Lloró en silencio y a solas; y eso no lo alivió.

Por otro lado, el recuerdo del severo y gordo coronel Del Alcázar y del audaz y alegre teniente Barreda, fusilados en Cho-

ta, había perdido su atractivo insurreccional frente a un nuevo problema de tipo patriótico. Mientras tanto, Gonzalo se hallaba en plena actividad diplomática en Washington.

Pedro se encontró con Anita, quien le dijo:

—Dicen los amigos que juntemos esfuerzos.

—Hoy nadie escucha propuestas de revolución. Di a Víctor Raúl que se tranquilice. Existen numerosos grupos de oposición.

Anita observó:

—Andrés no acaba con sus aventuras. A ti te hace caso. No dejes que lo pierda.

Pedro agradeció el piropo y dijo:

—Anita, yo sé que Andrés no habla mucho. Andrés debe rectificarse por sí mismo. Lo importante ahora es la tarea de recuperar Tacna y Arica: ¡Nuestras Alsacia y Lorena! según declama el profesor Belaunde.

Esa noche, Pedro se encontró con el poeta Gálvez que salía de *El Comercio* y se dirigía al Club Nacional. Se estrecharon efusivamente las manos.

—¿Es verdad que usted, poeta, va a ir a Arica para ver cómo anda el plebiscito?

El poeta terminó invitando a Pedro al Club Nacional.

Gálvez le expuso su proyecto:

—Aunque usted no necesita academia, le ofrezco pedir al ministro de Relaciones Exteriores que lo nombre para Arica.

Rigoletto no respondió; quedó en silencio un rato, metidas las manos en los bolsillos. Gálvez continuó, meneando de cuando en cuando la suave barba grisácea:

—Es un deber de todos los peruanos ir a Arica. Tenemos que rescatar a Tacna. Si Piérola viviera no la hubiéramos perdido. Era la idea de Billinghamurst: reemplazó la guerra con la diplomacia.

La voz del poeta, grave y bien timbrada, seducía a Pedro; le hacía olvidar la confidencia de don Alfredo sobre el estado de

la disciplina en los cuarteles; los arrebatos de Foción para vencer a don Augusto de que no habría más reelección y que él, Foción, le garantizaría el tránsito; las vociferaciones de “Chaqué con ruedas” y, más aún, las intrigas del doctor Fernández: el Perú surgía con un nuevo personaje.

Paso a paso, según era lo habitual de las simpáticas charlas del poeta, cruzaron frente al desierto *Palais Concert*; eran las diez de la noche y se encaminaron a la Plaza San Martín. En dos bancas lo esperaba un grupo de universitarios y profesionales. Pedro se sentía nervioso. Con el ánimo de hacer algo fundamental. El poeta ocupó el centro del grupo. Partirían dos horas después para embarcarse en el “Rímac” con rumbo a Arica; el barco llevaba una imprenta completa para hacer propaganda a favor del Perú entre los futuros votantes plebiscitarios.

Rigoletto había permanecido silencioso.

Uno de los estudiantes murmuró al otro:

—Este es Rigoletto, un soplón; hay que sacarlo de aquí.

A propósito, levantando la voz, el poeta había dicho:

—Ugarriza, por favor, dígame, ¿qué piensa usted de la campaña y estado de “Las Cautivas”?

Pedro, sin titubear, replicó:

—Hay muchos farsantes.

El poeta volvió a tomar la palabra:

—Es una buena respuesta. Si tiene tiempo, le ofrezco un puesto en el “Rímac”.

Pedro tampoco vaciló:

—No tendría nada que hacer allí; no sirvo para eso. Le aseguro que lo ayudaré de otro modo y cuando usted lo ordene.

La Plaza San Martín tenía al frente al Hotel Bolívar, de cuatro pisos, inaugurado meses atrás. Era una Plaza absolutamente parisiense; quienes la planearon tuvieron en mente la de La Concorde y la de la Vendome. Los edificios de cuatro pisos, mu-

ros color piedra, desvanes color pizarra, rodeaban a San Martín y un conjunto de asientos de mármol.

La estatua gigantesca había sido ideada por el escultor catalán Benlliure. El alumbrado era directo; a cada lado, sendos portales imitando los de la plaza parisiense de Les Vosges, creada por Catalina de Médicis.

—Gracias, poeta. Me di cuenta de su intervención.

—No fue otra, no tuve otro propósito que quitarle a usted enemigos y evitar un lío torpe. Usted puede hacer mucho para evitar rencillas internas.

Nunca se lo había dicho. Rigoletto había seguido eso instintivamente. En realidad, producía poco pero escuchaba como nadie. No pedía consejo pero asimilaba todas las opiniones. Las palabras del poeta le habían despertado el recuerdo de sus infantiles escapadas de su casa para oír los discursos de Piérola. No se había dado cuenta del verbo relampagueante, pero el tono gangoso de Piérola había sido decisivo para él. Por eso se resistía, ya adolescente, a los razonamientos domésticos de Gonzalò.

Una de esas noches tibias de Lima, Rigoletto se cruzó con don Alfredo en la Plaza San Martín. Grupos de paseantes iban y venían por las escalinatas, en pos de las bancas de mármol grisáceo.

Como de costumbre, don Alfredo, con sombrero y abrigo, parecía un emboscado. Vio a Rigoletto y se le acercó pausadamente. Don Alfredo esbozó una sonrisa tardía, clandestina y tendió la mano subrepticamente, mano fuerte y pulida, a Rigoletto. Al frente brillaban las luces de la terraza del Club Nacional, que había abierto ampliamente su nuevo local de la calle Belén.

—¿Por qué no vamos al Club? interrogó de sopetón a Pedro. Los ojos de don Alfredo chispearon de malicia:

—Lo invito, don Pedro, a tomar una copa en mi Club.

Rigoletto, con tono herido dijo:

—Yo no soy civilista.

Don Alfredo respondió:

—Yo soy de la cepa de los Leguía, pero soy socio del Club Nacional. Vamos, lo invito.

Cruzaron la calzada y penetraron en el iluminado, blanco y vasto vestíbulo del Club. Un portero de uniforme albo, llamó al ascensor.

—Preferimos subir por la escalinata —atajó don Alfredo, y empezó a ascender lentamente los treinta peldaños de mármol que conducían al gran hall del segundo piso.

Rigoletto miraba en torno suyo. Distinguió a Foción, alto y azambado; al bajito Gallagher; al diplomático Carlos, su amigo del alma; al famoso abogado don Manuel.

—Todos somos aquí, o solteros o viudos. Los casados se quedan en casa; aquí no vienen nunca mujeres.

Don Alfredo sonreía mefistofélicamente.

—¿Usted es también un soltero?

—No, yo soy un misógino. Yo odio a las mujeres, menos a mi madre.

Al Club no iban las mujeres, excēpto para los grandes bailes, pero acompañadas de los socios.

—Qué felicidad poder estar sin esas locas —exclamó impetuosamente Rigoletto.

—¿Misógino, Pedro?

—No sé qué es eso, pero si significa que me cargan las mujeres, entonces acierta.

Don Alfredo sonreía levemente. Foción, desde lejos, lo saludó:

—Qué de bueno lo trae por aquí. Hoy es día de todos los diablos. Venga, venga, le ofrezco un whisky. Mozo, sírvame tres highballs.

Reinaba un ambiente de visible solidaridad.

—La patria nos une, Ugarriza: el general Pershing ha decla-

rado en Arica que el plebiscito es impracticable, por la culpa de Chile: ¡Qué bueno para el Perú!

—El triunfo es de Manuel de Freyre Santander; el delegado peruano merece ser Presidente.

Rigoletto pegó un salto y miró a don Alfredo que dijo:

—Ese es un hombre importante.

Daban las once en el reloj del Convento de Jesús María cuando Rigoletto se despidió de don Alfredo; alzó un brazo acudió un auto que timoneaba el consabido “cajón de muerto”.

—A Palacio, rápido. Se detuvo en la Puerta de Honor; llamó con el puño. Se abrió una mirilla.

—Soy don Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición; anúncieme al ministro de Gobierno o al secretario privado del Presidente.

—Es muy tarde.

—Anúncieme, ¿quiere usted?

El oficial escudriñó largamente a Rigoletto. Y al fin se abrió la puerta.

—¿Lo espero don Pedro? —preguntó el chofer.

—Sí, saldré en veinte minutos; no, que sean treinta.

Rigoletto subió rápidamente la gradería. Lo primero que dijo al encontrar al Secretario Privado fue muy breve:

—¿Conocen aquí a don Manuel de Freyre Santander?

Rigoletto fue conducido por un oficial, su amigo el capitán Toledo, hasta una habitación amplia, cuajada de luces, donde se halló de pronto, atónito y deslumbrado. No esperaba ni buscaba ese destino. Desde un sillón de amplio y bordado respaldo, lo miraba un hombrecito de corta estatura, canoso, bien aliñado el cabello, de palpitantes ojos de lince. El oficial se volvió a su oficina, al par que le indicaba una silla.

Rigoletto sintió que lo asaltaban veinte ojos; dos de ellos, los del aviador de la familia; duros, penetrantes, molestos. Recibió de pie a su amigo.

—Una taza de té, don Pedro.

Pedro aceptó cortésmente.

Luego, el Presidente le preguntó:

—¿Querría decirnos cómo ve usted las cosas? Sé que usted es un observador muy perspicaz de los hechos políticos.

El aviador cortó:

—Se trata de que usted adivine el porvenir, como Madame Thèves.

Pedro se sintió helado y pesado. No obstante, sacando fuerza de flaqueza, empezó a decir...

CAPÍTULO XIX

RUIDO DE SABLES

Rigoletto llegó temprano a la casa en que se alojaba Gonzalo. Era un segundo piso de un viejo caserón, en la tradicional calle de Nápoles, perteneciente al padrastro de Gonzalo. Este invitó a Pedro a subir la larga y crujiente escalera.

Pedro llegó jadeante al rellano final donde el pequeño y erguido maestro le invitó:

—Tome asiento, amigo de Ugarriza; Gonzalo saldrá enseguida. La conversación entre el maestro y Pedro fue amena hasta que apareció Gonzalo, recio y oliendo a agua de colonia; abrazó a Pedro.

Sin detenerse, hablaron cerca de dos horas. Gonzalo había encontrado en París a Andrés y a Anita. Habían estado almorzando en el “Weber”, situado en el Boulevard de los Italianos, cerca del Grand Hotel donde se alojaba Gonzalo.

Gonzalo estaba ocupado en extraer unos *escargots* de su caparazón.

—¿*Escargots*? ¿Qué es eso?

—Caracoles.

—¡Qué cochino! —comentó Rigoletto, con gesto de asco.

Un grito femenino: “Gonzalo”, había sacado al diplomático de su tarea culinaria: era Anita.

Andrés, obstinado, consumía una botella de *beaujolais*. Se levantó algo vacilante; alto, grueso, rojo, y abrazó a Gonzalo. Se hizo un día completo: *Follies Bergère*, *Cyros*. Andrés terminó agitado; Anita muy nerviosa. Al día siguiente se vieron en un hotel cerca de los *Champs Elysées*, que parecía un alojamiento para aristócratas civilistas. Un grupo de éstos rodeaba a un joven militar peruano, oscuro, altanero y feo. Lo llamaban "El cuchillo", y prometía tragarse vivo a Leguía.

Rigoletto, que había estado escuchando el relato de Gonzalo en quietud y silencio, pegó un salto y atajó, casi violentamente:

—¿Un militar peruano en París, y con los civilistas?

—No, era un desterrado; era un sicario; lo llamaban "El cuchillo". Otros desterrados llamábanlo "El Mocho". Estoy seguro que es del norte. Me parece que Luis Pardo y Barreda, hermano de don José y de Felipe Barreda y Laos, y José Carlos Bernal, lo cultivan, no sé para qué. Les oí decir que "El Mocho" había visto en Roma al doctor José de la Riva Agüero. Estuve en la recepción que le dieron a Víctor Raúl en París. Víctor Raúl, como sabes, es muy amigo de Andrés y de Anita. Había también otra persona.

—¿Recuerdas su nombre?

—No, no lo recuerdo bien, pero era de Chorrillos.

—¿De Chorrillos? Ese músico buenmocito, Alfonso de Silva. ¿Siempre tan guapo? —interrogó Rigoletto.

—Siempre estaba en el *Café de la Paix*; su mujer cantaba tangos en el Plaza Athenee; como tú sabes, el local más lujoso de París. Víctor llegaba de Londres, siempre entusiasta.

—Y, antileguísta.

—Supongo que sí. Hablamos de todo menos de política.

—¿Te acuerdas del nombre de aquel militar que decías?

—Era un mayor del ejército; su primer nombre es Luis pero no recuerdo el apellido.

Pedro escuchaba como un potro encabritado, listo a partir. Pero Gonzalo propuso ir de visita donde Andrés y Anita. Los en-

contraron a punto de salir. Andrés estaba visiblemente demacrado. No fue un encuentro apacible. Este no podía ocultar su nerviosidad; Anita parecía también inquieta.

—Voy donde el médico; me espera.

—¿Te sientes mal? —le preguntó Gonzalo.

—Algo así. Es una enfermedad nerviosa. Tú conoces al doctor Caravedo.

Pedro pretextó un menester urgente y se despidió.

En el Ministerio de Guerra se encontraba don Alfredo platicando con varios oficiales superiores. El ayudante, un capitán, pasó ligeramente una tarjeta con el nombre de Pedro. Don Alfredo, que en ese momento era ministro, tardó poco en recibirlo.

Rigoletto le refirió lo que le había contado Gonzalo sobre el París de los desterrados civilistas.

—Ese oficial a quien llaman “El cuchillo” es un mayor del ejército, nacido en Piura, el 4 de febrero de 1894; un tiro le voló un dedo, por eso lo llaman “El mocho”. Estuvo preso en la isla de Taquile. El Presidente, accediendo a un pedido de Foción, lo mandó a Europa con una beca. Parece que no le han sido favorables los aires europeos y sigue como antes.

Pedro observó entre los oficiales superiores a un señor bastante calvo, pero con las sienas rubicundas, ojos azules y fríos. Debe ser —pensó— el general alemán Wilhelm Fauppel, que ha venido de la Argentina y de Bolivia para “meter en breque” a los oficialitos levantiscos, entre ellos, a Juan, el “volador”.

Rigoletto recordó que tenía algo que hacer en ese sentido.

Don Alfredo lo despidió diciendo:

—Ahora, abra bien los ojos, don Pedro; tengo la sensación de que está pasando algo raro. ¿Por qué no me ayuda a enterarme?

El caso parecía de algún riesgo. Habían algunos oficiales descontentos con la política de Palacio. Los de Aeronáutica habían decidido exaltar a Juan, el “volador”. Todos los datos concordaban con ello.

En las altas esferas del Gobierno se había desatado una guerra secreta. Don Alfredo culpaba a Foción de ciertos manejos con oficiales revoltosos, entre ellos con el inquieto "cuchillo", de París. Foción retrucaba acusando a don Alfredo de alentar a los levantiscos de la Aviación en contra del general teutón.

Doña Manonga de Osambela había anunciado: "Preparan un motín raro: con té, pasteles, champaña y discursos".

Pedro lo confirmó; habría un té, con pasteles, champaña y muchos discursos en homenaje a Juan "el volador", en el *Palais Concert*.

CAPÍTULO XX

LAS FUENTES DE GRANADA

Promediaba el mes de julio. Sobre el morisco patio del Palacio de Torre Tagle, cerníase un levísimo cerco de niebla. Doña Manonga de Osambela, que había ido en busca de noticias, discurría muy arrebujaada en su manta de vapor ante un grupo de empleados de la Cancillería.

—No sé por qué se me han venido a las mientes unos versos de Francisco Villaespesa: feísimo poeta andaluz que nos visitara hace unos buenos cinco años. Yo asistí al estreno de *El Alcázar de las Perlas*, en el Teatro Princesa de Madrid, hace más de veinte años. El escenario era granadino; el actor recitaba en un patio semejante a éste:

“Las fuentes de Granada...

¿Habéis sentido

en las noches de estrellas perfumadas

algo más doloroso que su triste gemido?”.

Estas fuentes de Torre Tagle no gimen, ni dicen pío, ni están bajo una noche perfumada de estrellas. Aquí estamos ahora perfumados de malos presagios.

—¿Por qué malos, doña Manonguita?

—¿Le parece poco lo que se viene?

Y bajando la voz susurró:

—Primero, el disparate de la segunda reelección del Presidente; parece haber perdido el sentido político que lo distingue. Segundo, ese “crack” de la bolsa de Nueva York, que nos dejó sin posibilidad de créditos. Tercero, el regreso del hijo Juan “el volador”. Cuarto, el complot de la Catedral y la complicidad de militares amigos. Quinto, la violencia bolchevique de pasar frente a Palacio con bandera roja y cantando ese adefesio de *La Internacional*. Sexto, el descaró de los gringos de la Universidad de Yale. Séptimo, el regreso, con gloria y honor, de ese zambito piurano a quien sus parientes llaman “el cuchillo”, y sus coqueteos con Foción. Octavo, los problemas del estudiante Víctor Raúl y eso que llaman el APRA. Noveno...

—Doña Manonga, el ministro la llama; quiere hablar con usted.

Doña Manonga de Osambela interrumpió su aciaga letanía y se dirigió a los altos; allí estaba Rigoletto conversando con el Oficial Mayor, don César Elguera.

—¿También has venido por noticias?

—No, señora Manonga; yo vengo a contribuir desinteresadamente.

—A contribuir, ¿con qué?

—Ese no es asunto suyo, con perdón, señora Manonguita.

El Oficial Mayor continuó conversando con Pedro; parecía muy preocupado.

—Esta tarde hay una función en el Teatro Excélsior; pasarán una película sobre la Marsellesa. El Presidente le ha prometido al ministro de Francia asistir a la función.

Rigoletto no se pudo contener:

—Es una imprudencia. Voy a Palacio a ver a don Alfredo; él, sólo él, puede disuadir al Presidente de que no asista a una sala a oscuras. ¡Qué imprudencia!

En Palacio reinaba una solemne calma de invierno. Era difícil encontrar a quienes se buscaba. Por fin, Pedro logró comu-

nicarse con don Alfredo en el Ministerio de Guerra; él también estaba alarmado.

—Su reelección ha cogido de sorpresa a muchos personajes influyentes. Foción está tratando con guante muy estilizado el nombramiento de ese mayor, ahora comandante piurano que estaba en París, como jefe de un Regimiento de Artillería en Arequipa, comentó don Alfredo.

Pedro, nervioso, objetó con vehemencia aquellas noticias. Para él, todos andaban interesados en desarticular el Gobierno. La reelección había sido el punto culminante de una maniobra contra el Presidente.

—Supongo que el doctor Fernández habrá tomado precauciones para lo de esta tarde.

Llamaron al doctor Fernández, más polveado que amanerado; más mefistofélico que nunca. Este argüía que había enviado cincuenta agentes secretos al teatro, de mil plazas, que estaría a oscuras.

—Ese hombre está loco, gritó Rigoletto, o está de acuerdo con los enemigos. ¿Habrá pensado en los reflectores?

Don Alfredo observaba atónito las reacciones de Pedro. Nunca lo había visto ni oído de tal suerte. Parecía un jefe de operaciones, retando a sus subordinados.

El doctor Fernández, confundido, dirigiéndose a don Alfredo, aseguró:

—Voy a dictar nuevas órdenes, señor ministro. Esté usted tranquilo; todo saldrá bien.

A las ocho de la noche, la calle de Baquíjano era un inmenso laberinto. El Presidente llegó al Teatro Excelsior antecedido y acompañado por el Regimiento Escolta, es decir, por sus coraceros de a caballo. Entró a la sala en medio de una tibia ovación. Tomó asiento en el primer palco de la derecha. Comenzó a rodar el filme. Era una historia de la Revolución Francesa, dirigida por Abel Gance, padre de la revolución cinematográfica. Se

escucharon gritos en la oscuridad de la sala: ¡Viva la revolución, ¡Viva Francia!, ¡Viva la libertad!

Pero cuando apareció en la pantalla el teniente Rouget de Lisle cantando "La Marsellesa", gran parte del público, a garganta herida, atacó los sonos de la inmortal canción: "Allons enfants de la patrie, le jour de glorie est arrive"...

Las voces fueron haciéndose más calurosas; era una explosión premeditada. Para acallarlos se mandó encender las luces. El público seguía mirando hacia el palco del Presidente gritando: ¡Abajo la tiranía! Se hizo de nuevo la sombra. El Presidente abandonó la sala. Afuera lo esperaban su limusina y el Escuadrón de Escolta. También había grupos de protesta. El auto de Leguía partió rápidamente hacia la Plaza de Armas. Los caballos, encabritados a causa de los gritos y ademanes de la turba, resbalaban sus cascos sobre el asfalto del pavimento húmedo.

Pedro vio alejarse al Presidente desde la puerta interior de la pequeña cantina del teatro; la cantina era manejada por un cholo ancashino, enamorado e inquieto, apellidado Paredes; blanco, de nariz porosa, sonrisa amable, cabellos peinados con raya al costado; usaba una corbata fofa, de lazo, anudada en voluntario desgaire, tal cual Marcelo, el protagonista de *La Bohème*.

Con fino sentido de las circunstancias, Paredes, que era admirador de los intelectuales que acudían a su tenducho en busca de alcohólica asistencia, tocó el brazo de Pedro, diciéndole:

—La puerta de la calle está cerrada; entre, ya voy a cerrar la puerta que da al teatro.

Pedro siguió a Paredes.

—¿Quiere una copita de pisco con naranja?

—Prefiero una Pilsen Callao.

Paredes, solícito, le ofreció una butifarra de jamón del país y un vaso de cerveza.

—Descanse, don Pedro, hasta que terminen los líos de la calle. Afuera se percibían gritos, hasta galope de caballos.

Hablando consigo mismo, Rigoletto repitió dos veces: No me equivoqué. ¡Qué vaina! No me equivoqué.

Más tarde, recuperada ya la tranquilidad de la calle, Pedro se dirigió a la casa de Andrés. Lo recibió Anita.

—Siéntate, Pedro; Andrés no ha vuelto todavía. Yo iba a comer; acompáñame y lo esperamos juntos.

Pedro casi no tenía apetito. Tomó un poco de sopa y picoteó una suprema de pollo. Tenía necesidad física de comunicarse, no dejar de hablar.

Anita lo escuchaba bebiendo vino. ¡Qué diferente era este Pedro al de Chorrillos y al Rigoletto del *Palais Concert*. La vida lo había moderado. Estaba tenso, pálido, y movía la mandíbula como si estuviera triturando un hueso.

—Perdón, Pedro, ¿qué edad tienes?

—Treinticuatro años, Anita; un montón de años y no he hecho nada.

—¿Por qué no tienes más amigos? ¿Por qué no lees libros? ¿Por qué andas como escondiéndote?

Rigoletto bebió de un sorbo el poco de vino de su vaso y permaneció anhelante.

—Nunca se lo he dicho a nadie; yo no tengo amigos a pesar de que trato a mucha gente. Todos vienen a pedir algo excesivo y yo les hago pagar con creces sus pedidos. No con dinero, sino de otras maneras. Son serviles Anita; ninguno es sincero. A veces no me conformo leyendo revistas. No creó en nadie. Todos tienen su precio puesto en la cara; basta con mirarlos para saber lo que piden. De veras, Anita, yo confiaba en el Presidente. Me gustaba porque detestaba a la misma gente que yo desprecio; pero lo han emborrachado de poder; su reelección es un error tremendo. A los seis meses de eso, el pueblo lo pifia y sus amigos conspiran para asesinarlo. Me da pena y no puedo remediarlo. Siento tener que despedirme; tengo que ir a Palacio; mi carro espera. Anita, mil gracias por tu hospitalidad. Dile a Andrés que volveré a verlo muy pronto. Adiós.

A la salida de la casa de Anita, Pedro divisó a dos hombres vigorosos bajando de un auto estacionado al frente. Pedro se dirigió a su coche, pero fue interceptado por ellos. Ni siquiera preguntó qué querían.

Uno le mostró la tarjeta. Pedro le miró la cara.

—Ah, eres tú, Teófilo Donayre. Debes acordarte de mí porque te recomendé a don Alfredo; creo que para que te nombra-
ran. El agente, aturdido, sólo atinó a decir:

—Tenemos órdenes de que nos acompañe a la Dirección.

En la Dirección lo esperaba el sinuoso, oscuro e insufrible doctor Fernández.

—El motín de hoy se ha organizado en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Estamos investigando a los que han estado en Torre Tagle. Usted fue en la mañana, conversó con el Oficial Mayor y el doctor Porras. ¿Para qué?

—Porque me dio la gana. ¿Por qué no está aquí la señora Osambela?

—Usted estuvo conversando con todos ellos.

—Está usted muy informado, Fernández. ¿Por qué no está aquí Foción?

El doctor Fernández, visiblemente abochornado dijo:

—A todos los estamos interrogando. Es una formalidad que debo cumplir.

Pedro estaba inmovible, con los ojos muy alertas y temblándole la mandíbula inferior; enseguida, el rostro de costumbre: pálido, agachado e irguiéndose, como quien pelea, se lanzó en una inesperada alocución contra Fernández; como para liberarse de una vieja carga.

—Mire, Fernández, entre nosotros no caben trampas. Yo lo conozco a usted desde 1919, hace once años; usted pertenecía al leguismo radical, rojo, al grupo de "Germinal"; todos sus compañeros fueron desterrados o presos cuando la primera reelección de Leguía. Usted fue premiado con esta Dirección. Usted hizo

que el comunista Eudocio Rabines entrara al Perú con su rusa, para fundar la CGTP, y convencer al cojito Mariátegui de que se apartase de Haya de la Torre y se acercara a los bolcheviques. Usted ha estado en relación con los generales del escándalo de la Catedral, y no los ha detenido. Usted, sabía qué iba a pasar en el Excélsior y sólo envió cincuenta agentes al teatro. Todo esto debió decirlo a tiempo, pero no lo aprovechó. Y, ahora, me viene a investigar a mí, a mí que sé que usted facilitó el retorno del mayor piurano, que anda ya en enredos en Arequipa. Se necesita ser muy fresco, muy conchudo. Vamos pues, Fernández; hagamos cuentas y, mientras tanto, me largo de aquí.

Tiró un portazo. Fernández se pasó la mano por la frente y siguió sentado en su silla de autoridad.

CAPÍTULO XXI

EL OMINOSO SILENCIO

Lo despertó una voz alta e insistente:

—Pedro, despierta; son las once, hay líos; despierta.

Abrió los ojos cargados de sueño; miró en torno a Elías; el “negro” Elías Bentín, su amigo y huésped, le daba palmadas. Sí, cansado y lleno de presagios malos; en la madrugada había llamado a Valle. Empezó a recordar. La Marina le había rendido honores presidenciales al derrocado Leguía, acompañado solamente por Juan “el volador” y el edecán naval Cabada. Rápidamente, el Presidente se había embarcado en el crucero “Grau”; era un desastre.

Elías dijo:

—El barco ha zarpado rumbo a Panamá —y agregó: —Escucha, Pedro; hay turbas en la calle destruyendo las propiedades de los gobiernistas. La casa del director de Salubridad, Lorente, ha sido desmantelada hasta sus cimientos; la de “chaqué con ruedas”, frente a Torre Tagle, está saqueada; ahora han empezado a saquear la casa del Presidente.

—Está a dos cuadras de aquí.

—Sí, desde la puerta de la casa se ve la humareda y el saqueo.

Pedro ya estaba vestido. Apuró la taza de café, se atragantó con un pan con chicharrón y propuso:

—Elías, préstame un par de anteojos; voy a la calle a mirar; no me reconocerán sin mi sarita y con anteojos. Yo sólo soy popular en el jirón de la Unión.

Pedro cruzó el patio de entrada que daba a la calle del Pacae, entre el Rolls-Royce de Ricardo, el Ford de servicio, el Chandler de otro de los hermanos y el Cadillac de la familia. Se divisaba con nitidez, el asalto, a trescientos metros, en la calle de Pando.

—Esta vez no hay quien defienda la casa. Bueno, pero el negro Arzola ha muerto a balazos defendiendo el departamento del hijo mayor de Leguía, en el Pasaje García Calderón. El negro Arzola...

Pedro recordó que el negro Arzola, había asesinado veinte años atrás, a un prestamista español en la calle de Arzobispo; en la cárcel tuvo una conducta ejemplar y el Presidente lo indultó al cumplirse el duodécimo año de su encierro; lo tomó como su guardaespaldas. Arzola cumplió, hasta el propio sacrificio, la tarea que le confió Leguía.

Grupos cargando muebles, cortinas, condecoraciones, libros, enseres, alfombras, pasaban por el Pacae. Pedro los veía sin mirar.

—Lo peor de ésto —murmuró Ricardo, que había salido al escuchar el tumulto— es que lo han dirigido amigos nuestros, catedráticos de la Universidad; la gente bien que obra mal.

Pedro se despidió de don Ricardo:

—Voy a buscar a doña Manonga de Osambela; ella debe tener alguna información. Pero debe ser difícil ubicarla.

Al fin solo, quería localizar a la ilustre murmuradora. Se hallaba asilada en el Refugio Canevaro para ancianos. ¡Doña Manonga de Osambela en un asilo de la Beneficencia! No había mejor signo de los tiempos. Rigoletto se encaminó al asilo. Doña Manonga lo interrogó como no lo había hecho nadie, ni siquiera el doctor Fernández.

—Han encontrado las planillas de pago del Ministerio de Gobierno.

Pedro pegó un salto:

—Que las publiquen. A mí no me importa. Yo nunca recibí un centavo de ese Ministerio. Por eso mi canto es el de la Zarzuela “Los tres gorriones”:

“Nosotros somos los tres gorriones
sólo sabemos cantar canciones
no tengo padre, no tengo madre,
pero bendigo mi libertad”.

—Nunca he necesitado de mis amigos; ellos a mí, sí.

Pedro se alejó; anduvo un poco y en una esquina se encontró con Anita.

—Anita, yo nací como gorrión; libre.

—No sabía que cantarás.

—Sólo un poco; grazno, no canto canciones. Y vuelvo a repetir: “No tengo padre, ni tengo madre; no tengo a nadie, pero bendigo mi libertad”.

Los días siguientes fueron tensos, tumultuosos, violentos. Naturalmente, Pedro no salía, contando con los excesos que se podían cometer. Sin embargo, al cabo de una semana, se atrevió a llegar al *Palais Concert*. La confitería estaba desierta. El cajero no tenían ningún mensaje para él, pero Gamarra, cojeando, le informó lacónico:

—Creo que vamos a liquidar. La clientela ha desaparecido y los deudores han volado. Tenemos sólo acreedores. Nosotros proveíamos sus cuentas trimestralmente a mucha gente de alto copete. Se han desbandado y están en embajadas. ¿No lo han “embajado” a usted, don Pedro?

—Tengo sólo mi mortaja como prenda que dar en garantía.

—¿Usted no ha economizado?

—¿Economizar qué?

—El oro, el whisky, un poco de cocaína; algo.

“Cajón de muerto” salió de no se sabe dónde y se acercó a Pedro:

—Están organizando una manifestación comunista en la Plaza San Martín. Si quiere, lo dejo donde usted me diga.

Pedro señaló perentoriamente:

—Llévame a la casa del padrastro de Gonzalo; aquí cerca; me ha llamado por teléfono.

Pedro hizo sonar el timbre de la modesta puerta de los altos de la calle de Nápoles. Le abrió un negrito coquetón, de ojos pintados, con mil arrumacos. Acompañó a Pedro hasta los altos de la escalera. Lo hizo sentar en el recibidor y fue a comunicarle al profesor, el padre político de Gonzalo.

Este salió; pequeño, algo lento, tal vez más rollizo, con los bigotes blancos y los ojos vivarachos y veloces.

—Gonzalo me ha escrito desde Londres y me ha pedido que le entregue esta carta personalmente. Está inquieto por usted. Ha conversado en Londres con ese joven Víctor Raúl, amigo de ustedes, que nos causó tanto revuelo en la Universidad de San Marcos. Parece que quiere volver pero no se lo permiten. Pien- sa ser Presidente de la República. El profesor conversó un rato con su visitante:

—Gonzalo piensa casarse. Está muy bien y extraña a su madre, de la que es único hijo; quizá viaje el próximo año.

Pedro se hizo conducir a la casa de Andrés. Este dormía una larga siesta. Anita recibió las noticias de Víctor Raúl con entusiasmo.

—Yo siempre dije que Víctor tenía encanto. Sí, lo tiene, y mucho talento; es un gran político, es divertido y sabe hablar. qué bien Pedro, estoy segura de que Andrés se va a alegrar de veras.

Caía la noche, algo impalpable envolviendo a Miraflores como un guante aterciopelado.

En los tres meses siguientes se produjo un cambio gubernativo. Los militares más radicales fueron sustituidos por una Junta de Gobierno derechista. Aparentemente, debían ser más sere-

nos. Rigoletto vio producirse el cambio sin entusiasmo, casi con desánimo. Sin embargo, la víspera de Pascua, el cartero dejó en la casa de Andrés sendas tarjetas pascuales para él y para Anita, firmadas por Víctor Raúl, en las que les anunciaba que próximamente llegaría a Lima. En una postdata decía a Anita: "Gonzalo y yo hemos recordado al célebre don Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición; si lo ves, por favor hazle presente nuestro recuerdo".

Pedro no comentó. Anita le increpó amablemente:

—Tengo la sensación querido Rigoletto, que usted ha perdido el oído.

Pedro ironizó:

—Es un gran honor recibir saludos del candidato a la Presidencia.

—No se burle, Pedro. Víctor Raúl puede serlo, y sería un honor para el Perú.

Andrés hizo una mueca. Pero no comentó.

A fines de febrero recibió noticias de varias conspiraciones. Eran tantas que Rigoletto prefirió no tomarlas en cuenta. Salía muy poco. El primero de marzo la Junta de Gobierno que presidía el ya entonces general piurano, transfirió el poder a una Junta de Notables; ésta, al encargado del Arzobispado; éste, al Presidente de la Corte Suprema que, a los dos días, traspasó al comandante Jiménez y, tres días después, al señor Samanez, caudillo del alzamiento del sur. La gente respiraba recuperadamente.

Pedro se atrevió a salir de noche y a dar una vuelta por la Plaza San Martín; era una noche cálida pero aireada. En el mismo banco de tiempos atrás, rodeando al poeta Gálvez —ya miembro de la Junta de Gobierno—, canoso, austero, un grupo de periodistas, profesores, estudiantes y algún obrero como Fausto Posada.

Rigoletto fue recibido con visible afecto. Raúl, el diplomático Raúl, chiquito, gordo, rubicundo y agresivo, tuvo una broma cruel:

—Ilustre Rigoletto, os halláis ante el Tribunal de Sanción que investigó vuestras riquezas, apropiaciones ilícitas y contubernios pecaminosos; tendréis que responder a este alto cuerpo.

Gálvez terció bondadosamente:

—Si necesita usted fiadores y valederos, aquí estamos todos para servirlo.

Pedro, entre veras y bromas, se limitó a decir;

—Impugno al fiscal Raúl y acato la autoridad del poeta que ve la verdad. No tengo un cobre, no lo he tenido jamás para ser investigado y, en cuanto a responsabilidad moral y penal, tenéis ante vosotros a un hombre que no pudo entrar a la universidad porque no tenía cómo hacerlo. No pertenezco a la escuela de sabios a la que vosotros pertenecéis. Vengo a aprobar, si me lo permite el sabio Raúl.

Desde aquel concierto de discursos, Pedro fue admitido a plenitud por el grupo nocturno de la Plaza San Martín. Una de esas noches, el obrero Posada anunció sigilosamente:

—Tengo carta de Víctor Raúl; se embarcará hacia Nueva York el mes entrante y de allí, vendrá a Lima.

—¿Y para qué viene ese señor?, interrogó cortantemente Jorge, un concurrente de ojos afiebrados y mentón pequeño.

El poeta Gálvez terció:

—Hombre, para tratar de ser Presidente; tiene derecho a ello.

Pedro agregó:

—Por lo menos tiene un título: hace ocho años que lo largaron de aquí y se ha ganado un nombre con su propio esfuerzo.

Raúl volvió a ironizar:

—No sabía, señor Rigoletto, que fuera tan buen amigo, aunque discrepo de vuestras opiniones.

El grupo continuó reuniéndose en la Plaza San Martín todas las noches. Pedro asistía de vez en cuando. En tales oportunidades, se quedaba a dormir donde su amigo Elías, a pocos pasos de la Plaza.

El ambiente de esa residencia estimulaba su optimismo. Se le brindaba hospitalidad sin reprochársele. Conversaban con desembarazo y alegría. Nunca faltaba, al acostarse, un trozo de pollo ni un whisky; y, al levantarse, un desayuno confortante y conversado. La vida ofrece compensaciones. Sin embargo, mientras los trajes se envejecían, la piel se hacía más lozana.

El *Palais Concert* había cerrado sus puertas. En el Hotel Maury, el gordo Visconti extendía rápidamente su imperio hecho de spaghettis, sancochados y pisco sour. El Bar Morris había cerrado también sus puertas. Se había abierto un nuevo café en la Plaza de La Merced, el Lyon's, a cargo de un brasilero, León de Monzarz, hombre activísimo.

Rigoletto, restringido en sus actividades, seguía urdiendo tramas, elaborando silencios y creando fantasmas. Había que esperar el retorno de los resultados de la violencia.

CAPÍTULO XXII

LA INEVITABLE THANATOS

Ese día, el 15 de agosto, en que el entusiasta amigo Víctor Raúl regresó a Lima en gloria y majestad, rodeado por una muchedumbre inesperada y entusiasta, Pedro sintió como propia aquella juvenil algarabía. El amigo estudiante, proveniente del viejo Chorrillos, volvía con las alforjas llenas de sueños, promesas y esperanzas.

Por primera vez, la Plaza San Martín retumbaba de gente, de aplausos, de hurras, de alegría.

Desde el mismo rincón, sobre la Plaza de Armas, donde platicara aquella noche con el poeta Gálvez y otra gente, Rigoletto miraba los numerosos balcones circundantes. En uno de ellos le pareció distinguir a uno de los jóvenes de aquella noche, flameando su pañuelo blanco, como todos los participantes. Pedro lo imaginó emocionado y ferviente. Víctor Raúl pronunciaría un discurso insólito, en medio de un bosque de banderas.

Un hombre maduro, acicalado caballero, dijo con ironía:

—Así son los desfiles en Nuremberg. Este es un nuevo Hitler.

Rigoletto, con disimulo, apoyó firmemente el tacón de su zapato sobre los dedos del maldiciente. Este, no pudiéndose contener, exclamó: ¡Ay!

Rigoletto completó el grito: ¡Heil Hitler! y se alejó abanicándose con su sarita.

Andrés y Anita ubicaron a Pedro en el Jirón de la Unión.

—Gonzalo ha venido en el barco siguiente al de Víctor Raúl. Nos convoca a reunirnos contigo en la casa que habita en la calle de San José; la misma casa en que residiera Bolívar en 1823.

Víctor Raúl los recibió jovialmente; tenía los dientes tumultuosos como ayer y el mentón largo. Besó a Anita con fraternal amor, palmeó los hombros de Gonzalo y, cuando llegó a Rigoletto, abrió los brazos diciendo:

—Parece que fue ayer; no has cambiado nada.

A la mañana siguiente, el general piurano, “el cuchillo” de los oligarcas desterrados en París, llegó amenazando a la gente de Víctor Raúl.

Pedro había reanudado su bohemia limeña. Sus centros eran el Maury y el Zoológico. A veces asistía al Portal de Botoneros, donde funcionaba un cine permanente, en la confitería Marrón, manejada por los hermanos Grellaud. Le gustaban los helados que allí servían y las películas. Se divertía viéndolas. Chaplín imponía su moda: gestos, bigotillo, zapatos largos, tongo y un gesto displicente y triste.

Rigoletto se volvió un parroquiano de las galerías del Congreso Constituyente. Hasta que se supo que el encarcelado Presidente Leguía se hallaba casi agonizante. Para Rigoletto aquella noticia resultaba muy triste. Muchos de sus amigos —Ismael, Manongo, Gonzalo— festejaban el martirio del Presidente. Pedro les increpó su crueldad.

—Yo soy católico y no puedo alegrarme del mal ajeno. Sé que sufre de prostatitis y que está muy mal atendido; el Presidente requirió una sonda y no se la dieron; felizmente llegó su hijo Juan, quien se la tuvo que poner.

Pedro no se pudo refrenar. Entre los amigos que lo escuchaban y a quienes compadeció por el odio que llevaban auestas, estaban dos poderosos y sensibles amigos del general “cuchillo”. Pedro no titubeó un instante en decir:

—El odio político es una cosa, pero la piedad cristiana otra muy diferente, que se opone a todos los odios.

Pese a tal charla de catequesis cristiana, no pudo conseguir nada de Ismael, el arrocero del norte; de Manongo, el industrial, que al menos fue más cortés y se excusó lo mejor que pudo. Nadie quería arriesgar nada por el Presidente Leguía. Pedro acudió entonces a los frailes franciscanos, amigos de Piérola. Ellos le brindaron, de inmediato, su pierolera ayuda.

Empezaba febrero; el sol de aquél estío quemaba como una plancha de acero. Se hallaba en su modesta habitación de la calle de Lártiga con la Plazuela del Teatro, cuando un antiguo mozo del *Palais Concert* llegó a tocar su puerta.

—Don Pedro, don Pedrito. El Presidente murió hoy. Lo enterrarán mañana en el Callao, en el Cementerio de Baquíjano. Han prohibido el tránsito de buses, colectivos, taxis, autos particulares y tranvías. Hay patrullas con fusil en mano en los alrededores del Cementerio.

Pedro saltó, desolado; se decidió:

—Busca a Juanito y a Félix.

Le ofrecieron, con gusto, conducirlo en su auto hasta donde se lo permitieran los guardias. Lo detuvieron en Chacra Colorada. Pedro se apeó del auto. Se quitó el saco, se aflojó la corbata y echó a andar hacia Bellavista. Caminó, caminó y caminó los ocho kilómetros que le restaban. Caminó durante tres horas.

Por la carretera se extendía una hilera interminable de amigos, admiradores, secuaces y curiosos. El cementerio estaba repleto de guardias, hombres, mujeres y viejas. El ataúd parecía el de un infeliz infante de menos de doce kilos. Pedro se arrodilló trémulo; se persignó ante la tumba; le temblaban las mejillas, los ojos secos miraban fijamente el nicho del Presidente. Apretaba nerviosamente su clásico pajizo y, sin saber cómo, empezó a rezar en voz alta el Confíteor: Yo pecador, me confieso a Dios Todopoderoso. . . Pedro regresó de noche, desgarrado de cansancio; prefirió quedarse en su cuarto. Lo fueron a sacar de allí An-

drés y Gonzalo y el industrial Manongo. Acabó cenando en casa de Andrés. Anita le informó que Víctor Raúl estaba en Lima, a punto de salir a Trujillo en el auto de un gobiernista, que lo admiraba.

A más de las dos de la mañana, acompañado por dos jóvenes partidarios, llegó Víctor Raúl a casa de Andrés; sin alterar su sonrisa, tendió la mano a Pedro:

—Qué gusto verte de nuevo aquí y, hoy sé que debes estar deshecho. Yo también lo estoy. Acabo de escribir un artículo sobre el Presidente y lo encabezó con una frase de Tácito: “Mortal, procura que tu odio no sea inmortal”.

Pedro abrió un poco la boca, pero no dijo nada.

Anita rompió el silencio con una ronda de champaña.

Los meses siguientes fueron cada vez más duros. Se había iniciado una ola de terror en el país: sublevaciones, motines. Víctor Raúl cayó en manos del sucesor del doctor Fernández y, sin más, fue a parar a un calabozo de la Penitenciaría.

Noches largas y lóbregas; días interminables; rencor y odio.

Revolución en el norte, centenares de fusilados sin proceso. Dijeron que Víctor Raúl sería también fusilado.

—Oiga usted, —sermoneó Rigoletto a sus poderosos y ricos amigos: Ricardo, Elías, Manongo, Carlos, Manuel— ¿no se dan cuenta de que “quien siembra vientos cosecha tempestades”? Va a correr mucha sangre.

Elías dijo:

—Yo no soy político pero repudio toda violencia.

Alguien interrumpió:

—La sangre llama a la sangre.

—No asuman esa responsabilidad —dijo Pedro.

Manongo habló con sorna:

—¿Acaso es tu pariente? ¿Te has convertido en gato montés? La sangre seguirá corriendo.

Habían resucitado amigotes del tiempo del Presidente Le-
guía. Se reunían con Pedro en el Maury, en el restorán Mi Casa,
del español Rafael Rodríguez. Frecuentaba a algunos antileguiístas;
practicaba un pluralismo instintivo y humanista.

Anita planteó una noche a Pedro un problema que él se afa-
naba en soslayar.

—Dime, Pedro; nosotros sabemos que por conservar tu liber-
tad eres capaz de cualquier cosa. Vives solo, no aceptas horarios
de oficina, comes lo que quieres y cuando te da la gana. Te
afanas en hacer favores, pero tienes muchísimos amigos.

Pedro, sorprendido, argumentó mascando las palabras:

—Pero ahora, con este nuevo régimen. . .

—Cómo no te van a ver con buenos ojos.

—Igual que hasta hoy.

—No seas orgulloso; te voy a hacer un recuento de amigos;
a ver si me equivoco. ¿O es acaso porque no te rodeamos?

—Anita, por favor.

—Déjame terminar; ahí va mi lista, todos tienen casa, bue-
nos automóviles y te quieren bien: ahí están Ismael y Ramón
Aspillaga, Manuel Barrenechea, Ricardo y Elías Bentín Mujica,
Armando Revoredo, Gustavo Berckemeyer, Pedro Beltrán Espan-
toso, Carlos Brignardello, el doctor Caravedo, Mariano Prado, Car-
los García Gastañeta, Elías Fernandini Clotet, José Quesada La-
rrea, Carlos Moreyra Paz Soldán, Abel Ballén Ayulo, Juan Raffo,
Andrés Dasso, Carlos Sayán Alvarez, Gonzalo Carrillo Benavides,
Luis González Orbegoso, Juan Francisco Valega, Oswaldo Her-
celles García, José Gálvez Barrenechea. Eres más popular que
el calendario de Bristol. Ah, me olvidaba de Valle y Valle y
Julio de la Piedra.

—Esos están descontados. Se habla de anarquistas, y que hay
guerra en el nororiente.

Un domingo, a fines de abril, Rigoletto llegó de visita a ca-
sa de Andrés, antes de mediodía, con el ánimo de salir a almor-

zar con ellos al restaurante suizo de la Herradura. Había concluido el verano; se iniciaba el indeciso otoño limeño. Conversaban, alentados por unos propicios highballs, cuando vibró el teléfono. Anita tomó el auricular y dio un grito:

—No puede ser, no puede ser... han asesinado al general Sánchez Cerro.

—¿Cómo ha sido?

El vaso temblaba en las manos de Rigoletto que palideció hasta la lividez.

Media hora más tarde, unos amigos médicos del Hospital Italiano, ampliaban y completaban la noticia.

—Prácticamente el general llegó moribundo, al punto de casi expirar. No se pudo hacer nada.

Andrés, enronquecido, apuró un trago y exclamó:

—Pedro, es un día peligroso. Quédate aquí mientras yo te busco un refugio temporal en casa de uno de tus amigos. ¿A quién prefieres? ¿A Manongo Mujica, a Sayán, a Carrillo o a los Aspillaga?

Rigoletto, recuperándose, bromeó:

—Déjame poner los nombres dentro de mi sarita y veremos cuál se llevá el premio gordo.

Fue una noche dramática. El nuevo Presidente, el general Benavides, cambió al director de la Penitenciaría y ordenó que nadie, salvo él mismo, podría ingresar al Panóptico y mucho menos llegar hasta Víctor Raúl.

—¡Lo quieren asesinar! El ministro Flores pretendió entrar al penal pasada la medianoche. La guardia le cerró el paso.

Anita, que nació muy devota, rezaba de rodillas en un reclinatorio los rosarios de la esperanza. Pedro, creyente como buen recoletano, se acercó a ella y respondió los Ave Marías. Andrés se sirvió otro trago y cogió el teléfono para obtener más información.

Afuera empezaba a aclarar. Los rubicundos albores de la aurora llenaban el espacio con su jactancioso colorido; salvo el alarde ornitológico, todo era miedo y mutismo en la ciudad aterida.

Una patrulla de soldados de a caballo rompió el encanto de ese amanecer.

Un relincho, un ¿quién vive?... un tiro al aire.

Anita balbuceó: "Misericordia, Señor".

CAPÍTULO XXIII

LA FUNESTA EDAD DE AMARGOS DESENGAÑOS

A poco tiempo del asesinato del General-Presidente y de los rumores que todavía circulaban sobre las operaciones bélicas en el nororiente, el ritmo de la política no variaba; se requería un nuevo Gabinete neutral. Era la voz generalizada.

—¿Quién podría ser el mejor Jefe de Gobierno?

Rigoletto veía que el ambiente se llenaba de inquietud. Explicando su orientación, le decía al poeta Gálvez.

—Vea usted, don José, yo soy como usted, un pierolista rabioso. Y todavía me persigno en la oscuridad. Leguía me simpatizó porque, como Piérola, fustigó a las familias tradicionales. Sin embargo, fue amigo de todos ellos. La plebe no lo quería.

Yo no estoy de acuerdo con las exclusiones, menos con que los Prado Ugarteche, hijos del general don Mariano Ignacio, sean considerados políticamente como ciudadanos de segunda clase. En este país hay persecuciones increíbles, hay crueldad. Uno de los Prado, Javier, fue Rector de San Marcos, maestro de la juventud, canciller, pero no pudo ser Presidente y acabó suicidándose, según dicen.

—Yo sé que el general Prado se fue al extranjero.

—Pues bien, hay dos hijos del general a quienes no les tengo simpatía porque contribuyeron a la caída de Billingham.

—No podría hablar de ello con el general Benavides, porque fueron sus secuaces.

El poeta nombró a Manuel Prado, su compañero de San Marcos. Rigoletto fue más explícito:

—¿Por qué no decir que Benavides ha venido con Jorge Prado de Londres?

Mariano Prado Heudebert figuraba en la lista elaborada por Anita. Joven abogado y banquero, de unos treintaidós años, buenmozo, alto, de dominantes ojos verdes, de aire altanero, vigoroso y locuaz. Pedro admiraba su apostura más no su locuacidad. Lo abordó en la barra del bar Maury. Mariano no estaba de acuerdo con la solución de Rigoletto.

El Presidente Benavides tuvo plena confianza en Jorge Prado. Este fue nombrado presidente del Consejo de Ministros y ministro de Gobierno. A los pocos días, el 10 de agosto, se dictaba la Ley de Amnistía. Víctor Raúl no seguiría en la Penitenciaría; su libertad era indispensable para restablecer la paz. Víctor Raúl empezó a recibir millares de visitantes que acudían a expresarle su adhesión.

* * *

Pocos días después de la inauguración del nuevo Gobierno, a comienzos de 1940, llegó a *El Comercio* Rigoletto, en busca de su pariente Stagnaro Ugarriza, que trabajaba en aquel lugar.

Stagnaro invitó a su primo a tomar “cualquier cosa” en una pequeña cantina de un japonés, situada a pocos metros del diario. Allí encontraron a Juanito Portal, redactor de cables, en compañía de un joven alto, moreno, bastante delgado, de cejas profusas y juntas, aire suficiente y voz ligeramente quebrada. Era uno de los recientemente liberados de la cárcel, después de varios años de prisión sin proceso. Portal lo presentó:

—Mi primo Armando.

La conversación rondó el tema de la carcelería. El joven aprista, libre después de cuatro años de prisión, contó algunos de

los episodios de su cruel experiencia y añadió que temía el riesgo de volver a ser preso. Rigoletto escuchaba con gran interés.

—¿Y usted cree que pretenderán apresararlo de nuevo?

—Tengo casi la evidencia de que sí.

Rigoletto se metió la mano al bolsillo, sacó unas llaves, las puso sobre la mesa y dijo:

—Mire usted; yo tengo un departamento pequeño, de dos piezas independientes. Es cierto que me dan fama de maricón, pero la verdad es que vivo solo y libre; y tengo dos camas; estas son las llaves del departamento; si lo persiguen y no tiene escondite, úselas cuando quiera. Yo sólo voy de noche y salgo bastante temprano.

* * *

Pedro no daba crédito a sus ojos: Andrés y Anita lo instaban a visitar a Víctor Raúl en su provisional residencia de la calle Alejandro Tirado.

Circulaban rumores acerca de la actitud de oposición comandada por don José de la Riva Agüero, vecino de la calle de Lima, en Chorrillos. Era innegable la importancia del partido de Víctor Raúl. Pedro se lo dijo a sus atónitos amigos: Manongo Mujica y Gonzalo Carrillo; ambos rechazaron el supuesto; Ricardo y Elías consideraron la posibilidad y, el poeta Gálvez, le dio la razón a Rigoletto.

La lucha se planteaba casi en los mismos términos que años atrás. Se anunció una concentración popular presidida por Víctor Raúl en la Plaza de Acho, para el mes de setiembre. Fue la señal de beligerancia de quienes querían que se reimplantase el estado de emergencia. Víctor Raúl recibía visitas de inesperados personajes.

Pedro resultaba ser un zurcidor incansable.

De nuevo se trataba de formar un gobierno contra las masas populares. Empezaron a repoblarse las cárceles y un pesado ambiente de dictadura se extendía por el Perú.

Pedro volvió al cenáculo de la Plaza San Martín y, en los mediodías, al Maury. La vida no era plácida. La libertad inencontrable.

Una tarde, Pedro fue noticiado: Andrés estaba enfermo. No salía de su habitación desde hacía varios días. Lo iban a internar en una clínica.

Pedro preguntó:

—¿Qué tiene?

—No se sabe; quizá el corazón; quizás los intestinos. No sé.

Pedro voló a casa de Anita. Gonzalo, Víctor Raúl y hasta el olvidado Tomás, estaban allí.

—¿Qué es lo que sucede con Andrés?

—Nadie sabe lo que tiene; no se mueve; creemos que le falta poco.

Tras de darle el viático y hacerle oír una oración, Andrés entró en coma; expiró tres días después. Pedro enmudeció, pálido y tembloroso al enfrentarse con la ingrata noticia y, sobre todo, al ver el cuerpo inerte de su viejo amigo. Estaba tendido Andrés con las manos sobre el pecho, sosteniendo un crucifijo de plata. Los ojos cerrados eran como dos manchas violáceas en el rostro de cera. Todavía no lo habían trasladado al ataúd.

El ataúd era de recio nogal antiguo. Andrés vestía de azul oscuro, con zapatos negros brillantes. Cuatro velones chispearon toda la noche, como cuatro disciplinados centinelas. Anita estaba a la cabecera, con el rostro entre las manos, orando en silencio. Al entrar Pedro, alzó el rostro bañado en lágrimas y sólo acertó a mover, sin palabra alguna, los labios pálidos. Había olvidado el carmín de los encantos sociales. Extendió una mano. Pedro se arrodilló para besarla. Sólo en ese momento se dio cuenta del drama al que asistía y en el que participaba como protagonista. Poco a poco, fueron llegando a la sala anterior al dormitorio, donde se hallaba el cadáver de Andrés, amigos y familiares. Miró a Anita, quien había dejado de llorar. Pedro se colocó al lado del cadáver de Andrés. Estaba fuera de sí. Soñaba despierto repasando las mil y una peripecias de una larga conviven-

cia fraterna. Aquel primer encuentro en el Malecón de Chorri-
llos, ambos de seis o siete años, atronando el aire con sus gritos y
la primera lectura juntos. La italianísima historia de Bertoldo,
su esposa Marcolfa, su hijo Bertoldino y su nieto Cacaseno, súbditos
del astuto rey Balduino, en las viejas tradiciones de Liguria.
La negativa de Pedro de ser director del equipo infantil de remo:
inscríbete, te hará bien, lo habían invitado Andrés y Gonzalo. No
me comprometan; se me romperían los brazos con ese palo largo,
grosso y pesado, había contestado Pedro, que se matriculó en La
Recoleta. Mientras Andrés y "Traca la baqueta" le contagiaban
expresiones en italiano, en el colegio le enseñaban francés. Odiaba
al Padre Atanasio en el colegio. A los diez años, leyeron juntos
Corazón de Edmundo d'Amicis; sollozaron juntos con las peripecias
de los tiernos personajes. Después, compartieron la lectura
de *La carroza di tutti*, poética y romántica. Tomás Catanzaro había
sido el guía de tales lecturas con su insaciable hambre de enseñanza.

Andrés prefería el deporte; la actividad, la vida plena; Gonzalo,
siguió la docencia inflexible pero fecunda de su padrastro y maestro
y filósofo nacional; Pedro, buscaba los periódicos y los leía a escondidas;
también leía *El Quijote de la Mancha*, *La vida del buscón*, que no entendió;
El Lazarillo de Tormes, que sólo comprendió a medias. Los tres se fueron
alejando. La vida los cogió después y los arrastró a su antojo.

Coristas, bailarinas, cantinas, amigos equívocos; *Los Civilizados*,
El retrato de Dorian Grey hicieron en Pedro una bohemia insobornable
y terca, y su chafada vocación de literato, que Andrés desdeñaba. Víctor
Raúl fue un nexa providencial pero de paso. Lo conocía muy poco. También
a él la vida lo descoyuntó de su primer destino. Empezó como "niño gótico"
del *Palais Concert* y se encaminó por la ruta del líder obrero estudiantil.
Unos viajes por deber y otros por placer, Víctor Raúl, por imposición
de su destino, tuvo que encararse a increíbles sorpresas de la vida;
aquí, allá, en Trujillo, en Lima, en Buenos Aires, en París, en Moscú,
en Londres, Boston, Guatemala, México paisano por doquier; estrella fugaz,
luz permanente.

Pedro quedó anclado pero no aburrido. Variaba de amigos; generaba un extraño poder de sugestión sobre su contorno; curiosaba todo y no se vendió a nadie ni por nadie: "porque la libertad es un objetivo irrenunciable", le dijo un día a Andrés como un reproche. La verdad era esa. Saboreó siempre la vida. Usaba su invariable traje azul, su camisa blanca, su corbata y zapatos negros, su sarita de paja; su gesto masticante y sus ojos grandes, inquietos, escudriñadores bajo el denso pelo negro, peinado con una raya al costado.

Estaba mirando a un Andrés yerto pero que para él, se movía conversante y agresivo. Como si la muerte fuese sólo una pequeña tregua de la que Pedro había perdido la conciencia.

Al día siguiente, un tanto abotagado, plegando la boca, los ojos vagos, con el sombrero de paja entre las manos, siguió lenta y tristemente el cortejo fúnebre, tras las huellas de Andrés.

El cortejo fúnebre se encaminó al cementerio; Pedro subió al automóvil de su amigo Ismael Aspíllaga.

—Me da mucho gusto llevarte conmigo, amigo, aunque hayas sido leguísta.

Pedro respondió lentamente:

—Si no te molesta, para el auto para bajarme; no creo que sea una conversación oportuna.

El dueño del carro pidió excusas:

—Perdona, tienes razón.

Rigoletto, demudado y pálido, emitió un gruñido; no regresó en el mismo automóvil.

La ciudad tenía el aspecto de una plaza en estado de sitio. Numerosos camiones con patrullas armadas la recorrían. No existía más prensa de oposición. En el cementerio, Pedro recordó el episodio de 1923, cuando Víctor Raúl se ocultó en el mausoleo de la familia Billinghamurst. Apenas había transcurrido un decenio, y qué distinto era el mundo. Qué habría pensado Piérola si hubiese llegado a vivir esta nueva edad. Pedro evocó con ternura

la imagen del gran caudillo, pequeñito, con el pelo rizado la bar-billa cuidadosamente peinada, los ojos penetrantes, el hablar gan-goso. Su última aparición había sido en el balconcito de la calle del Milagro. Después, allá por 1913, el solemne y multitudinario funeral. Pedro tenía entonces 18 años. Ahora había recién pasa-do el umbral de los cuarenta. Recordó a Espronceda, que al cum-plir los treinta los calificaba de "funesta edad de amargos desen-gaños". Para Pedro, los cuarenta eran acaso el recomienzo de una nueva etapa cronológica.

No había cambiado mucho. Independiente, solitario, curio-so, inquieto, locuaz, bohemio, inalterable, libre: un gorrión lime-ño; sí, un gorrión trinante, volandero y libérrimo.

* * *

Al día siguiente del funeral, Rigoletto se levantó un poco tar-de, es decir, más tarde de lo acostumbrado. Se había demorado en la cama revisando los periódicos del día. A pesar de que estu-vo varios años al pie de un gobernante fuerte, de un dictador co-mo Leguía, éste había sido un hombre cortés, de buenos modos y palabras persuasivas. Los tiempos habían cambiado lamenta-blemente en contra de la tolerancia y de la cortesía. Se había lle-gado al término del período para el que fuera elegido el sacrifi-cado sucesor de Leguía. Y esa misma mañana, los periódicos traían algo insólito: el Jurado de Elecciones, a pedido del repre-sentante del Gobierno, declaraba fuera de la ley al principal can-didato a la Presidencia, al discutido Víctor Raúl. Rigoletto engu-lló de un trago su desayuno. ¿Cómo iba a ocurrir eso? ¿Cómo podría ser que un peruano que ya había sido candidato a la Pre-sidencia y había obtenido una votación importante cinco años an-tes, podía ser anulado en razón de sus ideas! Monologando, con los dientes apretados, Rigoletto dio una vuelta por la pieza.

—Esto no puede ser; ¿por qué esperan la última hora, un mes antes de las elecciones? Yo no soy aprista pero ahora votaría por Víctor Raúl. Mis candidatos eran Jorge Prado o Villarán; hoy, ya no lo son.

Se vistió y salió a la calle en busca de informaciones. Tenía amigos en el Congreso Constituyente. Subió la escalinata del Palacio Legislativo en busca de información. Uno de sus amigos, diputado también, llamado Gonzalo, lo desahució despectivamente.

—No te ocupes de ese tipo, Pedro; no vale un pito, hay que destruirlo. No se le puede permitir, ni siquiera, discutir la Presidencia.

Pedro dio una vuelta por los pasillos en busca de una opinión mejor. Se encontró con un diputado cusqueño; su respuesta no fue consoladora:

—Nos vamos a recesar porque hemos llegado al término de nuestro mandato y así como el Congreso Constituyente de 1823 se recesó para entregar todos los poderes a Bolívar, así nosotros estamos pensando si no surge un buen candidato, estamos pensando en recesarnos y entregar todos los poderes al general Benavides.

—Pero Benavides no es Bolívar...

—Los dos empiezan por B y, ya es un acercamiento —dijo cínicamente el diputado.

Los años de aquel interregno dictatorial no fueron propicios para Pedro. Algo había empezado a fallarle por dentro. Carecía de los mismos estímulos de antes. Sus nuevos amigos eran muy inteligentes, pero demasiado críticos. Desde luego, ya no existían el *Palais Concert* ni el Restaurante del Zoológico, que se había convertido en un remedo de éste, llamado "La Cabaña". No le placía el Café Lyon's. La llamada "Pampa del hambre" no estaba de acuerdo con sus ideas y sentimientos acerca de la democracia; obreros sin contrata, actores desocupados, militares retirados, periodistas sin trabajo, conspiradores de bolsillo. Nada de eso se ajustaba a su concepto de la vida. Todavía se conservaban las tertulias del Maury, demasiado concurridas por áulicos y soplones. Lima no era ya la que él vivió. Su amigo, el doctor Raffo, lo invitó un día:

—Pedro, hay que hacerse un chequeo a fondo. Algo le pasa a usted. Lo veo silencioso, camina solo hablando consigo mismo, sin alegría. Algo anda mal y hay que remediarlo. Sométase a un examen en el Hospital Italiano, donde yo trabajo; lo detenemos un par de días y va a salir usted nuevecito.

Pedro no respondió. Otros amigos insistieron en lo mismo. Había cambiado el Gobierno. El nuevo Presidente, Manuel Prado, que lo conocía de tiempo atrás, lo invitó a Palacio en el afán de escuchar chismes y confidencias. Fue un fracaso. Rigoletto era otro.

—Se me están muriendo todos mis afectos. Me parece que este país no es el mismo. Todavía quedan algunos amigos como Ricardo, Manongo, Ismael, Ramón, Villacorta; son pocos y no se reúnen.

—Los Prado son también sus amigos.

—Hasta cierto punto, sí; pero piensan demasiado en la plata; en los negocios. Esto se va poniendo color de hormiga. Creo que lo mejor es mudarme a un balneario a ver si aprendo a estar solo y me aireo un poco los pulmones.

Esa noche no hubo estrellas en el cielo. Un pelotón de humo cubría un conato de luna por asomarse entre las sombras. El perro de la casa aulló lúgubrementemente al sentir la llegada de “cajón de muerto”. El negro Felipe murmuró:

—Don Pedrito, este animal está ojeado; deje que se vaya; huele a muerto.

CAPÍTULO XXIV

ELEGIA

El aire de San Miguel, transparente y fresco despertó a Rigoletto, ocasional habitante del Hotel Bertoloto. Se desperezó. Había sido una noche algo movida. Como la mayor parte de su generación y de su grupo, brillaba con la noche.

Una tarde llegó de visita Manongo acompañado por una mujer alta, buenamoza, de ojos achinados y pícaros y, piernas largas, muy bien torneadas, que exhibía sin avaricia:

—Te presento a Doris Gibson, periodista, hija del poeta Percy Gibson, tu viejo amigo que hoy está entre México y Estados Unidos.

Se saludaron cortésmente. Doris tomó asiento y, desde luego, cruzó las piernas. Pedro recordó a Percy, el poeta de *El Gallo*. Habían sido compañeros de bohemia y a veces coincidieron en donde el chino Aurelio. Percy era una mezcla explosiva de alemán, inglés y arequipeño. Flaco, ligeramente encorvado, de perfil afilado y palabra irónica; soñaba más de lo que bebía y bebía menos de lo que hablaba. La charla con Doris fue como una inyección de juventud para Rigoletto.

Al oscurecer, llegaban amigos y literatos. Casi nunca faltaban Pepe Diez Canseco, Manongo Mujica y Ricardo Vegas García.

Llevaban como a “La Cena del Conde de Luxemburgo”, sus chismes y sus bocadillos. Los habitantes del Hotel debieron su-

frir por un tiempo aquellas incursiones ruidosas y al fin, expresaron su descontento a don Angelo:

—Estos bohemios no dejan dormir con su bulla.

Don Angelo, prudentemente, recomendó a Rigoletto que terminara sus reuniones más temprano. Pepe Diez Canseco, grueso y arrogante, disfrutaba el beneficio de haber entregado al público un retrato sensual de Rigoletto, en contubernio con la miniatura del hijo de un bolsista fracasado, vuelto al redil limeño; el futuro Teddy de *Duque*. Teddy actuaba como Lord Douglas para Oscar Wilde, en el caso de la novela de Diez Canseco.

Los visitantes solían intercambiar bromas equívocas. Pedro, ligeramente bronceado por el sol marino, siempre de traje azul, respondía con saetas ingeniosas a los biliosos desahogos de sus contertulios. Pero empezaba a crecer el grupo de los visitantes y no pudiendo reducirlo, decidió cambiar secretamente de alojamiento. Pasó todo un medio día sin encontrar su nueva residencia; a eso contribuyó el tremendo terremoto de mayo de 1940. Pasaron varios días sin hallarlo. Don Angelo Bertolotto, despeinado, carón y bonāchón, lo despidió apenado:

—Arrivederchi, don Pedro... a rivedere.

En esos días se habían entrampado las relaciones entre Perú y Ecuador y, de otro lado, la agresividad de los submarinos nazis había empujado al Presidente Roosevelt a firmar un pacto con Inglaterra para facilitarle cincuenta destroyers, que cautelaran las rutas marítimas. Guerra por todos lados. Guerra y más guerra.

La de Ecuador fue bravísima. El Perú avanzó en el territorio ecuatoriano y obligó a firmar la tregua precursora de la paz.

Comentando aquello nuevamente, en la Plaza San Martín, Rigoletto dijo:

—Los generales y coroneles que han intervenido en Zarumilla acabarán imponiendo un dictador. Aquí no es como en Europa: allá las victorias no se premian con el poder público. Aquí, con las dictaduras, las derrotas se atribuyen a la colectividad y al azar.

Raúl, siempre cáustico, interrumpió a Rigoletto:

—Creo que ya tenemos el futuro ministro de Gobierno: Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición. Sonaron las risas.

Rigoletto murmuró sin perder la calma;

—Ahora sé por qué no has sido canciller de la República.

Eran tiempos de guerra, de guerra civil, de guerra internacional, de guerra mundial, de guerra. Uno de los médicos que asistía a las tertulias de don José Gálvez, apuntó:

—Don Pedro, ¿por qué no nos permite hacerle unos análisis y un examen de su salud?... Perdóné, pero se le nota un poco tenso, nervioso. ¿Cómo anda su presión?

Rigoletto fingió no haber oído pero el doctor Hercelles no lo dejó disimular más.

—Su última presión era de 10/11, ¿no, Pedro?

—Usted está lejos de los cincuenta y esa presión está demasiado alta.

Rigoletto, abanicándose con su sarita, cortó dirigiéndose a Gálvez:

—Parece que debo apartarme en busca de salud; si sigo aquí me enfermaré.

* * *

El Japón había entrado a tomar parte en la contienda. Desde Vichy, el mariscal Petain y su funesto ministro Pierre Laval, se esforzaban por aplacar a Hitler. El general De Gaulle mantenía, desde Londres, la esperanza de los "maquis". Había nacido también la "resistance".

El generalísimo Franco conferenciaba con Hitler en los Pirineos; no aceptaba tomar parte en el combate.

En Chile, desarrollaba su nueva política el Frente Popular.

Doña Manonga de Osambela comunicó a Rigoletto:

—Tenemos que hacer algo; los chilenos se ganan las simpatías de los Estados Unidos, con su política abierta. ¿Quién será capaz de aconsejar a Manuelito Prado que se olvide del uniforme de teniente y de sus frivolidades?

—Estoy viejo para correo, doña Manongá: Don Manuel no es don Augusto y, falta don Alfredo. Sería útil tratar con Víctor Raúl, pero he perdido la comunicación con él. Ahora tengo más amigos y estoy más solo.

Pedro se alojaba entonces en una casa de la calle de Judíos, al costado de la Basílica-Catedral, a pocos metros de Palacio de Gobierno.

La calle de Judíos, hoy parte del jirón Huallaga, era un núcleo dinámico y comercial que tenía algo del antiguo “centro” de Lima. En la segunda cuadra del jirón Huallaga estaba la Casa Klinge, especializada en mercancías de señoras, y que hacía esquina con la calle de Bodegones. Al lado, la puerta del Hotel Francia e Inglaterra, que daba espalda con espalda, con el Hotel Maury; era un centro de artistas y comisionistas de cierto vuelo. Más allá, estaba la vieja casa de los León y Porta, que Pedro había visitado muchas veces, porque dos de los hijos, Alberto y Roberto, eran bogas del Club Regatas Lima de Chorrillos; ambos eran muchachos fuertes. Roberto, a quien llamaban “el cachorro”, tenía la tez morena, era ñato, se matriculaba inútilmente en la Facultad de Letras de San Marcos pues prefería el deporte, las mujeres y la jarana. En la siguiente cuadra, la de Melchormalo, había funcionado el Banco del Perú y Londres, que entró en liquidación por capricho de la dictadura de Sánchez Cerro y fue sustituido por el Banco Popular, cuya dirección ejercía Mariano Prado Heudebert, amigo de Rigoletto. Al frente de su nueva y última residencia, se alzaba el costado izquierdo del atrio de la Catedral, no siempre libre de vendedores ambulantes. Por la calle de Judíos, pasaba un tranvía eléctrico. Aunque Pedro andaba en busca de silencio, herido por una enfermedad que nadie descifraba, el hecho es que, al romper con la égloga sanmiguelina, volvió a encontrarse consigo mismo y con su Lima tradicional.

En la esquina de Bodegones y el Portal de Botoneros, todavía se alzaba el edificio del Club de la Unión, uno de los hogares de Pedro y más allá, en el mismo portal, la confitería Marrón, con su cine permanente. Al frente, quedaba el Palacio de Gobierno; Rigoletto estaba en su salsa.

Sin embargo, algo había cambiado profundamente. Eran las cosas, eran los hombres, era el propio Rigoletto; aquellos primeros meses del año 41, con su fugaz guerra con el Ecuador y los humos de triunfo posteriores, acabaron por aturdirlo. El no participaba del delirio patriótico ni tampoco del entusiasmo por una supuesta democracia recuperada. Mientras la guerra avanzaba en Europa, los criollos armaban toda clase de sueños, y hasta se preparaban para hacer suyas las pertenencias de italianos y de alemanes, enemigos de los aliados con los cuales había sellado alianza el Gobierno del Perú. Se empezaba a vivir con mayor holgura; el amigo Fernandini se mostraba más ostentoso, pues sus minerales se vendían a mejores precios. El amigo Aspíllaga caminaba con mayor firmeza porque su arroz y su azúcar se cotizaban mejor que nunca.

El Gobierno trataba de sentirse más unido a los Estados Unidos; Franklin Roosevelt había acuñado el lema de "la buena vecindad" que muchos creían cierto. Circulaban periódicos de recuperada libertad de hablar. El Gobierno había soltado a un centenar de presos políticos, pero retendría a un puñado importante. Por un momento se había pensado que se dictaría una ley de amnistía: no se dictó. En cambio, fue posible organizar y realizar una recepción numerosa y pródiga, en honor de Víctor Raúl, en casa de Anita.

—Tienes el morbo libertario de tu padre, —le dijo Pedro cuando recibió la invitación.

Ella sonrió y se limitó a referirle que hacía pocos meses había visitado los núcleos de desterrados apristas en Chile y Argentina, por encargo de Víctor Raúl y todos estaban de acuerdo con la política a seguir.

—Eso es lo que vamos a celebrar esta noche y te agradecería mucho que no faltaras a la cita.

La recepción fue suntuosa y llena de riesgos.

Víctor Raúl se presentó a medianoche; súbitamente besó a Anita, dio una vuelta por el gran salón y se esfumó por una puerta excusada.

—Dios mío, todavía nos falta mucho para ser verdaderos ciudadanos —se quejó Anita, y prosiguió atendiendo a sus invitados.

El otoño de 1941 fue duro, sobre todo para Pedro que, cada vez más pálido aunque siempre ocurrente y travieso, era asaltado por inesperados males, y apenas se asomaba a la calle de Judíos y al Maury.

El 28 de julio hubo una conmemoración solemne de los triunfos obtenidos por el Gobierno. Pedro prefirió recluirse en casa de su amigo Ricardo y en un rancho de Manongo, durante esa semana patriótica. Su amigo, el doctor Raffo, insistió:

—Tienes que hacerte ver por un médico, aunque sea yo mismo; no estás bien.

Pedro sonrió pálidamente.

—Perdóname, Juan, pero mi salud es cosa mía. Me recuperaré solo, como siempre, con una dosis de soledad y otra de inteligencia.

A comienzos de setiembre empezó a cambiar el clima más no el estado de Rigoletto. Había perdido empuje aunque no humor. Acudió una noche a La Cabaña recordando los viejos tiempos del Zoológico. Puntualmente Felipe “Cajón de muerto”, le tocó el hombro a las once de la noche y se lo llevó a su refugio de la calle de Judíos.

—Tengo la impresión de que a Pedro le pasa algo serio y no lo quiere decir —opinó Ricardo.

—Siempre ha sido clandestino y sigiloso, hasta consigo mismo.

Se acercaba la primavera; todavía existían grupos de estudiantes que la celebraban con desfile de carros alegóricos y bai-

les en la plaza pública. El 20 de setiembre era el antiguo aniversario de Italia en que los garibaldinos derrotaron a las fuerzas del Papa y se apoderaron de Roma, en nombre de la "unitá" de Italia. Pedro no apareció ese día en el Maury ni en La Cabaña. Nadie supo si algo especial le ocurría; ni nadie se preocupó por su ausencia, que era un hecho habitual.

El 21 por la noche, alguien, no sabemos hasta ahora quién ni cómo, llamó a Manuel Puente, dueño de la funeraria de su nombre, para indicarle que debía acudir a la calle de Judíos 219, donde había ocurrido el fallecimiento de un hombre. Con su frialdad profesional, Manuel Puente acudió al aviso. En la calle de Judíos 219, en una habitación interior, yacía el cadáver de un hombre de poco más de cuarenta años; exánime, empezando a adquirir la frialdad eterna de la muerte; todavía con los ojos entornados y un vago gesto de angustia en los labios.

—Es Pedro de Ugarriza.

—Sí, le contestó alguien; no se sabe quién fue.

Manuel Puente se dirigió a la Sociedad de Beneficencia, en su puerta falsa de la calle de Bejarano, y llamó al servicio de sepelios. Anotó los datos, pero incompletos. Dio el nombre del muerto y de sus padres, más no indicó la enfermedad o el accidente causante del deceso, que podría ser una falla cardíaca o un ataque cerebral. El documento respectivo da los datos siguientes: Beneficencia Pública de Lima, para dar cuenta del fallecimiento de don Pedro de Ugarriza y Suárez, acaecido esa misma madrugada, a la una y treinta, es decir, al comenzar el día 21. La declaración del agente funerario no pudo ser más lacónica.

Salió el cadáver de la calle Judíos 219 (hoy Huallaga). Había dejado de existir Pedro, de cuarentiséis años de edad, hijo de Fernando Ugarriza y de Elvira Suárez; no aparece el certificado de defunción con los datos oficiales. No se señala detalle alguno; tampoco se establece de manera concreta, clara, cómo y por qué resultó velado en el Hospital Italiano, que estaba en la esquina de las calles Manco Cápac y Grau.

No respaldaba aquella solicitud de tumba, ningún pariente. Sólo se hacía constancia de que el señor Puente abonó la suma de doscientos setenticinco soles oro por nicho, ataúd y carroza.

Hay razón para suponer que, enterados del deceso de Pedro, sus amigos más cercanos, entre ellos varios médicos de dicho Hospital, resolvieron trasladar allí el cuerpo y convocar a los amigos de Rigoletto. Los funerales se realizaron el día 22.

Fue realmente sorprendente y conmovedor. Desfiló medio centenar de hombres importantes de la ciudad. Los discursos no pudieron ser más significativos, tanto por quienes los pronunciaron cuanto por lo que dijeron. Los tres oradores en el Cementerio fueron, Ismael Aspíllaga Anderson, Manuel —Manongo— Mujica Gallo y el poeta José Gálvez Barrenechea, tal como aparece en la versión de *La Prensa* de Lima, del día 22.

EPÍLOGO

DISCURSO NO PRONUNCIADO FRENTE A UNA TUMBA NO VISTA

“Aquí yace el cuerpo de uno de los limeños más sigilosos y al par de mayor popularidad de nuestro siglo XX. No fue nada y lo fue casi todo. Era un ser raro. Expansivo y misterioso. Pudiendo haber sido rico, como pocos, prefirió la modestia de un traje que, prácticamente, se convirtió en hábito extramonacal, un traje permanentemente azul, un sombrero de paja, inconfundible, corbata negra, camisa blanca, ojos huidizos y penetrantes; en perenne rictus su boca; pocas risotadas, algunas sonrisas, nunca amargura, siempre tensión y atención. Fue el azote de los mentecatos de su generación y el estímulo de los inteligentes; viviendo entre ricos no dejó de ser pobre. Conviviendo con tontos, no perdió su travesura. Frecuentando a traviesos, no cayó en la picardía.

Ejerció un poder extraño sobre la base de no tener sede, ni atuendo solemne, ni domicilio conocido. Fue contertulio de todos los intelectuales y de todos los partidos; se sobrepuso, sin dejar de participar, a todas las diferencias intelectuales entre 1920 y 1941. Nunca aceptó un cargo público ni privado. Dispuso, sin tener materialmente qué dar; dio mucho, sin tocar jamás lo ajeno. Se convirtió en el oráculo andante de la política durante por lo menos, doce años después de los veinte. Su registro de amigos no tenía límite; estaban, desde el presidente Leguía hasta “Bobito”, el mozo de estoques de los toreros más famosos que llegaron a Lima; desde Abraham Valdelomar, el gran estilista lite-

rario, hasta Tomasito Vélez, el viejo y gordo cronista palatino de *La Prensa*; desde el millonario Fernandini hasta el zambo Juan Huerta, más tarde manager del Alianza Lima.

Lo adularon políticos y oportunistas. Fue poderoso sin tener caudales. Siendo sensual, no lo sedujo la opulencia. Jamás tuvo ni dispuso de un automóvil propio pero usó como propios los de todos sus amigos; y, el más constante, el de Felipe "cajón de muerto". Caminaba, caminaba, generalmente solo; se entregaba, en bulliciosos comentarios, a la locuacidad de contradictorios grupos que buscaban su gesto, más que su palabra. No aduló a nadie y sirvió a muchos. Transitó por los senderos de los paraísos artificiales, sin caer definitivamente bajo su embrujo.

No se sabe cuándo leía, pero estaba al tanto de las aventuras literarias. Fue católico. No era hombre de exhibición. Murió calladamente, practicante y temeroso de la ira de Dios. Se alejó charlando, como un fantasma tradicional; pícaro, sin picardía; espectador apasionado del quehacer cotidiano; noctámbulo sin aurora; vagabundo por decisión inquebrantable y gratuita. Le apodaron Rigoletto, no lo fue. Pero así se dejó llamar, mas desdeñó aquello. Y así ha quedado personificado su recuerdo.

Así fue Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición, encarnación genuina de una generación limeña que tomó la vida por asalto y la perdió también en otro asalto, irreflexivamente, apasionadamente, humanísimamente.

Sería doloroso e irracional, Pedro, que descansaras en paz.

Después de todo, al fin y al cabo, cuantos nacimos acabamos por partir un día sin rumbo, por tiempo indefinido; sin boleto de regreso pero con la esperanza del retorno. Aquél grupo adolescente y juvenil que ensayaba sus vísperas en una covachuela externa del Mercado de Chorrillos. ¿De aquella covachuela quedaba algo a los treinta años? *Sic transit gloria mundi*.

INDICE

	Introducción	7
CAPÍTULO I	Paz aldeana	9
CAPÍTULO II	El golfo	19
CAPÍTULO III	Cantos de España	25
CAPÍTULO IV	Los civilizados	30
CAPÍTULO V	Cantos de España y aromas de París	35
CAPÍTULO VI	Adiós, Lima	39
CAPÍTULO VII	¡Qual piuma al vento...!	46
CAPÍTULO VIII	El calor de la hoguera	53
CAPÍTULO IX	!La politique, mon Dieu, oh la la!	58
CAPÍTULO X	El César o nada	62
CAPÍTULO XI	Doña Manonga	68
CAPÍTULO XII	El primer desertor	73
CAPÍTULO XIII	El sable y el violín	79
CAPÍTULO XIV	Rigoletto, el rey	83

CAPÍTULO	xv	El mausoleo	86
CAPÍTULO	xvi	La piedra del escándalo	90
CAPÍTULO	xvii	Así empezó Odysseus	95
CAPÍTULO	xviii	“Y la carne que tienta con sus frescos racimos”	101
CAPÍTULO	xix	Ruido de sables	110
CAPÍTULO	xx	Las fuentes de granada	114
CAPÍTULO	xxi	El ominoso silencio	121
CAPÍTULO	xxii	La inevitable Thanatos	128
CAPÍTULO	xxiii	La funesta edad de amargos desengaños	135
CAPÍTULO	xxiv	Elegía	144
EPÍLOGO		Discurso no pronunciado frente a una tumba no vista	153

Impreso en el Perú
en octubre de 1987
en los talleres de INDUSTRIAL*gráfica* S. A.,
Chavín 45, Lima 5. Perú.





El personaje de esta obra no pertenece a la ficción, sí a la pequeña historia —casi al secreto— de los primeros decenios de este siglo en Lima. Don Pedro de Ugarriza fue figura novelesca en todos los momentos de su vida, y su biografía —en la medida en que alguien rodeado de misterio personal y político la admite— no podía ser sino ensayada por la imaginación. Pero Luis Alberto Sánchez no se propone develar con este relato las interrogantes acerca del Ugarriza confidente, sino entregárselo al lector no mucho más traslúcido de como lo vieron los contemporáneos de Ugarriza. Con lo cual no tanto satisface cuanto excita la curiosidad en torno a este hombre que su memoria convoca ante la mirada del mismo siglo que termina. Convertido en sus años ochenta en uno de los novelistas más leídos hoy en el Perú, Luis Alberto Sánchez logra con este rescate memorioso y cordial una de sus obras narrativas más gustosas, ágiles y lozanas.

